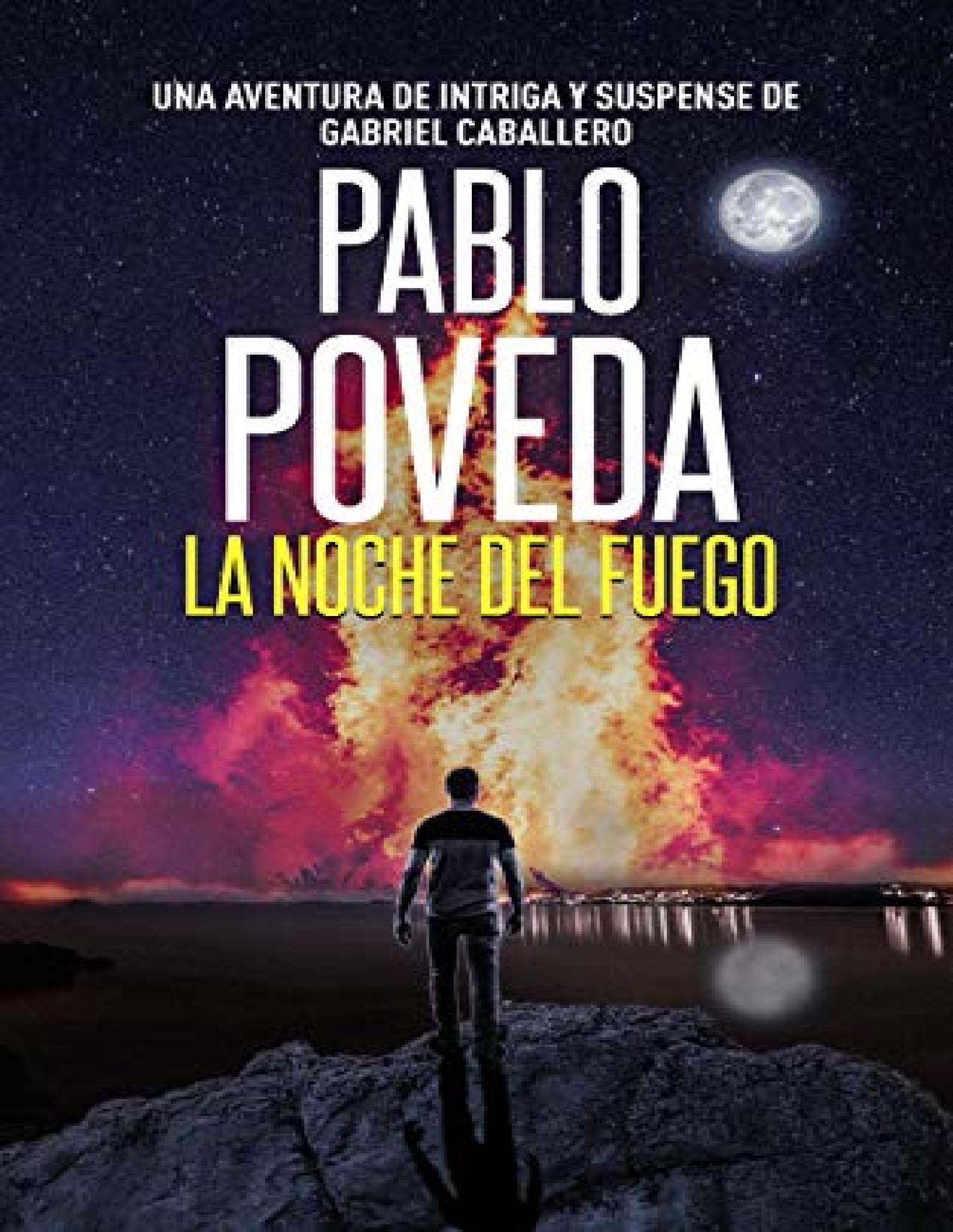


UNA AVENTURA DE INTRIGA Y SUSPENSE DE
GABRIEL CABALLERO

PABLO POVEDA

LA NOCHE DEL FUEGO



Título original: *La noche del fuego*
Pablo Poveda, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A ti, que me lees y haces esto posible.

CAPÍTULO UNO

El sol matutino alumbraba con esmero la capital española como si se tratara de día del Apocalipsis. Madrid, qué bonita siempre habías sido y cuántos dolores de cabeza me habías traído. La capital del reino de mis amores, la ciudad que no descansaba y el lugar en el que había pasado los últimos dos años, de aquí para allá, de piso en piso de alquiler, vagando entre mis días y las páginas de los libros que leía en el metro. Había dejado de fumar, o eso creía, pero el hecho de volver a subirme en un tren revocó mi abstinencia. Saqué un Fortuna arrugado del bolsillo del pantalón y lo encendí bajo la entrada de la bonita estación de trenes de Atocha, una gran nave con pilares a los laterales, con gran parecido a las estaciones parisinas del siglo XIX. Sin duda, Atocha era mi estación favorita y empezaba a cogerle cariño a tal lugar emblemático con arquitectura propia de la España decimonónica.

Habitar en Madrid durante dos años había sido todo un desafío. Y digo habitar porque, vivir en una ciudad así, es otra historia. Por alguna extraña razón, me había dado cuenta de que no estaba preparado para destronar ciertos hábitos, entre ellos, las salidas nocturnas y la vida social. La capital era un reclamo engañoso por el que uno se podía perder fácilmente sin demasiado esfuerzo: los bares que cerraban a deshoras, los aperitivos, los clubes y los trasnochos. Cuando alguien se retiraba, otra persona empezaba su jornada. Sin una fuga de escape, habitar allí se convertía en un infierno sin fecha de caducidad. Tal vez aquella fuera la razón por qué, en el resto del país, todos decían que era una ciudad salvaje.

Pedí fuego a un transeúnte que no tardó en cruzar la puerta de la estación.

El calor de la mañana pronto se convertiría en un asedio físico y es que, como repitiendo la cantinela que se habían aprendido todos, allí el calor era más seco.

Observé a los taxis estacionados, pintados de blanco y limpios como una patena, marcados con una línea roja cruzada en la puerta y el escudo del oso y el madroño. Durante aquellos casi veinticuatro meses había hecho buenas migas con muchos de los taxistas de la ciudad. Gracias a un ilustre abogado juerguista, poco tardé en descubrir que la mayoría de los conductores de la ciudad se concentraban siempre en el mismo lugar. El bar se llamaba Iberia y se encontraba en la glorieta de San Bernardo, no muy lejos del primer piso en el que vivía con Blanca. El Iberia no cerraba nunca y servía de hogar para muchos de los que terminaban o empezaban su jornada laboral, así como aquellos que, como yo, regresaban a deshoras al hogar. Lo que comenzó como algo anecdótico, terminó siendo una segunda casa para mí. Me sentía como Robert De Niro en Taxi Driver, ocupando un taburete en el Belmore Café, tomando croquetas y raciones de bravas en lugar de sándwiches de jamón y queso.

La razón por la que empecé a frecuentar el Iberia no era otra que la compañía. Necesitaba historias, victorias y derrotas, vivencias que iban más allá de la rutina y lo mundano de la vida en pareja. Esos hombres no parecían tirar la toalla. Algunos hablaban de proyectos, de fundar empresas. Otros, de jubilaciones anticipadas. Entre sueño y sueño, un partido de fútbol apaciguaba a las fieras. Blanca viajaba a Viena para cubrir un evento económico que le habría encargado El País. Yo me quedaba allí, en mi parroquia, ahogándome en un silencio, haciendo preguntas y contestando con evasivas cuando los interrogantes se dirigían hacia mí.

Apagué la colilla en una papelera metálica y crucé la hermosa puerta de la estación para adentrarme en el laberinto de pasillos. Atocha impresionaba por su tamaño. Todavía me resultaba extraño

pensar que, algunos años atrás, la habían volado por los aires. La normalidad de la rutina y la agitación de los cuerpos sudados tras una jornada de trabajo, puede que hubiesen apartado el olor a carne chamuscada impregnada en las paredes. Pese a todo, aún lograba percibir el aroma de las almas que allí descansaban. Divagar en ello me producía escalofríos y me ponía tenso como una raya de farlopa, con las ganas de vivir al límite cada día, sin pensar en lo que vendrá después.

Observé uno de los relojes de la estación. Eran las ocho y media de la mañana y todavía faltaba una hora para que saliera mi tren hacia Alicante. El olor a café expreso me obligó a detenerme en una de las cafeterías que había a escasos metros de los controles de seguridad.

Pedí un café solo y cogí una edición de El País sobrante que nadie quería leer. Una de las costumbres que añoraba era la de hojear el periódico en los bares. En otros países europeos, las cafeterías ofrecían revistas o no ofrecían nada. Sin embargo, leer el diario junto a un buen café mañanero formaba parte del ritual. Abrirlo, pasar las páginas sin mucho interés y detenerte en ese artículo que llamaba la atención, sin pedir demasiado, solo unos minutos. Lamentablemente, los hábitos de consumo cambiaban y los pocos que seguían practicando aquello no eran más que perros viejos de oficina. La gente había sustituido sus terminales por el papel y, a decir verdad, el café ya no sabía igual. Una de las razones por las que había abandonado temporalmente el periodismo era esa: los periódicos se enfrentaban a una crisis de contenidos que no sabían cómo gestionar. Eso provocó despidos, bajas, recortes en un período en el que la palabra crisis estaba en boca de todos. Pero, a decir verdad, el periodismo siempre había sido una profesión ligada a la crisis, sin horarios fijos ni sueldos estables. Una labor vocacional como la de quien pintaba cuadros o diseñaba corbatas.

Pasé las páginas y me detuve en un pequeño titular. La Volvo Ocean Race, una de las regatas internacionales más importantes,

financiada por el gigante sueco automovilístico, daría su pistoletazo de salida en Alicante, pocos días después de mi llegada.

Eso supondría reencontrarse con viejas caras.

Terminé el café con un segundo sorbo y pasé a las páginas de cultura. Alguien había hecho un pequeño comentario de mi libro.

Preferí no leerlo y fui directamente al horóscopo.

Dirigí los ojos al amor. Esos días, era lo único que me preocupaba.

“Pon atención a las coincidencias. Alguien del pasado puede provocar alteraciones en tu bienestar”.

—Vete al carajo —dije en voz alta y el camarero, un hombre entrado en los cincuenta y con un bigote fino, me miró desafiante—. Le decía al horóscopo. Hay que leer unas tonterías que para qué... ¿Me dice cuánto es?

Pagué, cogí mi bolsa de equipaje de cuero marrón y me dirigí a los andenes. Tras pasar el control y regalarle una sonrisa a una guapa azafata de viajes, busqué el vagón que me correspondía. Olía a carbón, a humo y a comida recalentada. El ruido de las estaciones, los transeúntes que llegaban y abandonaban la ciudad. Me enamoraba la sensación de desapego, de pertenecer a nada ni nadie por unos segundos. Las despedidas, las lágrimas y los hasta pronto. Recibí un mensaje de Blanca deseándome buen viaje y me detuve a mitad de camino. Solo Dios sabía si lo habría escrito desganada.

Decidí no darle más vueltas. En unas horas estaría en territorio conocido, disfrutando de un arroz a banda frente al Mediterráneo, con el sol en mi rostro y una cerveza bien fría que apaciguaría mi ansia por encontrar una salida.

Una vez el tren hubo arrancado, una sensación amarga recorrió mi cuerpo. No supe identificar qué era, pues guardaba tintes de nostalgia y arrepentimiento en las reservas de mis entrañas. Hacía más o menos un año que no regresaba a Alicante: visitas

esporádicas a la familia durante las fechas señaladas, mensajes de teléfono y un baúl lleno de excusas laborales sirvieron de amortiguador para retrasar mi vuelta a la Costa Blanca. ¿El por qué? No era la familia sino un cúmulo de razones que, durante los últimos años, me había dado motivos suficientes para abandonar el paraíso por una temporada. Necesitaba un cambio de aires y Blanca estaba dispuesta a dármelo. Alejarme de la costa significaba alejarse de los problemas. El éxito editorial de mi libro no había hecho más que empezar. Reconozco que lo hice por amor aunque allí, en Madrid junto a Blanca, sería más fácil tener el control sobre mí mismo y no dejarme llevar por las callejuelas del Levante español. El carácter de Blanca me pondría a raya, contra las cuerdas y yo sucumbiría entregándole la razón. Se acabaron las juergas entre semana, las comidas espontáneas en restaurantes caros que terminaban en bares de pilotos de avión, junto a un pianista octogenario y una botella de Seagrams.

Me limité al vermú del mediodía, a las cañas de Mahou de los bares colindantes. Pasear por el Parque del Retiro mientras Blanca pasaba la jornada en la redacción y dejarme caer por Goya en busca de algo bonito que le levantara el humor a mi amada. Era la segunda vez que lo intentaba, más dispuesto que nunca y con una voluntad de acero. Sin embargo, vivir con un escritor nunca resulta fácil. El concepto de literato se había convertido en algo romántico e idílico gracias a Hollywood y a los profesores de facultad. La realidad era distinta. El escritor como concepto de hambruna, de algo pasajero a lo que unos pocos podían aspirar. Eso resultaba ser escritor en una era de cambio, de tecnología y defunción de la industria. Entre las estanterías con libros de Pérez-Reverte y Stephen King, caían un montón de nombres que se apilaban en el olvido. En mi caso, tuve la suerte de saber venderme y hacer que mis editores invirtieran en mí algo más que interés, aunque sabía que la fama era tan efímera como una puesta de sol.

El hecho de que Blanca fuese periodista, me alentó a dar el paso y mudarme a vivir con ella. Hacíamos buena pareja, éramos un

tándem estupendo a la hora de trabajar juntos y lo habíamos demostrado anteriormente. Por el contrario, que yo viviera con ella en condición de escritor y de pareja, cambiaba las cosas. Ella había ganado posiciones en la redacción, le habían subido el sueldo y muy cruda debía ser la situación para que perdiese su puesto en los siguientes diez años. Su ascenso nos dio esperanza, aunque también estiró las cuerdas de nuestro amor. Formando parte de una generación que estaba siendo arrastrada por la crisis económica, el término estabilidad financiera significaba planes de futuro. Por el contrario, mi situación era un mar de dudas. El primer libro había funcionado muy bien y, por contrato, debía escribir otro título. Mi agente había logrado vender los derechos de la película a la televisión pública. Pronto se convertiría en una serie de varios capítulos que imitaban a las producciones norteamericanas, que tanto se habían puesto de moda.

El salto editorial me había ayudado a ampliar mi red de contactos, tener una columna propia en los diarios provinciales y ser capaz de permitirme más de un capricho de cuando en cuando. Lo que todos desconocían era que las líneas de la novela estaban basadas en mis experiencias con Rojo, Blanca y el resto de personajes que se introdujeron en mi vida durante años atrás. Eso me hacía sentir como un impostor, un cretino incapaz de escribir una línea verosímil sin recurrir a la fuente de la experiencia.

Desafortunadamente, la marmita de la inspiración y los recuerdos comenzaban a agotarse. Dicen que el escritor debe escribir acerca de sus vivencias. Estaba de acuerdo, aunque las mías comenzaban a parecerse a las de un oficinista amargado.

Por suerte, una semana antes de subirme a aquel tren, recibí una llamada de la gestora cultural de la Fnac de Alicante, un empresa de tiendas especializadas en electrónica, libros y música. Para mi sorpresa, al otro lado del aparato se encontraba la dulce voz de Carlota Buendía, una antigua compañera de estudios con la que nunca logré resolver la tensión sexual que emergía cuando estábamos juntos.

Carlota no formaba parte de mi grupo de lectores. El interés de las revistas por mi figura me puso en todos los suplementos semanales de los periódicos. Ella me había encontrado en uno de ellos y debido a la celebración de las Hogueras de Alicante, no dudó en contactar conmigo para que diese una pequeña charla y, de paso, vendiera algunos libros en la tienda.

A cambio, la empresa me pagaba un fin de semana en casa con hotel y pensión incluidos. A Blanca no pareció gustarle la idea aunque a esas alturas, todo empezaba a darme igual. Ir a firmar libros era el equivalente a un balneario. El baño de masas, los elogios gratuitos y las colas de las personas interesadas en que les dedicara el libro. Una cena en un restaurante caro, dos noches de hotel y el esplendor de una ciudad en pleno auge. No necesitaba más. Tal vez, la idea de que Blanca no me acompañase no era del todo mala. Debía reencontrarme con el pasado, afrontar los golpes y sentir de frente si estaba preparado para regresar a casa.

Miré por la ventana, habíamos abandonado el interior de la estación y dejábamos la ciudad atrás. Una azafata me entregó un juego de auriculares negros para conectarlos al asiento y escuchar la película. La chica, muy amable, me indicó que proyectarían *Up in the Air*, con George Clooney.

—¿La ha visto? —Pregunté con interés. Su rostro se encogió y asintió con la cabeza. Entendí que no sería la segunda vez que reproducían la cinta.

Saqué el teléfono del bolsillo y miré los mensajes que tenía de Blanca. No le había contestado a ninguno de ellos, no sabía si hacerlo. Reflexioné por unos segundos y entonces, me dispuse a escribir un mensaje cuando una presencia me abordó por encima.

CAPÍTULO DOS

En el pasillo del tren, el hombre que empujaba un carrito con café, leche y dulces para el desayuno, se detuvo ante la presencia que interrumpía su trayecto.

—Disculpe... —dijo el empleado.

—¿Caballero? —Preguntó una voz ronca y masculina. No podía creerlo. Algo se disparó en mi sistema nervioso a dos mil revoluciones. En una milésima de segundo, el cerebro me transportó al pasado, a cientos de imágenes a todo color que habían quedado en algún lugar de mi subconsciente. Desde que vivía en Madrid, nadie solía dirigirse a mí por el apellido. No había escuchado aquella tonalidad desde hacía años. Sin mediar palabra y con la expresión congelada, me deshice de los auriculares por los que sonaba la voz doblada de George Clooney y miré hacia atrás con el corazón en un puño.

—¿Rojo? —Pregunté. Era él. Estaba cambiado. Había perdido un poco de musculatura y lucía el cabello algo más largo de lo usual, peinado con la raya a un lado y hacia atrás. Mostraba un tono de piel demasiado pálido para la época del año, por lo que entendí que se había escondido en algún país con ausencia de sol—. Maldita sea, ¿qué haces aquí?

—Disculpe, señor... —insistió el empleado—. Tengo que repartir el desayuno.

—Caballero, maldita mi sangre que te haya encontrado aquí —contestó con una sonrisa ignorando por completo al trabajador.

—Oiga, que estoy esperando a mi café —dijo una señora al final del pasillo.

—Te espero en la cafetería —dijo Rojo, devolviéndole una mirada hostil al empleado y dándose la media vuelta.

Rojo se perdía por las puertas automáticas que separaban los vagones y yo seguía allí sentado, asimilando la escena que había protagonizado.

Las últimas noticias que había tenido de él llegaron unos meses antes de subirme a aquel tren. Tras nuestro encuentro en aquel hostel de playa cercano a Santa Pola, la tierra se había tragado al ex-oficial de policía. Él me advirtió de que no le siguiera el rastro y así hice. El episodio relacionado con Heikki Hämäläinen, el traficante de drogas que habría revuelto la provincia años atrás, nos apartó por un tiempo para que nos dedicásemos a nuestros quehaceres personales. El mío, arrancar una nueva vida y construir un nido de amor en la capital del país. El suyo, dar con el paradero de su mujer. Sorprendentemente, siempre creí que yo lo lograría antes que él, pero no fue así.

Todavía recuerdo esa mañana de marzo. Blanca había salido a trabajar. Yo me disponía a escribir un artículo local cuando fui a preparar una cafetera. El estudio se encontraba frío como un témpano y era por esa maldita costumbre de no acondicionar los pisos españoles para las épocas de frío. Encendí el ordenador y comprobé el correo electrónico. Rojo me había dejado un señuelo. Al parecer, había dado con el paradero de su esposa. Eso era todo, ni siquiera un cómo estás, ni un espero que todo te vaya bien. Rojo lo había dejado bastante claro. Una vez logrado su cometido, podía desaparecer de nuevo. Terco como un buey, me apresuré a responder al correo, esperando que me contestara con la mayor brevedad posible. Pero no fue así, Rojo jamás contestó al correo y decidí dejar la historia en un segundo plano.

Me levanté decidido y caminé hasta el vagón cafetería del tren. Debo reconocer que era un amante de las cafeterías de los ferrocarriles, ya fuese por ese movimiento constante que te permite

sentirte en tierra de nadie, por esa limitada oferta en la carta que lo reduce todo a la compañía ajena; por ese camarero que, a su vez, se dedica a otras labores. Al cruzar la puerta, me encontré a Rojo entre la barra y la ventana, acicalado con un polo de color bermellón, vaqueros y zapatos. Cuando se dio cuenta de mi presencia, guardó su iPhone en el bolsillo trasero.

—Vaya, por fin has dado el salto tecnológico —dije refiriéndome al aparato—. Esto resulta de lo más extraño.

Rojo se acercó a mí y me dio un intento de abrazo que terminó con una fuerte palmada en la espalda y un agarrón por el hombro.

—Me alegro de verte, joder —dijo con cierto aire de nostalgia. Terminaría creyéndome que me había echado de menos—. Te he seguido la pista, ya sabes... lo del libro.

—Vaya, no puedo decir lo mismo de ti —contesté y pedí un café solo. Rojo se encontraba frente a mí, delante de la ventana. Tras él, podía ver los campos de la vieja Castilla pasando a toda velocidad.

—Era demasiado arriesgado, Gabriel —contestó—. No podía involucrarte en esto, ni a ti, ni a Blanca... ¿Cómo está ella?

—Hemos tenido tiempos mejores —respondí—. Ella se encuentra bien. Soy yo quien necesita un empujón.

—¿Te agota la capital?

—Me agota la vida que hago, Rojo —contesté—. Que no es lo mismo.

Él se pidió otro café solo. El camarero lo miró desdeñoso.

—¿Qué haces en este tren? —Preguntó de nuevo. Parecía un interrogatorio y tenía la sensación de que, tras cada pregunta, resultaría más complicado hacerle cantar.

—Tengo una presentación con firma de libros... —respondí—. Así es como nos ganamos los escritores la vida que, por cierto... ¿Me vas a contar a qué te has dedicado todo este tiempo?

—Seguridad —contestó—. He estado ocupado la gran parte del tiempo.

—¿Social? —Pregunté.

—No —dijo con un tono muy severo—. Seguridad privada. Gente que te paga para evitar que les corten el cuello.

—Me resulta difícil de creer, amigo —dije—. No te veo haciendo ese tipo de trabajos.

—Será por las veces que te he salvado el pellejo...

—No es lo mismo, Rojo. Yo siempre me he dedicado a hacer el bien...

—¿Por qué te sorprende? —Dijo ofendido—. Tengo experiencia, sé gestionar equipos y conozco cómo funcionan los procedimientos. A decir verdad, este empleo me da menos quebraderos de cabeza que el cuerpo y el salario es más alto.

—Tú ganas, tú sabrás qué haces... Por cierto, ¿qué te trae por aquí? ¿Vacaciones? —Pregunté—. No te ha pegado mucho el sol en los últimos meses...

—He vivido una temporada en Cantabria, Navarra y País Vasco —contestó—. Como sabrás, por allí no está de más llevar siempre un paraguas.

—No hace falta que lo jures, ya lo veo en tu piel —dije—. ¿Qué hay del correo que me enviaste?

Rojo se bebió el café de un trago y pidió un vaso de agua. Parecía retrasar el momento mientras llegaba a una respuesta que me dejara fuera de combate.

El tiempo se le había terminado.

—Es la razón por la que me encuentro aquí —explicó.

—Me escribiste en marzo —respondí—. Nos encontramos a finales junio... No me salen las cuentas.

—Es una larga historia, Gabriel —insistió—, pero para hacerte un resumen... Digamos que en marzo encontré una gran pista que me llevó a Elsa. Por desgracia, cuando di con su paradero, no encontré más que el cadáver demacrado de la mujer que había sido mi esposa.

—Vaya, lo siento —dije apenado—. Espero que no fuese muy desagradable.

—No, no lo hagas —respondió pensativo—. La gente no abandona sus vidas de la noche a la mañana, simplemente porque no tiene los cojones para hacerlo. No hace falta irse muy lejos, mírate a ti, tomando respiros...

—No te equivoques conmigo, Rojo —advertí.

—El miedo a lo desconocido, a salir de nuestra zona de comodidad —prosiguió—. Es la realidad en la que vivimos, por mucho que algunos conferenciantes vendehumos nos intenten engañar de que los sueños se hacen realidad al otro lado del río, pero qué más da... No tenemos las santas agallas para saltarlo. ¿Es así?

—Siempre hay excepciones.

—Mi mujer no era una de ellas —sentenció—. Por tanto, su desaparición estaba ligada a esa maldita secta que se la llevó con ella para terminar siendo una drogadicta. Si he llegado hasta el final de este asunto, era para honrar su muerte, enterrarla y dar carpetazo a esta historia.

Las palabras de Rojo desteñían odio por todas las esquinas. Si hubiese sido otra persona, puede que me hubiese creído su discurso desesperanzado y fatídico. Rojo era un estoico con tendencias pesimistas. Jamás celebraba los triunfos y daba por hecho que, en soledad, se relamía en el barro de sus derrotas. La bilis emocional que corría por su estómago al contarme todo aquello despertó mi atención. Me ocultaba algo, no sabía el qué, pero entendí que se trataba de algo importante. Como amigo, además de apoyarle tenía que sonsacarle la información.

—Te entiendo a la perfección —dije sosteniéndole la mirada—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Buscarle un nicho decente y fingir que se murió como otra cualquiera.

—¿Encontraste alguna conexión con Hämäläinen?

Las venas de su cuello se hincharon.

—Ese cabrón era un aficionado.

—¿Qué pasó con el albino aquel del restaurante?

—Arvid Eettafel —contestó—. Otro maldito desgraciado. La Hydra, lo llamaban, pero no era él.

—¿Ha cambiado de pseudónimo otra vez?

—Perdonarme la vida le costó la suya —dijo Rojo—. Lo encontraron sin vida en una bahía del Cantábrico, poco antes de escribirte el correo. Fue él quien me llevó hasta Elsa.

—Un momento, él era el superior del finlandés —dije—. ¿Quién diablos está detrás de todo esto?

—No lo sé, Caballero —dijo con el mismo tono que usaría una persona abatida—. Ya te lo dije, es un submundo demasiado turbio. Dedícate a tus libros, a tus firmas y como siempre te digo...

—Que sí, joder —contesté—. Pon orden en tu vida.

—¡Eso es! —Exclamó con una sonrisa, tenía el rostro más relajado y me propinó otro golpe en el brazo.

Perdí la mirada por encima de los hombros de Rojo, clavando los ojos en la ventana que mostraba los campos secos del paisaje. Nunca fui una persona que creyó en los milagros ni en las casualidades. Me resultó difícil comprender que Rojo se encontraba allí, frente a mí, poniendo punto y final a una historia descabellada que lo había arrastrado hasta el más profundo infierno.

En el fondo, aunque no la quisiera, sentí que necesitaba mi ayuda.

De nuevo, miré la taza de café y sentí como aquel ferrocarril me llevaba de vuelta a algo más que una ciudad.

CAPÍTULO TRES

Rojo y yo continuamos hablando del pasado, que era lo mejor que sabíamos hacer. Sin insistir demasiado, me contó lo que había estado haciendo durante todo ese tiempo. Tras abandonarme a orillas del Hostal Maruja, la noche en la que todo parecía haber terminado, cumplió como habría prometido y se tomó un descanso en Fuerteventura junto a su hijo. Una vez terminado el periodo estival, dejó al chico con los abuelos paternos y se marchó en busca del rastro de su esposa. Tuve la impresión de que Rojo había ido detrás de una pista que solo lo conducía hasta otro señuelo. Yo era ojos y oídos y preferí no interrumpirle mientras observaba cada uno de sus gestos. El giro de la historia terminó con Eettafel como me habría dicho minutos antes. Lo más extraño de todo aquello era que, una vez muerta la supuesta Hydra a la que tanto temía Hämäläinen, el drama parecía haber terminado.

Los golpes de ciego lo llevaron entre amigos de la profesión. Muchos de los oficiales con los que se habría relacionado en el pasado, entonces sellaban sus labios o cantaban a cambio de una buena propina. Un fuerte olor a podrido seguía flotando sobre la Costa Blanca. Rojo entendió que la escalera de naipes se hacía más y más alta, que crecía a medida que iba quitando cartas de por medio, y que cualquier paso en falso podía llevarlo a una fosa.

Aunque no le mencioné nada al ex-inspector, reconozco que tardé varios meses en librarme de aquellos horribles cangrejos. La pesadumbre del pasado, el fatídico episodio de Bordonado, la forense o ese maldito olor a pescado podrido, el cual se adhirió a mi

piel como un cefalópodo enrabiado. Fueron días, duros días que perduraron como un horror constante en mi memoria.

La conversación decayó a medida que nos adentramos en el fango de la verdad. Rojo decidió cambiar de dirección fingiendo cierto interés por mi obra. Explicó que se había leído el libro y agradeció que todo aquel calvario hubiese servido de algo, dejándome entender que se había reconocido a sí mismo en uno de los personajes principales.

Cuando nos quisimos dar cuenta, el tren había cruzado la estación de Villena y sobre la barra se encontraban algunas latas de cerveza vacía. Una voz por el altavoz indicó que nos aproximábamos a la estación de ferrocarril de Alicante-Terminal.

El camarero se retiró y dejó de servir bebidas.

—Gabriel —dijo Rojo con tono paternalista—, dudo que nos volvamos a ver de nuevo, al menos... mientras estés por aquí. Esta vez, será mejor que no te metas en líos. Siento decirte que no podré ayudarte.

—Amigo, no eres el único que ha cambiado —contesté—. Te prometo disfrutar del ambiente y no acabar en comisaría.

—Así lo espero.

Rojo me ofreció su mano y se despidió con un fuerte apretón.

—¿Por qué no vienes a la firma? —Pregunté como último recurso.

—Hasta la vista, Caballero.

El ex-policía cruzó la puerta del vagón de la cafetería y desapareció como un fantasma en un castillo. Siempre hacía lo mismo y supe que no volvería a verlo hasta que él lo deseara.

Los pasajeros se amontonaron en la entrada como si tuviéramos que evacuar el tren por culpa de una epidemia. Esperé en mi sitio junto a mi petate mientras observaba a jóvenes y maduros abandonar el vagón. Finalmente llegó mi turno. Tenía que enfrentarme a la realidad.

La estación de trenes Alicante-Terminal era un lugar emblemático de mi época universitaria: viajes, rupturas, llantos y borracheras; mañanas en las que despedía a las damiselas que regresaban de vuelta a sus pueblos tras una noche de fervor y pasión. Una estación escueta, formada por seis vías, cuatro andenes y cubierta por un tejado luminoso infestado de lámparas que colgaban del techo. Cuando uno llegaba a la estación, lo primero que podía ver eran los bloques de edificios de ladrillo manchados de pintadas en los barrios de San Blas y Benalúa. Una imagen tórrida y muy usual en las estaciones de ferrocarril españolas, donde las viviendas más desfavorecidas cobijaban el runrún de las vías del tren.

El olor a carbón recalentado por el sol calcinante, las cafeterías de la estación que jamás cesaban de trabajar y el humo a cigarrillos de los que fumaban junto a los trenes de cercanías. Esa era la fragancia de una estación moderna aunque castiza. Me apeé del tren y caminé unos metros cuando sentí al Lorenzo del mediodía achicharrándome la espalda. Nos encontrábamos a finales de junio. En veinticuatro horas, la noche más larga del año se celebraría en la ciudad a lo grande. Junio era uno de esos meses que corrían la veda de la fiesta y el desenfreno. Hordas de turistas extranjeros, pálidos, con gorros de paja y camisas de palmeras, no tardarían en aterrizar como una bandada de gaviotas en busca de peces.

El aroma del café mañanero había sido reemplazado por el aceite frito de las cocinas. Sentí una tórrida sequedad en la garganta y necesitaba algo con lo que refrescarme. En aquel momento, no hubiese dudado en meter la cabeza en el interior de una fuente. Salí de allí, de la muchedumbre que esperaba a los suyos, sin tener a nadie contando los minutos de mi llegada. Quería darle una sorpresa a los míos, aparecer por casa sin que lo esperaran. Sin embargo, tras mi éxito literario y la independencia económica, mis padres habían comenzado un nuevo periodo en sus vidas. Dos días antes, recibiría un correo electrónico con fotos de Roma, Florencia y

Capri. Mis padres se habían ido de vacaciones a un país no muy diferente al nuestro, amedrentados por el choque cultural que podrían sufrir en los países eslavos.

Salí a la avenida de Salamanca cobijado por palmeras que apenas daban sombra alguna y el humo de los coches. Crucé en línea recta hacia la avenida de la Estación y sentí un fuerte golpe emocional en el cráneo al ver, a lo lejos, la plaza de los Luceros.

Alicante se preparaba par dar broche a las fiestas más importante de la ciudad, que culminaban en la noche más corta del año: la noche de San Juan. Desde finales del siglo XIX, la ciudad iba celebrando sin cese las famosas *Fogueres de Sant Joan*, una celebración de fuego y fiesta similar al carácter que tenían las Fallas de Valencia. Durante cinco días, cada distrito de la ciudad salía a la calle para preparar su hoguera, desfilan con las bandas de música y los trajes regionales, hacer una ofrenda de flores a la Virgen del Remedio y, finalmente, nombrar a un ganador mientras el resto de hogueras prendían toda la noche. Cuatro días de tradición y bienvenida al verano, armonizados como muchas otras ciudades valencianas, a ritmo de mascletá y fuegos artificiales coloridos. La llegada de tales fechas convertía a la localidad en un hervidero de jóvenes preuniversitarios, desbocados y con ganas de juerga y horas de sueño acumuladas. Colores y alegría, sonrisas en los rostros de la gente que salía a trabajar. Todos parecían alegrarse por la vida mientras clavaban sus ojos ofendidos en los míos, que se hundían en la nostalgia, en las horas del pasado.

Me detuve en un bar frente al edificio de la Diputación Provincial de Alicante, un enorme palacio construido antes de la Guerra Civil, de carácter castizo, estilo neoclásico y ornamentación barroca como en las construcciones de antaño. Junto a aquella, cientos de construcciones se repartían por la península dotando de color único y tradicional a la tierra de los conejos, que era como los romanos se referían a España.

Observé el bar, me senté en una mesa de la terraza y comprendí que me encontraba frente al lugar donde iba a presentar el libro

unas horas más tarde. Saqué el teléfono y escribí a Carlota Buendía un mensaje breve con el nombre del bar.

—¿Qué le pongo, joven? —Pregunto un camarero entrado en años, acercándose con una bandeja de aluminio.

No lo dudé. Solo había un modo de sentirme como en casa.

—Un vermú —contesté—. En vaso ancho y corto, con mucho hielo, bien frío y aceituna...

—Marchando, ¿y unas bravas?

—No —contesté—. Necesito refrescarme, por el amor de Dios.

El camarero regresó minutos después con unas olivas y el vermú.

—Que lo disfrute —contestó—, aunque con este calor, se le van a freír hasta las aceitunas...

—Me da a mí que no va a haber quien lo aguante... —comenté con afán de que se evaporara de mi vista.

—¿Este tiempo? —Preguntó sin esperar una respuesta y esbozó una sonrisa con la mirada en el edificio de la Diputación—. ¡Ché! Ya lo creo... Mañana es *la cremà*, la noche del fuego, el día más largo del año... ¡Nos ha jodido! Y quien se muera antes por el calor, es porque no merecía vivir.

CAPÍTULO CUATRO

Carlota Buendía tenía todo lo que una buena anfitriona debía poseer: tacto, cercanía, buen humor y gusto por las bebidas espirituosas. Me encontraba a punto de terminar el segundo vermú en aquella terraza cuando Carlota apareció de la nada, sorprendiéndome con un fuerte abrazo. Siendo sincero, no la recordaba tan bonita. Habíamos estudiado juntos durante tres años. Después, ella decidiría labrarse un porvenir en la universidad privada y acabar en Barcelona. En un principio, las cosas parecieron irle mejor que a muchos de los que nos habíamos quedado allí. La Ciudad Condal ofrecía una amalgama de posibilidades para encontrar empleo. Barcelona siempre había sido una ciudad bella, interesante y atractiva tanto para los de dentro como los de fuera. En especial, la mayoría de chicas veinteañeras de mi carrera soñaban con vivir allí, pasear por el Born y encariñarse con un chico catalán que les susurrara cosas dulces al oído. El tiempo les haría cambiar de opinión, dándose cuenta que vida no hay más que una y que la vejez golpea cuando menos lo esperamos. Eso mismo le ocurrió a Carlota Buendía, una chica apuesta, preciosa, de pelo castaño y dorado y una sonrisa propia de anuncio. El llamativo color verde de sus ojos y una piel fina como la seda, no eran más que burdos atributos cuando se comparaban con las curvas de su cuerpo. Carlota era delgada pero tenía un físico trabajado y una protuberante delantera que no se esforzaba en ocultar.

Por desgracia, su salto mediático llegaría antes de que pudiera pasar algo entre nosotros. Una raspa que se me quedaría clavada

para siempre, como muchas otras que arrastraba desde entonces, formando parte de mi colección privada de romances imposibles.

La vida nos había dado una oportunidad de nuevo. El calor infernal de la ciudad me había empapado la espalda, formando un círculo oscuro en mi camisa. Carlota llevaba un vestido de verano de color azul cielo que recogía en su cintura con un cordel, formando la silueta de un reloj de arena en su cuerpo. Ella me dijo de tomar un taxi hasta el hotel NH Alicante para que dejara mis cosas y yo no opuse resistencia. Hablamos del pasado, de lo que había acontecido en nuestras vidas durante los últimos años. Carlota no tardaría en decirme que había acabado con una relación de seis años de golpe y porrazo. Lo sentí por él, porque no era consciente de la mujer que se estaba perdiendo. Después le hablé de Blanca y sentí una mueca de decepción en su rostro.

Ay, Carlota, pensé. El destino no se ponía de acuerdo para que las estrellas se juntaran y nosotros retozásemos en el mismo colchón sin remordimientos.

El hotel era bonito, lo conocía de antes. Había pasado por delante de él cientos y cientos de veces. El NH se situaba en una de las entradas a la ciudad. Carlota me acompañó hasta la habitación y yo la invité a que entrara y se quedara charlando conmigo en alguna cafetería de por allí.

—Come algo y duerme la siesta, Gabriel —contestó con una sonrisa—. Todavía tengo mucho trabajo por hacer.

Abatido como si una bala de su revólver me hubiese atravesado la carótida, le dije adiós en la entrada del hotel y vi el ritmo de sus caderas perdiéndose en el giro de una esquina.

Caminé en dirección hacia el centro y me detuve en la primera cervecería que encontré ya que la oferta era muy variada. Años atrás, había leído en algún diario que España era el país con más bares en el mundo. Y no me extrañaba. No existía mejor lugar por el que dejarse caer que el de una cafetería. Los españoles entendíamos la importancia de la existencia de los bares en la vida social. Sin ellos, más de uno ya habríamos caído en un pozo oscuro

y sin luz. Pedí el menú del día: ensalada, paella de marisco, vino y café. Me senté en una mesa de la terraza y disfruté del arroz como no hacía en años. Frente a mí, no tenía más que las hileras de coches que entraban y salían de la ciudad, en sendas direcciones. Vivir en Madrid me había enseñado a entender los minutos como algo valioso. Saqué el teléfono del bolsillo en un acto reflejo y comprobé el correo electrónico. Blanca no me había dado señales de vida. Pensé en enviarle una foto de lo que estaba haciendo, ya que se había puesto muy de moda entre la gente compartir lo que estaban comiendo. Recapacité y me sonrojé al pensar en Carlota y no en Blanca.

Acusé mi confusión al hambre como un cobarde.

Pedí café solo y obvié el postre. El toldo que había sobre mí no ayudaba demasiado a apaciguar el escozor del sol en mi espalda. Pagué, me levanté y me arrastré hasta la habitación del hotel. Después me quité la camisa y me tiré sobre la cama. Una profunda calma me arrastró hacia lo más profundo de la nada. De pronto, el teléfono sonó, pero se encontraba en la mesilla. Alargué el brazo todo lo que pude, pero no logré alcanzarlo. Sentí una fuerza sobrenatural llevándome a otro plano físico. Aquel viaje iba a acabar conmigo antes de haber empezado. El teléfono volvió a sonar, pero resultaba imposible luchar contra mis músculos. El sonido se detuvo, y entonces, caí en un profundo sueño.

Me desperté al son de una música regional, de tambores, cornetas e instrumentos de viento que tocaban sincronizados viejas canciones populares. Alicante se preparaba, en el transcurso de su maratón, para otra noche de juerga y fiesta asegurada. Miré por la ventana y no logré ver nada, así que entendí que la música procedería del otro lado de la calle. Me di una ducha, me acicalé y rocié mi cuello con gotitas de colonia. Debía estar elocuente, ser sagaz y hacer de la presentación, parte de mi espectáculo. Hablar en público no se me daba del todo mal. En su mayoría, las personas que venían a verme

eran mujeres, de todas las edades, estaturas y tamaños. Adoraba a las mujeres, las que venían a verme, las que compraban mis libros y las que pasaban por allí y se detenían con curiosidad ante el escritor. La figura del literato había caído en un cliché aburrido y desfasado perteneciente a otra época. La industria editorial se había topado con un iceberg llamado internet. La sociedad general había dejado a un lado los libros por otras formas de entretenimiento: el disco había dado lugar al formato digital, y el formato digital a la reproducción en línea sin tener que gastar un céntimo. Con los libros sucedía lo mismo. Como respuesta, los grupos editoriales no hacían más que contratar a escritores negros para que escribieran la biografía de la ex-mujer de un torero o el participante de Gran Hermano. Junto a ese panorama, los escritores nacionales seguían cerrándose en su imagen intelectual de gafas de pasta y chaquetas de *tweed*, una imagen que, lejos de ser real, era motivo de burla en las discotecas. Por tanto, sabía que mis historias, además de entretener, darían el juego suficiente así como mi puesta en escena. El secreto de mis presentaciones no estaba en hablar de mi libro sino en hacer reír a la gente porque, al fin y al cabo, quien iba a verme ya conocía mi historia.

Perfumado y bien peinado, salí del hotel con una camisa blanca y unos vaqueros encima. Un taxi me llevó de nuevo hasta la galería Fnac en la que debía dar mi charla. Miré por la ventana y observé un atardecer anaranjado, el tráfico de los coches que se movía como hormigas, los transeúntes arreglados para mostrar su mejor cara ante la sociedad. La ciudad resplandecía belleza, hermosura única. Un sentimiento de nostalgia recorrió mi columna vertebral. Dos pequeñas lágrimas intentaron salir de mis ojos, pero fui lo bastante rápido para ocultarlas con los dedos antes de que el conductor se diese cuenta de ello.

—¿Viene por vacaciones? —Preguntó al observarme inquieto mirando a todas partes—. *Les Fogueres* son un espectáculo único. La mejor época del año.

Me sorprendió que no dijera nada sobre mí. Tal vez, vivir con Blanca hubiera causado una pérdida de acento.

—Estaré por unos días —contesté—. Puede dejarme donde mejor le venga.

—No se preocupe —contestó con calma levantando la mano—. Aquí es que la gente se pone de los nervios cuando tiene que salir del trabajo... Y más estos días, que la ciudad se pone loca con tanto guiri...

—¿Muchos extranjeros?

—Psé... De todo hay, ¿sabe? —Contestó. Parecía reanimarse con el tema—. Que si alemanes, que si ingleses, que si suecos y gente de esa... de por ahí arriba... Eso sí, unas muchachas rubias de categoría. Cuando se me suben al taxi y me dicen *cosefes* en inglés... Y yo, hija mía, si te viera tu padre con esa cogorza que has cogido... ya sabe, pero qué les voy a decir yo que no terminé la secundaria... Madre mía, eran otros tiempos, pero si yo tuviera veinte años...

El hombre soltó una carcajada que fue abrazada por el silencio.

—Estoy seguro que los disfrutaría —contesté y señalé a una de las entradas al Fnac—. Es ahí, cóbrese.

Le di un billete de veinte y le dije que se hiciera cargo de la propia, que trabajar a esas temperaturas era como picar piedra en el infierno. El hombre se marchó con una sonrisa, sin interés alguno en quién era. Junto a la entrada de la galería había un bar irlandés en lo alto, un buen escondite en caso de nervios. Miré el reloj, el pulso me temblaba y pensé en tomarme una cerveza antes de subir al estrado. Reflexioné por unos segundos cuando alguien me detuvo en la calle.

—¡Gabriel! —Exclamó una voz femenina. De nuevo, era Carlota, más guapa, si es que eso era posible. Caminó hacia mí apretada en un vestido negro con transparencias por el que podía contemplar su alma—. Qué bien que hayas llegado a tiempo. Conociéndote...

—Para conocerme bien, debes vivir conmigo —contesté. Carlota no supo que decir y noté el calor enrojecer sus carrillos—. Estás

muy bella, por cierto.

—Gracias, una ocasión así lo merece —contestó, primero mirando a sus zapatos y después a mí—. La cafetería está llena de mujeres. Ha venido más gente de lo que esperábamos, Gabriel. Va a ser todo un éxito.

Caminé junto a Carlota hacia el interior de la galería.

La cafetería de la tienda Fnac separaba la tienda de los diferentes comercios pequeños que orbitaban alrededor del edificio. Una barra de bar con taburetes, decenas de mesas ocupadas por hombres y mujeres de todas las edades y un pequeño escenario con una mesa, dos sillas y dos micrófonos. A medida que mis zapatos iban ganando terreno, los rostros del público se iluminaban como si se tratara de la llegada de un ángel. Jamás pensé que un escritor podría sentirse tan cobijado por sus lectores. La relación del que escribe con quien lee no es más que un intercambio de emociones en el tiempo. Desde que yo escribía hasta que ellos lo recibían, podían pasar meses y yo, no volver a ser jamás, la misma persona.

Un aplauso compacto y energético me llevó hasta el escenario. Carlota hizo su trabajo con una presentación llena de elogios, citas y bonitas palabras hacia mi persona. Las cartas estaban sobre la mesa, el telón corrido y había llegado el momento de empezar la función. Entre susurros, le pedí a Carlota que alguien me llevara un *gin-tonic* bien cargado para sobrellevar la puesta al público. A medida que las palabras salían de mi boca, entré en un trance hipnótico emocional del que no recuerdo demasiado. Puede que dijera lo mismo que había dicho veces anteriores. Tal vez hubiese cambiado algunas palabras. La historia se repetía una y otra vez con las mismas pausas, chistes y preguntas que recibían siempre una respuesta similar. Al terminar, los presentes aplaudieron con efusividad y decidí dedicar unos minutos a un turno de preguntas que yo mismo me encargué de moderar. No era el dinero, ni la fama, ni las fiestas a las que me invitaban por el hecho de que mi libro apareciese en televisión. Eran aquellos detalles, la cercanía de la

gente que me enviaba correos electrónicos o había preferido mover su culo hasta allí en lugar de emperifollarse para ir de jarana. Eran aquellos detalles por los que merecía la pena estar donde estaba y seguir escribiendo.

Una vez hubo terminado el coloquio, las personas se amontonaron en una fila con libros entre sus manos, algunos usados y otros que aún desprendían el olor a nuevo, para que se los firmara. Me hice fotos gustosamente con quien me lo pidió y dediqué páginas a personas desconocidas como si conociera de siempre. La gente me agradecía poder estar allí mientras que yo no lograba expresar mi gratitud con algo más que palabras.

Algo más relajado, pedí a Carlota Buendía que me trajera una segunda copa cuando vi la piel bronceada de unas manos cuidadas y adornadas con oro y brillantes. Las tres sortijas llamaron mi atención así como el vestido de color blanco que había tras él. No fue necesario ver su cuerpo entero para saber que estaba frente a una mujer esbelta y cuidada. Y así fue. Con una sonrisa de carmín y una fragancia dulce y delicada, la mujer rubia de pelo largo y mirada eléctrica me embelesó por instantes.

—Me encantó el libro, señor Caballero —dijo la mujer con una voz suave y confiada y me puso el libro delante—. ¿Me lo podría dedicar?

La observé con detenimiento como si me encontrara ante una sirena. Carlota nos interrumpió dejándome la copa a un lado y dándose cuenta de la interacción. Aquello no pareció agradaarle demasiado.

—¿Nos conocemos? —Contesté reduciendo las distancias.

—Estamos teniendo el gusto, ¿no cree? —Dijo y puso el bolígrafo sobre mis dedos. Una descarga eléctrica recorrió mis músculos. Esa mujer jugaba con fuego—. Para Eme, eso bastará.

—¿Eme? —Pregunté mientras garabateaba la página del libro. Después lo cerré y se lo entregué—. ¿Qué nombre es ese?

La mujer me regaló otra sonrisa y guardó su respuesta en el fondo de su misterio.

—Muchas gracias, señor Caballero —dijo evadiendo mi curiosidad—. Soy una gran admiradora suya. Estaré atenta a la próxima entrega...

En un pestañeo, la sensual presencia de labios rojos y manos de porcelana, había desaparecido entre la multitud. La busqué entre los rostros desconocidos, pero fue demasiado tarde.

Una hora y media más tarde, en la cafetería de la galería no quedaba apenas nadie. Carlota me observaba sentada en un taburete, junto a la barra, con el codo doblado y la barbilla apoyada sobre su mano. Esa mirada pícara y risueña, llena de intenciones que se saltaban lo ético y lo tradicional. Ante sus ojos, vi pasar la película de mi anterior vida, las aventuras de una piel de la que me había deshecho como una serpiente.

—Has estado genial —dijo con los ojos brillantes—. Bravo, Gabriel. Creo que serías capaz de vender cualquier cosa...

—Lo tomaré como un cumplido —contesté y miré el reloj. Eran las ocho de la tarde y me sentía agotado. El sol había bajado, haciendo más tenue el color de la calle. El estómago me rugía, ya fuera por las dos copas que llevaba encima o por el derroche de energía que había dejado durante la charla. Me levanté de la silla y caminé hacia el baño para refrescarme la cara. Cuando me encontré frente al espejo, sentí que el alcohol fluía por mis venas más de lo que había pensado, y eso me pasaría factura al día siguiente. Conocía esa sensación y no era en absoluto agradable. Me refresqué el cuello y humedecí mi cabello.

Al cruzar la puerta del baño, vi a escasos metros a esa mujer de nuevo. Eme guardaba el libro firmado bajo su brazo a la vez que agarraba un bolso. Nuestras miradas se cruzaron y sin tiempo a meditarlo ni tres segundos, mis pasos se dirigieron hacia ella entrando su campo magnético.

De nuevo, esa sonrisa aniquiladora de autoestima, capaz de derrumbar las defensas del corazón como un caballo de Troya.

—Señor Caballero —dijo—. De nuevo, coincidimos...

—Nadie nos ve ahora —contesté—, así que podemos tutearnos. ¿Qué haces aquí? Pensé que te habrías...

—Me he quedado hasta el final de la presentación —respondió—. No me gusta llamar la atención demasiado. A diferencia de lo que muchos creen, el anonimato es el único lujo de estos tiempos que corren.

—Y yo que pensaba que el lujo era pasar las vacaciones en Ibiza...

—Eso lo puede hacer cualquiera que lo pague —argumentó—. ¿No crees?

—Eres una mujer peculiar, Eme —dije en voz alta—. Desde tu nombre hasta tu forma de pensar. Me gustaría tomar parte de ese anonimato contigo, a poder ser, con un buen vino blanco y frío que conduzca nuestras palabras.

—Me encantaría, Gabriel —respondió sonrojada—, pero me temo que no podrá ser hoy. Mis amigos me esperan, aunque estoy segura de que nos volveremos a ver pronto. Ya lo creo.

—¿Gabriel? —Preguntó otra voz femenina. La presencia de Eme me había distraído por completo. Carlota Buendía se encontraba, de nuevo, a escasos metros de nosotros, contemplando la escena.

—Te reclaman... —susurró Eme.

—Pero... —balbuceé y Eme echó a andar—. Al menos, intercambiamos teléfonos.

La mujer se giró.

—Confiemos en la serendipia, Gabriel —dijo junto a la puerta, dio media vuelta y salió a la calle contoneando su cuerpo.

Serendipia, no podía creer que esa mujer creyera en las estupideces del destino. El pájaro se había escapado de mis manos, regalándome el recuerdo del suave tacto de sus plumas. Lo dejé estar, tal vez estuviera flirteando conmigo sin segundas intenciones. Los caminos del cortejo, en muchas ocasiones, no eran más que laberintos sin salida. No me consideraba uno de esos hombres que se daba por vencido, aunque tenía claro cuándo una mujer no

deseaba dormir bajo mis sábanas. Después salí de aquel trance de confusión, me pregunté a mí qué estaba haciendo. Las señales eran obvias: tenía un problema de gran tamaño en mi relación con Blanca.

—¿Estás hambriento, Gabri? —Preguntó Carlota dándome un golpecito en el brazo. El aire de la calle arrastró su perfume hacia mis sentidos. Carlota olía de maravilla. La fragancia de una mujer era tan importante como el brillo de sus ojos.

—Esta ciudad siempre me abre el apetito —contesté y le ofrecí mi brazo. Carlota sonrió ignorando mi invitación y nos perdimos calle abajo en busca de un lugar cálido y una buena conversación.

Subimos hasta la plaza del mercado de abastos y decidí tomar la iniciativa al ver que Carlota se encontraba algo perdida. Como habría en el pasado, nos dirigimos hasta la puerta del Bar Guillermo, una antigua casa para mí y para los que habíamos compartido profesión. El bar se encontraba como siempre, conservando el toro negro en el cartel y una atmósfera rústica y tradicional de la España de siempre.

—Vaya —dijo ella al observar el interior con su barra de madera de antaño, los arcos de ladrillo rodeados de mesas cuadradas y pequeñas, la pata de jamón cortada, las botellas de coñac al fondo y el cuadro en blanco y negro de la ciudad de Alicante. Si el Bar Guillermo tenía algo de especial era que, desde los años cincuenta del siglo anterior, apenas había variado su carta de comidas—. Me encanta, es genial... Nunca había estado aquí.

—Este lugar está lleno de recuerdos —contesté—, como una fotografía del pasado, y... ¡Qué demonios! Se come de maravilla.

Las mesas se encontraban ocupadas, así que tomamos un rincón de la barra y decidimos cenar de tapas mientras el camarero nos servía las copas. Carlota Buendía se soltó el pelo y la lengua a medida que el vino se evaporaba de su copa. Lo que comenzó como una conversación entre viejos compañeros de facultad, se convirtió en paseo por el pasado, agarrados de la memoria y todo lo que no pudimos hacer. Ella, que siempre había sido la chica bonita

capaz de lograrlo todo, se lamentaba arrepentida al hablarme de un novio francés que terminó con su carrera periodística. Florián, el actor parisino que la embelesó como buen *enfant terrible* en Barcelona, hasta convencerla de que su lugar se encontraba en la capital francesa. Lo que comenzó como un viaje de locura y pasión, poco a poco se fue deshinchando como un globo. Florián desaparecía durante temporadas para rodar series familiares en Canadá. Carlota buscaba la forma de encontrar un trabajo que no fuese de niñera. Aprendió el idioma y también a decir *je t'aime*, pero la decepción llegaría más tarde, cuando Florián regresó de su viaje con una nueva vida: había conocido a una joven actriz canadiense e iba a ser padre. A la humillación de Carlota se sumó la falta de dinero para empezar de nuevo en la Ciudad Condal. Mientras ella me contaba aquello, yo daba sorbos a mi copa de vino observando la mirada partida y despechada de la mujer que tenía delante. Pensé en Blanca, en mí, en los dos juntos en la cama y en cómo las cosas ya no funcionaban como antes. Sin embargo, jamás podría hacerle algo así a una mujer. Ese desgraciado había manchado su dignidad.

—Así fue cómo terminé aquí —dijo con una sonrisa blanda y dio un largo trago. Temí por ella, por la existencia de botellas de vino y por que esa tensión sexual sin resolver tratara de encontrar una respuesta después de los postres.

Miré a los platos, se encontraban vacíos. Sentí el estómago lleno y la mirada turbia. Carlota me miró a los ojos y después a los labios. Sabía lo que eso significaba.

Pedimos la cuenta y Carlota se empeñó en pagar con la tarjeta de la empresa a cambio de que le invitara a la última copa. Al fin y al cabo, si no cubría los gastos de ese año, le recortarían el presupuesto para el siguiente. Esa era la dinámica de las empresas privadas y los organismos públicos, es decir: de todo aquel que pusiera los billetes sobre la mesa. Si eras capaz de hacer algo por dos céntimos, ¿para qué necesitabas tres? Por el contrario, la picaresca española, esa parte única de nuestro código genético y

ausente en el de los países vecinos, incentivaba al exceso y al gasto innecesario. No era de extrañar ver en las portadas de los diarios a los representantes de los sindicatos reuniéndose en restaurantes caros.

Nos dejamos la plaza de San Cristóbal y nos metimos en uno de esos bares que cambian de propietario como de nombre.

Carlota pidió un mojito y yo un whisky con cola.

Yo entregué un billete al camarero.

Carlota dio un sorbo a la copa y, de la forma más sensual, acercó sus labios a los míos.

No opuse resistencia.

La noche sería más larga de lo que habría planeado.

Ya fuese por la serendipia o la culpa de los excesos, llegué al hotel acompañado de Carlota, aunque en una disposición bastante perjudicada. Las palabras alimentan al alma, pero no al estómago. Descubrí que Carlota no había cenado mucho después de la tercera copa. La mezcolanza de bebidas espirituosas derribaron con un golpe crítico aquel pequeño cuerpo de cristal. Primero fueron sus palabras las que se torcieron como contorsionistas rusos. Después, sus intestinos. Encontré a Carlota arrojando la comida en la taza del baño de señoras de aquel bar. La fiesta había terminado y no me arrepentí de ello. A veces, se gana. Otras se pierde, y muchas, el alcohol nos juega una mala pasada.

Tomé un taxi en la avenida Alfonso X El Sabio que nos llevó directos al hotel. Era medianoche, las calles se encontraban infestadas de gente que bebía en las barracas y casetas de vecinos, reía y celebraba el penúltimo día de las fiestas. Observé por la ventanilla mientras pasábamos una vez más por la plaza de los Luceros y sus terrazas, esos bares por los que tantas veces me había escondido de Rojo, de Ortiz y de los fantasmas del pasado. El viaje comenzaba a resultar pesado. Estaba siendo corto, aunque intenso. Sujeté la cabeza de Carlota sobre mis brazos. Estaba

consciente y somnolienta. Su rostro esbozaba una sonrisa. Puede que ella solo quisiera dormir con alguien, sentirse amada y, por un día, vivir en un cuento de hadas. Eso fue lo que pensé, aunque también era lo que yo deseaba. En ocasiones, las relaciones solo nos aíslan más de la persona que tenemos al lado. Tendemos a pensar que vivir en pareja es mucho mejor que sin ella, que el amor es cosa de dos y, por muy mal que vayan las cosas, siempre está el otro para escucharnos. Sin embargo, la realidad es otra e idealizar lo que no tenemos, a pesar de hacerlo, es parte de los juegos de la mente.

Cuando llegamos al hotel, hice un esfuerzo por desnudar a Carlota, ducharla y meterla en la cama envuelta en una de mis camisas. No tenía por qué hacerlo, pero tampoco quería que se despertara horrorizada oliendo a derrota. La cubrí con una sábana hasta los hombros y observé su rostro de nuevo. Parecía una joven inocente. Dicen que, cuando dormimos, tenemos el aspecto de quienes realmente somos, y Carlota era muy dulce.

Después de todo el ajeteo, decidí salir a la calle a fumarme un cigarro antes de meterme en la cama. El reloj marcaba las dos de la madrugada. Los efectos del alcohol seguían entumeciendo mi cuerpo, aunque una botella de agua y la responsabilidad de hacerme cargo de la chica, me habían despejado de nuevo. Cuando me acerqué a la cómoda para coger la llave de la habitación, encontré un sobre blanco con mi nombre escrito en bolígrafo azul. Me lo eché al bolsillo y salí a la calle.

Una vez fuera, lo abrí con el pitillo entre los labios.

Di una fuerte calada.

El sobre estaba sellado por la *Comissió Gestora*, el organismo sociocultural que se hacía cargo del evento multitudinario.

Curioso, saqué la carta y leí en voz alta interior. Se trataba de una invitación formal para que acudiera al ayuntamiento para ver la *cremà* desde el balcón principal. A la clase política le interesaba presumir de talento local ante la prensa, y llevarme a uno de sus saraos, para darle ese brillo intelectual que ellos no alcanzaban por

sí mismos, era una buena idea. La proposición me hizo sentir importante, mucho más que cuando firmé el contrato editorial. Era todo lo que necesitaba, una palmadita en la espalda, un desayuno de ego. Al fin y al cabo, era mi ciudad, mi casa y, de una maldita vez, resultaba ser profeta en mi tierra.

Saqué el teléfono del bolsillo y miré la pantalla. Blanca me había escrito un mensaje preguntando cómo habían ido las cosas. A pesar de lo tarde que podía ser, le respondí contándole que me quedaría un día más.

Aplasté el cigarrillo contra el suelo, exhalé el humo que guardaba en los pulmones y dibujé una sonrisa sincera a la noche. Los fuegos artificiales, a lo lejos en el cielo, alumbraban una calle vacía por la que solo pasaban taxis.

Levanté la vista, observé a la luna radiante y le pregunté cuántas más sorpresas me iba a traer aquel fin de semana.

CAPÍTULO CINCO

A la mañana siguiente, Carlota se encontraba vestida y maquillada cuando alcé los párpados. Giré el rostro y vi su silueta de espaldas, tan perfecta, tan frágil. Me escribía una nota.

—No te molestes, estoy despierto —dije desperezándome—. ¿Qué hora es?

Sus músculos se entumecieron. Entendí que sufría un momento de vergüenza.

—No quería...

—Date la vuelta —ordené. Ella se giró con la nuca medio agachada y la miré a los ojos—. Tranquila, no tienes por qué sentirte confundida. Anoche no pasó nada.

Su rostro se encendió.

—Lo sé, es simplemente...

—El calor de esta maldita ciudad —contesté sin dejarla terminar—, que hace del alcohol gasolina.

Ella se rio.

—Gracias por todo —dijo, se acercó a la cama y se sentó a mi lado. Yo seguía acostado con el torso desnudo bajo las sábanas. Carlota me acarició el cabello con los dedos—. ¿Cuándo sale tu tren?

—He estado pensando... Creo que voy a quedarme un día más —contesté—. Es la última noche de fiesta, hoy quemarán la hoguera oficial y, bueno, algo en mi interior me dice que me quede. Ya sabes, la *terreta*.

—Te entiendo perfectamente, Gabriel —respondió—. Tú siempre tan castizo... Supongo que no necesitarás una guía, ¿verdad?

Vacilé en mi respuesta. Existía una gran posibilidad de que Carlota estuviera invitada al evento, pero, por otra parte, me lo hubiese comentado mientras me leía su *curriculum vitae* en el Bar Guillermo. Hice un órdago y arriesgué.

—Será mejor que descanses —contesté con tono paternalista—. Siento que nos hacemos mayores y no tenemos la misma energía que hace seis años.

Una vez más, Carlota sonrió decepcionada. Estaba seguro de que se acordaba de casi todo. Me regaló un beso en la frente con una caricia y se despidió para siempre cerrando los dedos de la mano.

—Hasta la próxima, Gabriel —dijo en la puerta de la habitación—. Disfruta de tu estancia en casa y llámame algún día.

La puerta se cerró. Salté de la cama, entré en la ducha y me adecanté para salir a la calle.

Acudí a la *mascletà* del mediodía, un espectáculo pirotécnico con el objetivo de estimular a la gente a través del ruido y no los colores. La cultura valenciana llevaba en las raíces aquello de quemar y hacer ruido. No importaba qué ciudad visitaras que, en cada una de ellas, habría un espectáculo de fuegos artificiales y tracas de petardos. La calle estaba atestada de cabezas que buscaban acercarse entre las palmeras al dispositivo de seguridad. La mayoría de los presentes se protegían del sol abrasador con gorros de paja y vasos de plástico con cerveza. Disfruté como un niño del temblor de los truenos retumbando en mi pecho, músculos y cabeza. Los morteros llegaban con una fuerte explosión y la gente se excitaba a medida que el rítmico estruendo aumentaba. Cualquiera que no fuese de allí, nos hubiese tomando por una panda de masoquistas, pero lo cierto era que el espectáculo me sacó una pequeña lágrima.

Bajé hasta el mar, di una vuelta por el paseo de la Explanada, echando un vistazo a los yates atracados y el paisaje formado por la costa y la isla de Tabarca al fondo. Después me detuve en La

Taberna del Gourmet y llené el estómago con una buena ración de gamba roja, huevos rotos con patatas y unos montaditos de jamón ibérico. Aunque en la gran capital existían lugares increíbles donde comer, no existía nada mejor que hacerlo en casa y con una vistas de ensueño.

Regresé al hotel meditabundo, con la imagen de Blanca y Rojo en mi cabeza. Eran las cinco de la tarde del sábado. Todavía tenía tiempo para dormir una siesta, recuperarme de la noche anterior y despejar las ideas. Marqué el número de Blanca. Escuché el tono tres veces.

—Hola —dijo ella al otro lado—. ¿Cómo va todo?

—Bien... —contesté—. Las cosas siguen como las dejé. Me siento un poco extraño. ¿Cuándo regresas?

—Mañana llegaré a Madrid sobre la una del mediodía —dijo y contestó algo en inglés a otra persona—. Perdona, estaba pidiendo un café. ¿Decías?

—No, no decía nada.

—¿Cuándo piensas volver? —Preguntó con voz seria.

—Ya te lo dije, Blanca —respondí—. Mañana. No creo que haya problema con los billetes.

—Bueno, tú sabrás —dijo desairada.

—Joder, Blanca —respondí irritado por el tono de su voz—. ¿A qué viene eso ahora?

—No, no es nada —contestó—. Siempre dices una cosa y terminas haciendo otra, Gabriel.

—Vamos a ver... —dije. La conversación me estaba poniendo nervioso—. Tú regresas el domingo, yo también. ¿Para qué quieres que regrese el sábado?

—Gabriel, mira... —dijo de nuevo. Otra voz le hablaba en inglés—. Tengo que dejarte. Me están esperando unos periodistas del Bild y del Kronen Zeitung y ya sabes cómo va con esta gente lo de llegar tarde.

—¿Desde cuándo te importa lo que piensen los alemanes? —Grité al altavoz imaginándome a un hombre con aspecto y bigote de

Nietzsche, susurrándole palabras germánicas en el cuello.

—Te veo el domingo, ¿vale? —Dijo—. No te metas en líos. Te quiero.

La llamada se cortó y lancé el teléfono contra la cama como si fuera un olímpico lanzando su disco.

Estaba celoso. No tenía razones para ello, pero de sobra es sabido que el amor no entiende de lógica. Si Blanca estaba teniendo un romance con otro hombre o no, era algo que jamás sabría. Pese a lo que muchas personas digan, las relaciones se quiebran como quien arruga una hoja de papel con la mano. Esos pequeños pliegues que jamás vuelven a su forma son los que hacen del folio algo indecente. En nuestro caso, la hoja de ruta de nuestra relación presentaba más cicatrices que pliegues.

Mudarme a vivir con Blanca había sido una buena idea, hasta que dejó de serlo. Mi presencia cambió su forma de ver la vida, el futuro y los planes. Una familia acomodada y tradicional solo esperaba ver a su hija en el altar y, poco después, dando a luz a una nueva generación. Las conversaciones siempre desembocaban en discusiones relacionadas con el compromiso, el trabajo y la vivienda. Con ello, nos olvidábamos del presente, del amor diario, de la belleza de un atardecer en la Gran Vía madrileña. Esos pequeños momentos de los que tanto habíamos disfrutado al principio, llenos de intensidad, emoción y pureza, se diluían en el agua del retrete. Blanca se olvidaba de disfrutar de la vida, concentrándose en su trabajo, el altavoz humano de su madre y el grupo de amigas casadas con jóvenes empresarios. Yo me volvía loco llegando a deshoras, durmiendo en lugares insospechados y diciéndole que estábamos a punto de descarrilar. Y pese a todo, nos queríamos.

La siesta me ayudó a calmar el desencuentro telefónico. No tenía ropa de gala, pero tampoco la necesitaba puesto que siempre lucía una imagen más que decente. En cualquier caso, como escritor, la gente nunca esperaba nada de mí. De algún modo, los

juntaletras habían demostrado que el talento que guardaban con las palabras se esfumaba en las tiendas de ropa.

Saqué de la bolsa unos pantalones blancos, un par de zapatos Castellanos burdeos y una camisa de tela azul claro. Clásico pero infalible.

Listo y como un pincel, tomé un taxi en la puerta del hotel que me llevó hasta una de las bocacalles cercanas a la plaza del ayuntamiento de la ciudad. Diez minutos después, me encontraba frente al Palacio Municipal, un hermoso edificio rectangular con dos torres en los extremos y un reloj la torre derecha. En el centro de la plaza, los trabajadores preparaban todo para la quema final de las hogueras. La mayor destacaba por su considerable tamaño junto a la infantil, que era la más pequeña. La policía había cortado el tráfico y la muchedumbre se amontonaba horas previas al espectáculo, llenando las calles de festividad y alegría, aunque también pena, por ser la última noche de las fiestas. Las calles de Alicante se encontraban infestadas de turistas nacionales y extranjeros, de locales y visitantes de la provincia que llegaban con un único fin: celebrar la noche más larga del año. Muchos ocuparían la playa para encender una hoguera, quemar los males y dar más fuerza al sol. Otros, emperifollados con sus mejores galas, ocuparían las barracas al ritmo de la música de los pinchadiscos y las barras improvisadas que servían bebidas durante toda la noche.

Tres grandes portales de hierro pintados de verde protegían la entrada al ayuntamiento. Me acerqué a la única puerta abierta donde varios hombres de seguridad controlaban que nadie entrase sin invitación.

—Lo siento, es un evento privado —contestó uno de los grandullones antes de esbozar palabras.

—Mi nombre es Gabriel Caballero —dije con temor a que me partiera en dos. Saqué la invitación arrugada del interior de mi bolsillo y se la mostré—. Estoy invitado al evento.

El grandullón miró a su compañero con desconfianza. Seguramente, ninguno de los dos entendía qué hacía yo ahí, vestido

de aquella forma. Por lo tanto, podría tratarse de un engaño.

—Espere un momento —contestó con educación mostrándome la distancia entre el umbral de la puerta y mis zapatos. El hombre dijo algo tapándose la boca. Llevaba un pinganillo ajustado en el oído y un micrófono sujeto a su chaqueta. Mientras hablaba, el compañero me miraba con cara de pocos amigos. Desafiante, saqué un cigarrillo aplastado y lo encendí allí delante con tal de hacer pasar los minutos. La calle comenzaba a congestionarse. Coches oficiales entraban salvados por la policía, que se encargaba de abrirles el paso. Vi viejos rostros de políticos, caras de sabuesos conocidos; a la *bellea del foc*, la chica que representaría las hogueras, vestida con su traje regional alicantino. Los curiosos se agolpaban a mi vera, dejándome en el vacío como si fuera uno más. Ninguno de los que por allí pasaba era capaz de reconocermé hasta que una cabeza llamó mi atención entre la multitud, después sus ojos y, finalmente, esos labios carmín tan fáciles de imitar, pero difíciles de olvidar. Eme me encontró con la mirada entre los que se adentraban en el palacio. Junto a ella, un hombre rubio y corpulento con el rostro tostado y enfundado en un traje de color azul marino.

—¿Gabriel? —Preguntó sorprendida dejando a su acompañante atrás. Miré al rubio y levantó las cejas. Por su reacción, entendí que no tenían nada—. ¿Qué haces aquí? ¡Menuda casualidad!

—Aquí —contesté—, fumándome un cigarro, a ver si te veía.

—Me temo que veremos el espectáculo desde lugares diferentes —dijo ella haciendo alusión al palacio. Estaba convencida de que mi lugar se encontraba junto al resto de los mortales.

—Das muchas cosas por sentado —contesté mostrándole la invitación—. El problema es de estos dos, que no me reconocen porque jamás han abierto un libro.

Los porteros me miraron con ganas de partir mi cabeza en dos.

La mujer le hizo un gesto a su acompañante para que sacara sus invitaciones. Se las mostró a los porteros, que estrecharon el rostro con cierto tufo a resignación.

—Tenemos la misma invitación —explicó Eme con voz dominante—. Además, debería ser una ofensa que no reconocieran a un escritor que está en las portadas de todos los diarios.

—Señora, nuestro trabajo es seguir el protocolo y velar por la seguridad —contestó el mismo que me había impedido entrar—. Las órdenes son órdenes.

—Y así debe hacer —contestó ella. Eme me estaba poniendo en una situación comprometida. Esos dos tipos me iban a convertir en un filete empanado. Eme tenía agallas bajo esa delicada apariencia de princesa. Se mostraba una mujer hecha a sí misma, segura y no acostumbrada a perder. Sin duda, una mujer misteriosa—. Vamos, Gabriel.

Con una mirada pícara llena de inocencia, apagué el cigarrillo y crucé la gran puerta del palacio, dejando atrás el resentimiento de aquellos dos.

La fiesta solo acababa de empezar.

La entrada daba a un vano con un arco en lo alto, plantas, dos cuadros que decoraban las paredes, una escultura dorada de Dalí y unas escaleras de piedra rojiza que subían al alto del palacio. Eme llevaba un vestido de noche de color azul oscuro, propio de una mujer que cumple con el protocolo. Subimos a la primera planta y me encontré con un amplio salón de color salmón. Del techo colgaba una lámpara de velas artificiales y los muebles mantenían la armonía del pasado. Varias mujeres vestidas con trajes regionales hablaban mientras comprobaban sus teléfonos móviles. También había chicas más jóvenes, vestidas de la misma forma. Al poco descubrí que, tanto la *bellea del foc* mayor como la menor iban acompañadas de seis damas vestidas de un modo similar. Seguí la estela de Eme, que parecía haber estado allí antes, cuando alguien alcanzó mi brazo.

—¡Gabriel Caballero! —Dijo una voz afeminada. Un hombre de unos cuarenta años, vestido de traje y con fino bigote, se plantó ante

mí—. Mi nombre es Ginés Valcárcel, de Gestora. Me alegra ver que recibió la invitación y decidió acudir a este gran evento.

—El que se alegra soy yo —contesté estrechándole la mano.

—Soy un gran admirador de su obra, ¿sabe? —Explicó. Por el rabillo del ojo perdía a Eme disolverse entre la alta sociedad—. Últimamente no hay nada que merezca la pena, y cómo no, mucho menos que hable de nuestra hermosa ciudad. Es de aquí, ¿verdad?

—Sí —contesté. No parecía haber abierto la tapa del libro—, aunque tengo familia en Elche, ya sabe.

—Ah, ilicitanos... —contestó con repudio—. Bueno, también es parte de Alicante, ¿verdad? Al final, unidos por una cultura, una lengua y...

—Una tradición arrocerera —interrumpí llevando la conversación a otro tema antes de que empezara su discurso político—. Sin duda, no hay nada como un buen arroz.

El tipo guardó silencio, me miró pensativo y sonrió.

—Es usted un fuera de serie —dijo—. No podría estar más de acuerdo. Por cierto, ¿ha empezado ya el nuevo libro?

—No, de momento no...

—Me preguntaba si, ya me entiende... —insinuaba moviendo las manos—. ¿Cabría la posibilidad de aparecer entre sus páginas? Como hacen esos directores de cine, con pequeños cameos...

No sabía qué decir. Me había cogido en paños menores.

—Claro que sí —contesté con el fin de terminar esa charla banal—. No se me olvidará su cara... Ahora, si me disculpa...

Miré por encima de su hombro y vi cómo Eme tomaba una copa de cava con un hombre más alto que ella, corpulento y bronceado, de unos cincuenta años y con movimientos de seductor. Él no era español, más bien tenía aspecto de inglés.

—¿Caballero? —Dijo una voz grave y castigada por el tabaco—. ¡Coño! Dichosos los ojos, cabrón...

—¿Pacheco? —Pregunté sorprendido al verlo allí. Pacheco era un fotógrafo mercenario con el que había compartido más de una de esas historias en las que era mejor estar callado. Bebedor de buena

conversación, el paso de los años no le sentaba tan bien como a mí. Su labor siempre había sido la de cubrir los eventos que sucedían en Alicante y alrededores, para después venderle la exclusiva al diario Información y Las Provincias. Pacheco había aprovechado el tirón del Hércules Club de Fútbol cuando se encontraba en la división más alta. Una vez nuestro diario hubiese cerrado y el equipo local descendido de división, las fuentes de ingresos de Pacheco menguaron como una longaniza seca—. Me alegro de verte, compañero. ¿Qué haces aquí?

—Echando unas fotos a los caretos de esta gente —explicó—, pero ya nos echan. Nos bajamos a la plaza para hacer las fotos del balcón, como el vulgo. ¿Y tú? El resto ya se ha ido.

Entendí que desconocía de mi exitosa carrera literaria.

Alcancé el salón contiguo, de color azul con los rostros de todos los alcaldes de la ciudad, donde el alboroto de la calle entraba por las ventanas de los balcones. A escasos metros de mí, la alcaldesa hablaba con el presidente de la Generalidad. Encontré a algunos ediles hambrientos junto a la mesa de los canapés, llenando el estómago de vino y comida mientras los invitados seguían ocupados. Cogí una copa de cava de la bandeja de uno de los camareros y di un barrido de la situación. Me sentía como un fantasma en medio de una sala de baile, sin pareja y con nadie a quien saludar. Ninguno de los que estaba allí se acercaba a hablar conmigo y los más curiosos me miraban con extrañeza. El acompañante de Eme había desaparecido de la escena, dejándola a solas con aquel grandullón con el que hablaba en inglés.

De pronto, las *belleas del foc* caminaron hasta el balcón con sus trajes de novia alicantina con una banda rojigualda cruzada en el pecho. Una periodista de Canal 9 se acercó con un micrófono al balcón. Giré el rostro y fingí mirar a los retratos de los alcaldes antes de que me reconociera.

Un vez los bomberos hubieron despejado la plaza, las personalidades comenzaron a aglutinarse en el balcón. Eme se acercó a mí y me tocó el codo.

—Es la segunda vez que me invitan —susurró—. Me resulta de lo más emocionante, todo el ritual del fuego, tan pagano y cristiano a la vez.

—Espero que entre tanto fuego —respondí—, se quemem también los malos recuerdos. Por cierto, ¿y tú acompañante?

—Ya estoy de vuelta —dijo el hombre a escasos metros con un acento foráneo.

El pistoletazo de salida lo daría una palmera de fuego que salía desde el castillo de Santa Bárbara. La alcaldesa indicaba a la *bellea del foc* infantil cómo comportarse. Un hombre pulsó un botón y una explosión hizo arder la hoguera más pequeña. La música regional sonaba a todo volumen por los altavoces mientras los bomberos apagaban minutos después el fuego. Finalmente, la reina de las reinas, la *bellea del foc* mayor, se acercó al panel de botones y empujó la tecla que daba inicio a la quema de la hoguera más grande.

Una traca de petardos de gran tamaño incendió los alrededores de la gran figura. El espectáculo de fuego ardía mientras consumía la hoguera y llenaba la plaza de humo. Más pirotecnia y más ruido. Una batería de cohetes salió del interior de la figura hacia el cielo, explotando en lo más alto. Eme se encontraba junto a mí, tras el resto de invitados en uno de los balcones laterales. La gente gritaba de alegría desde la calle. El calor infernal atravesaba los balcones y las llamaradas humedecían mi rostro. Los abanicos se movían sin cese en los rostros de las mujeres. El cuerpo de Eme se acercó al mío. Bajo el bullicio, ella me miró a los ojos resplandecientes por el brillo del fuego y sus labios de carmín me invitaron de nuevo al peligro. A escasos centímetros de su boca, se escucharon unos gritos desde el interior del salón.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —Gritaba uno de los hombres de seguridad de la puerta. Tenía la cabeza manchada de sangre y sangraba por un costado. Un edil se acercó a la periodista de Canal 9 y le obligó a que se marchara. Algunas personas no se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo hasta más tarde.

—¡Quedaos todos en el balcón! —Gritó el presidente de la Generalidad con el rostro enrojecido—. La gente no debe sospechar que ha pasado algo aquí dentro.

—¿Qué está pasando? —Dijo una de las damas.

—¡He dicho que al balcón! —Gritó—. ¡Me cago en todo!

Eme se despegó de mí con los músculos del rostro tensados y preguntó con preocupación.

—¿Dónde está?

—¿Quién? —Pregunté—. ¿El portero?

La mujer dio varias zancadas en sus zapatos de noche hasta las escaleras que llevaban a la primera planta. Se escuchó un sollozo y caminé tras ella. Junto a sus piernas, encontré un charco de sangre junto al cuerpo de su acompañante. No parecía moverse, aunque tal vez siguiera con vida. Alguien le había asestado varias puñaladas en el pecho y en el cuello. Quien lo hubiese hecho, no había tenido la más mínima compasión por la víctima. En ese momento, todo comenzó a tomar un matiz muy extraño. No me creía que todo lo que estaba sucediendo se tratara de una mera casualidad. Varios agentes de policía entraron agitados en el palacio. Eme corrió conmocionada hasta uno de los sillones.

—Que nadie se mueva hasta que demos la orden —dijo uno de los policías, pero yo me había percatado de que el grandullón inglés ya no se encontraba allí.

En la calle, la fiesta solo acababa de empezar. Nadie sospechaba nada y la gente gritaba de emoción mientras los bomberos apagan el fuego y mojabán a los que allí se encontraban para refrescarlos.

Me acerqué hasta la mesa de las bebidas, agarré un vaso de agua y me acerqué a Eme.

—Bebe, te sentará bien —dijo tocándole el hombro. La mujer dio un trago y encontré un rostro atemorizado.

—Está muerto, Gabriel... —murmuró temblorosa con el rostro empalidecido—. Míralo, el pobre...

—Sí, Eme —contesté—. Yo también tengo ojos... Relájate, la policía está aquí. Seguro que hay una explicación.

—Gabriel —susurró a mi oído—. Tienes que sacarme de aquí en cuanto antes.

CAPÍTULO SEIS

Un equipo del SAMUR que se encontraba en la plaza junto a las hogueras entró para asistir al misterioso acompañante de Eme. Por desgracia, el hombre había perdido mucha sangre y los servicios de urgencias no lograron llegar a tiempo. La crispación en el ambiente aumentó cuando la mujer que comandaba el equipo se enfrentó al presidente de la Generalidad. El espectáculo era inaudito. Los agentes de policía trataban de poner orden ante una situación de novela de Agata Christie. Poseído por el miedo de los focos de las cámaras de fotos, el presidente se opuso a que sacaran el fiambre del palacio.

—¡Nadie sale de aquí! —Exclamaba—. ¡Hasta que toda esa gente de ahí fuera se esfume de la plaza!

—¿Y qué pretende? —Preguntaba la médico—. ¿Quiere que dejemos el cuerpo en el suelo?

—¿Qué no entiende? —Dijo ofendido el político—. Por mí como si lo metéis en la nevera. Haced lo que os dé la gana con él, pero que no salga del palacio.

—Estoy de acuerdo —dijo la alcaldesa.

—Hay que joderse... —contestó otro de los médicos—. La gente se va a enterar, tarde o temprano. La plaza está llena de periodistas.

—Pues ya sabéis qué hacer —contestó el presidente empapado de sudor—. Les decís que se vayan con el humo a otro lado y fin de la historia.

De pronto, la alcaldesa se fijó en una de las *belleas del foc*, que escribía en su teléfono móvil.

—¡Vosotras! —Gritó llevándolas al interior—. Quiero que dejéis todos los teléfonos móviles encima de la mesa hasta que esto haya pasado.

—¿Qué? —Respondió la reina—. No puede hacer eso.

—Haga lo que le ordena la alcaldesa, por favor —contestó un edil.

—¡Ni loca! Es mi teléfono —dijo la chica—. Policía, haga algo, por el amor de Dios, que es la noche de San Juan.

Los cuatro agentes de policía se encontraban nadando en un estanque contaminado.

—Señores agentes, les exijo que requisen los teléfonos de las muchachas... —dijo el presidente—. Ya me entienden... Hasta que se relajen un poquito las cosas por aquí... Nadie quiere un escándalo durante la noche de San Juan, ¿verdad? Después de todo, esta negligencia terminaría manchando el nombre del cuerpo y luego vienen los de la oposición a maldecir... Y bueno, no merece la pena en absoluto.

Agarré el brazo de Eme y le indiqué que se levantara con cuidado. Tenía que sacarla de allí, por su bien y por el mío. No nos costaría demasiado ya que la mayoría de los presentes se encontraban ocupados de que no les salpicara la mierda.

Abandonamos el salón y llegamos hasta las escaleras. Eme seguía conmocionada y le costaba caminar con rapidez. Cuando llegamos a la entrada principal, un agente de policía nos sorprendió haciendo guardia.

—¿A dónde creen que van? —Preguntó. Era joven e inexperto, pude olerlo de lejos. De haber sido alguien como Rojo, no nos habría preguntado nada—. No pueden...

Eme se acercó a él y le dio un tirón del brazo.

—Sufro claustrofobia —dijo clavándole los ojos en la sien—. Si no salgo a la calle, pronto tendré un ataque de pánico y perderé la

consciencia. Mi vida depende de que me deje salir a la calle o sufra una taquicardia aquí mismo...

El policía se abrumó de pensar en la situación. De puertas hacia dentro, todas las personas que habitaban el palacio eran importantes representantes de organizaciones, políticos, figuras públicas y empresarios de peso. Todos, excepto yo.

—Pero solo un minuto —explicó el joven alertándola con el dedo índice—. Señora, me meterá en un buen lío si no regresa.

—No se preocupe —contesté con ánimos de tranquilidad—, se le pasará pronto. Yo cuidaré de ella.

Cruzamos el umbral del edificio y nos encontramos una llamarada que consumía lentamente los restos de la hoguera. Entre focos y muchedumbre, tiré del brazo de Eme y opté por mezclarnos con el sudor de la gente y el agua que los bomberos esparcían sobre la multitud. Finalmente, logramos escabullirnos hasta alcanzar la calle San Fernando y encontrarnos con una avalancha de gente que bailaba y bebía al ritmo de la música de las barracas de Méndez Núñez.

Los dos juntos, caminando junto a la brisa del mar y el bullicio ensordecedor de una noche corta. Eme no daba crédito recordando los últimos minutos, como si todo hubiese sido parte de una comedia barata de Hollywood.

—No puedo creer que ese policía se lo haya tragado —dije sacando un cigarrillo para calmar los nervios—. Espero que no nos reconozca...

—Gabriel, creo que no voy a poder dormir sola esta noche —respondió Eme echándose el cabello hacia atrás y sosteniendo mi mano con desasosiego. Me pregunté cuántos años tendría y los secretos que habría tras ellos—. Quédate a mi lado, por favor.

—¿Bromeas? —Pregunté—. Eres muy bonita, Eme, pero no me voy a la cama con la primera mujer que me lo pide.

—Tengo miedo a quedarme sola, por favor... —dijo—. Jonás era mi amigo.

—Jonás... ¿Algún ex-marido trata de borrarle del mapa? — Pregunté—. Ese trabajo era propio de un matón profesional.

—Digamos que es más complejo... —contestó, se acercó a mí bajo el resplandor del castillo de Santa Bárbara y me besó en los labios, quedándonos pegados durante varios segundos. La agarré de las nalgas, incliné su torso hacia mi pelvis y disfruté de la suavidad de un apasionado y cálido beso de verano. El momento me hizo sentir joven y ligero. Rejuvenecí diez años en cuestión de segundos. Después, Eme se alejó unos centímetros y puso la mano sobre mi pecho—: Entonces, ¿eso significa que sí?

Fui yo quien sonreí. Esa mujer me había llevado a su terreno.

—Esto tiene que ser la serendipia... —contesté—. No me cabe ninguna duda.

Y conforme terminé la frase, acaricié su nuca y nos besamos de nuevo.

CAPÍTULO SIETE

Eme se hospedaba en la 213 del Hospes Amérigo, un lujoso hotel de cinco estrellas que se encontraba en la calle Rafael Altamira, no muy lejos del ayuntamiento. Conocía el Amérigo, era el lugar donde las estrellas de cine se hospedaban cuando visitaban la ciudad. Recuerdo haber hecho más de una entrevista durante los días que trabajaba como redactor en Las Provincias bajo la supervisión de Ortiz. Un halo de tristeza me recorrió el corazón al pensar en él y su trágico final. A fin de cuentas, a pesar de que estuviera podrido hasta el cuello, antes de que hubiese comenzado todo, siempre fue honesto conmigo. La mente utiliza mecanismos de juicio para clasificar, de algún modo, a quien es diferente a nosotros. Como humanos, buscamos lo conocido y tememos a todo aquel que sea distinto o tenga un pasado que no encaje con nuestra forma de entender la vida. No obstante, la historia de las civilizaciones había demostrado que, en todos los períodos, existieron anomalías en el sistema que muchos se encargaron de llamar progreso. El mundo actual en el que vivíamos se había quedado obsoleto con una educación de posguerra basada en los principios de la supervivencia y la estabilidad. Esas incongruencias eran las que provocaban que la gente se cansara de todo, que buscara algo nuevo o que terminara como Hidalgo y Ortiz, uniéndose a organizaciones sexuales secretas. Por tanto, quién era yo para juzgar a nadie si me acababa de besar con una mujer mientras mi pareja se encontraba a miles de kilómetros.

El Amérigo se ubicaba en un antiguo convento del siglo XVI, por lo que su imponente fachada de piedra conservaba los altos ventanales de estilo gótico.

En la entrada del hotel había un pasillo que separaba el edificio en dos partes, dejando un pequeño paseo con árboles en el centro y mesas en las que tomar un café. Seguí los pasos de Eme, que conocía todo aquello mejor que yo, nos metimos en el ascensor y, poco después, estábamos en el interior de una enorme habitación de corte minimalista, con una cama de matrimonio y un sofá para dos personas. Eme dejó su bolso sobre el sofá y descolgó el teléfono.

—Una botella de Gramona Celler a mi habitación, por favor —pidió a la recepción—. Y dos copas.

—Buena elección —contesté—. Temía que pidieras algún espumoso italiano...

—Por muy bien que me conserve —explicó—, hace tiempo que dejé de ser estudiante, Gabriel...

Minutos después, un empleado tocó a la puerta. Abrí y nos encontramos con la mirada. Después se dirigió a la mujer y empujó un carrito en el que se encontraba la botella, una cubitera y un paño de tela. Eme se quitó los zapatos de tacón, pero aquello no llamó la atención del empleado, que parecía concentrado en servir las copas y largarse de allí.

—¿Quieren que lo sirva? —Preguntó.

—No —contesté invitándolo a que se fuese—, todavía tengo dos manos, gracias.

El hombre se retiró y cerré la puerta con cerrojo.

Eme se acercó a la copa y dio un largo trago.

Su juego me había embelesado y tuve que encontrarme con una copa de cava, de los más caros de España, para preguntarme qué estaba sucediendo y cómo demonios había terminado allí. La invitación no resultaba fácil de rechazar y menos todavía, cuando veía a Eme sobre la cama, sin zapatos y mostrándome sus largas piernas bronceadas.

—Hazme compañía, Gabriel —sugirió—. No me dejes sola esta noche.

—Esperaré a que te duermas y me marcharé, Eme —contesté—. Esto no está bien... ¡Joder! Ni siquiera sé qué está bien ya...

—Relájate, bebe conmigo —contestó mirando a la ventana. La música de la calle se colaba por la apertura—. Beber te ayudará a relajarte.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —Pregunté desconfiado—. Parece que te importe un carajo lo que le ha pasado a tu amigo...

Eme reaccionó asombrada. Sentí que no estaba acostumbrada a que le hablasen así. Una lágrima salió de su ojo y corrió al baño. Después, rompió a llorar. Me sentí mal por lo que había dicho, basándome en mi propio criterio, dejándome llevar por mis propias emociones.

Caminé hacia ella y la envolví entre mis brazos. Sentí los pechos calientes en mi cuerpo. Eme había explotado, sus manos se agarraron con fuerza a mi espalda.

—Soy una estúpida... —dijo arrepentida.

—No, el estúpido he sido yo... —contesté sin reconocerme a mí mismo—. Me quedaré contigo, no te preocupes.

Su cuerpo era tan suave que se estaba apoderando de mis decisiones. Esa mujer había puesto un hechizo en mí difícil de romper.

—Por favor —suplicó—. No me abandones esta noche, Gabriel. Estoy sola, y eres el único en quien puedo confiar.

—No me conoces de nada, Eme... —respondí—. Ni yo a ti.

—Sientes lo mismo que yo, ¿verdad? —Dijo y puso una mano en mi pecho—. Olvida la lógica, déjate llevar por él, la intuición nunca falla...

La intuición me decía que responder a las súplicas de Eme me traería problemas de otro calibre. Sin embargo, el corazón me indicaba que debía acudir a la llamada de auxilio de esa mujer. A pesar de las verdades que me ocultaba, había algo puro en su forma de mirarme. Confiaba en mi instinto, me había mantenido

fresco y con vida durante años y muy pocas veces se equivocaba. Eme era un volcán caliente en erupción y era consciente de ello. Razoné en escasos segundos y llegué a la conclusión de que ya lo había perdido todo. Ese viaje me había traído de vuelta a mi antigua vida, abriendo la caja de los truenos y reencontrándome con un *alter ego* que había permanecido dormido durante mucho tiempo.

—Al carajo con todo... —contesté clavando mis ojos en su boca y la besé con la pasión de un torbellino que nos arrastró hasta la cama.

El vino espumoso se calentó. Hicimos el amor y humedecimos las paredes al ritmo de los fuegos artificiales de una noche que no llegó a ser oscura por completo, y de los gritos de los jóvenes que saltaban en la playa sobre fogatas improvisadas.

CAPÍTULO OCHO

El Lorenzo atravesaba las cortinas que caían tras la ventana. Domingo 25 de junio. Dos noches, dos mujeres diferentes, un tren de vuelta y el cuerpo de un hombre sin vida. Al contrario de Carlota, el torso de Eme descansaba a mi lado cuando desperté, desnudo y cubierto con la sábana blanca. El amargor del cava posaba en mi boca. La noche anterior habíamos hecho el amor dos veces hasta que vimos el amanecer y terminamos sumergidos en un profundo sueño. No hablamos demasiado, Eme era una mujer de frases cortas y palabras intensas. Necesitaba una ducha, volver a ser humano y decidir qué le contaría a Blanca. Para más inri, había olvidado el asunto del billete de vuelta, aunque pensé que no habría mucha gente interesada en tomar un tren directo a Madrid ese domingo.

—No te marcharás sin despedirte, ¿verdad? —Murmuró Eme con voz rasgada propia de una garganta apagada.

—Solo pretendía alcanzar el baño —dije dando un salto de la cama.

Eme giró las piernas y se acurrucó en posición fetal mirándome al trasluz de la ventana. Un rayo de sol daba de pleno en su rostro haciendo sus ojos todavía más claros.

—Me muero por desayunar un cruasán —comentó—. Aquí el desayuno es muy bueno, Gabriel.

No podía demorarme. Desayunar con ella sería lo último que haría. Después, tomaría un tren de vuelta y me desentendería por completo de lo que había pasado la noche anterior. Yo era un simple

invitado que se encontraba allí. No había visto nada, no me podían acusar de algo que no había hecho. Las imágenes del acompañante de Eme en el suelo me pusieron nervioso. Empezar así el día, antes de entrar en la ducha, no era la mejor idea, así que decidí dejar el interrogatorio para el café.

—Está bien —contesté—, pero después de desayunar tengo que marcharme. Debo regresar a Madrid.

Bajé a la entrada principal para fumar un cigarrillo mientras la esperaba a ella. Cuando salí al estrecho patio que separaba el viejo convento y me decidí a encender el pitillo, encontré a un montón de cámaras y reporteros que se amontonaban en la puerta del hotel. Un equipo de seguridad formado por cuatro hombres y un encargado trataba de que ninguno de los periodistas se colara en el recinto. Sin dudarlo, guardé el cigarrillo y regresé al interior de la recepción. Lo último que deseaba era verme involucrado en un escándalo público. Comprendí que se había corrido la voz, que la reportera de Canal 9 no habría conseguido cerrar la boca y estarse quieta y que, por lo tanto, todas las conexiones con el cuerpo de la víctima les habrían llevado a Eme. Subí hasta la habitación y toqué la puerta agitado.

Eme abrió dejando una estela de perfume tras ella. Todavía se estaba colocando los pendientes.

—Tenemos problemas —dije alterado—. Hay un montón de periodistas tratando de entrar en el hotel.

Ella se detuvo.

—¿Crees que está relacionado con lo de ayer?

—Te mentiría si dijera lo contrario —contesté—. Cumplí mi palabra, pero ahora tengo que marcharme. No nos pueden relacionar.

Eme observaba mi reacción al hablar.

—Está bien, tienes razón —respondió decidida—. Llamaré a uno de los encargados para que te ayude a salir por la puerta trasera y

te lleve a la estación de tren. Después me encargaré del resto.

—¿Puedes hacer eso?

—Por ti, cualquier cosa Gabriel.

—¿Quién eres, Eme? —Pregunté confundido—. Es decir, ¿quién eres realmente?

Ella me sonrió.

—Anoche decidimos no hablar sobre nosotros —respondió con dulzura—. Hoy, el tiempo ha terminado la tregua que nos había dado.

—Debes tener mucha influencia para que un empleado me saque sin hacer preguntas.

—En realidad, los únicos que hacen preguntas impertinentes en lugar de estar callados —explicó—, sois vosotros, los periodistas.

Su respuesta se clavó en mi orgullo como un dardo cargado de veneno. Ella tenía razón. Yo le había hecho un favor y ella me lo estaba devolviendo.

Se acercó al teléfono y pidió lo que me había prometido.

—¿Nos volveremos a ver? —Pregunté acercándome a ella, recortando distancias.

—Quién sabe... —contestó—. Confíemos en la serendipia.

—Hay que joderse...

Eme me acarició los labios con su dedo índice y alguien golpeó a la puerta. Me acerqué, abrí y encontré al hombre que nos había servido la botella de cava.

—Por favor, sígame por aquí —indicó.

—Hasta la vista, Gabriel —dijo Eme.

—Hasta luego, guapa —contesté guardando su rostro por última vez en mi memoria. Quién sabía si nos volveríamos a encontrar. Eme parecía creer en el destino, ese fenómeno extraño llamado serendipia, que Dios sabe si lo habría leído en algún lado o tomado de aquella película romántica de John Cusack y Kate Beckinsale en Nueva York.

Entramos en el ascensor, bajamos hasta el aparcamiento privado y nos dirigimos a un BMW 330 de color azul marino. El empleado

abrió el maletero, se quitó la chaqueta del uniforme y se puso una americana de color verde pistacho.

—¿Qué está haciendo? —Pregunté confundido.

—Métase en la parte trasera y acuéstese —contestó—. Debemos pasar desapercibidos.

—¿Con esa chaqueta?

—Se pensarán que soy un huésped —dijo—. No tiene por qué temer. Lo hemos hecho otras veces.

El empleado tenía razón. No había mejor forma para pasar desapercibido en la ciudad un coche alemán de gama alta conducido por un horterero. La mayoría de los empresarios del calzado tenían el mismo perfil.

Salimos a la calle Rafael Altamira y vi al mogollón de periodistas mirando por las ventanas del hotel. Dos coches de policía se habían detenido frente a la puerta. El chófer giró por una calle estrecha para salir de allí antes de llamar la atención de todos.

Eme se había metido en un buen lío. La policía iba de camino a interrogarla. Recé para mis adentros y confié en que Eme no soltara prenda de lo nuestro. En ese caso, podía darme por muerto.

—La señorita Gutiérrez-Peura es una de nuestras mejores clientes, espero que no la haya metido en ningún problema... —comentó el hombre y miró por el espejo retrovisor—. Puede levantarse, hemos pasado lo peor.

Abandoné la posición fetal y me acomodé en el asiento.

—Yo también lo espero —contesté. Vi una vez más el mar, la tranquilidad de un domingo de descanso para muchos y una ciudad relajada por turismo familiar. Abandonamos la costa y subimos por la avenida Oscar Esplá hasta que vi la estación de ferrocarril.

Bajé del taxi junto a la puerta y me acerqué a las taquillas de los billetes. Entonces, caí en la cuenta de que había olvidado mi bolsa de viaje en el hotel y maldije cada hueso de mi esqueleto.

No tenía tiempo para regresar.

—Buenos días, un billete para Madrid —dije abrumado frente a la ventanilla—, en el primer tren que salga.

—Muy bien... —dijo una mujer de mediana edad con una runa celta tatuada en la muñeca—. Un segundo...

—De verdad, me da igual el que sea —respondí mientras ella buscaba algo en la pantalla del ordenador—. ¿Qué dice ahí?

—Lo siento, pero no hay trenes con destino a Madrid hoy.

—Eso es imposible —contesté—. Siempre hay un tren que va a Madrid. Es mediodía.

—A ver, trenes sí que hay —dijo la mujer algo lenta en su reacción. Tenía ojeras y parecía haber trasnochado más de la cuenta—. Lo que no hay, son plazas libres, que me he explicado mal...

—¿Y ahora qué hago yo? —Pregunté en voz alta como un ser abandonado a la suerte.

—No sé... —dijo ella somnolienta—. Puedo buscarle otro destino, si lo prefiere...

Salí de allí bajo la mirada de los que esperaban en la cola, como un loco que había perdido el tren de su vida. Maldita sea, pensé. Blanca se iba a poner furiosa, si no lo había hecho ya. Era domingo, más tarde de la cuenta y sin opciones para regresar a mi nido. Salí de la estación y me sentí como en esa isla de Lost, perdido y con el presentimiento de que jamás saldría de allí.

Bajo una palmera, encendí un cigarrillo y saqué el maldito teléfono. Sentí pánico al encender la pantalla. Busqué entre los contactos el nombre de Blanca cuando un número desconocido me interrumpió.

—¿Sí? —Pregunté—. ¿Quién es?

—Gabriel, no te vayas —dijo la voz femenina al otro lado del aparato. Era Eme. Un cosquilleo recorrió mi estómago—. Un día más, te lo pido. Necesito verte un día más.

—Y dale... No puedo, Eme —respondí—. Por más que quiera, debo buscar la forma de salir de esta ciudad.

—La policía ha estado aquí, Gabriel —insistió—. Dudo que puedan darme protección y no conozco a nadie en esta ciudad en quien confiar.

—De verdad, Eme —dije una vez más—. Estoy seguro de que no te será difícil encontrar a alguien. Eres una mujer de recursos.

—Necesito tu ayuda, Gabriel —volvió a insistir—. Te juro que no lo haría si no estuviera desesperada. Contigo me siento protegida, por favor, solo un día...

—Un día es demasiado, Eme.

—Veinticuatro horas, Gabriel —dijo—. Prométemelo...

—No puedo hacer eso...

—Por favor... —suplicó.

—Espera... —contesté y sentí una gota fría de sudor deslizándose por mi frente—. Está bien, veinticuatro horas...

—Te llamaré más tarde, todavía siguen aquí —dijo y cortó la llamada.

Las palabras me sentaron como una bomba de oxígeno. El diablo se plantaba ante Caballero en forma de travesura. Algo me decía en mi interior que creyera a esa mujer.

El teléfono volvió a sonar. Miré la pantalla y apareció el nombre de Blanca.

—¿Dónde estás? —Preguntó alterada—. Dime que estás bien.

—Sí, sí, estoy bien —respondí. Comenzaba a dolerme la cabeza—. Escucha, Blanca...

—¿Qué es ese ruido? ¿Estás en la calle? —Dijo—. Mándame la dirección y voy a recogerte.

—No, mira, ha pasado algo...

—¿Gabriel?

—El tema de los billetes...

—Es una broma —dijo con voz muy seria—. ¿Verdad?

—Ya me gustaría a mí, cariño, pero es que...

—¡Joder! —Gritó al otro lado—. ¡No respetas la palabra de nadie! ¡Maldita sea!

—¡Cálmate! ¿Quieres? —Exclamé—. Es un jodido tren, compraré otro billete y mañana estaré de vuelta.

—No se trata del tren, tío —respondió—. Se trata de ti, de mí, de nosotros, un concepto que parece que has olvidado. Estoy harta de

escuchar promesas que no valen una mierda.

Por un segundo, sentí un *deja-vu*, como si estuviera en una escena del pasado, repitiendo el mismo error, hablando por teléfono con Patricia.

—Debes calmarte, anda —dije—. Estás montando un drama innecesario.

—Estoy muy tranquila, Gabriel —contestó—. Si tardas demasiado en volver, tal vez sea demasiado tarde. ¡Y esta vez seré yo la cumpla sus promesas!

—¡Blanca! ¡Por Dios! —Grité—. No discutamos, que bastante tengo ya...

La llamada se cortó.

Blanca se había puesto de los nervios. En parte, tenía razón, pero algo no encajaba en todo ese disgusto neurótico y descabellado. Di por hecho que algo habría sucedido en su viaje a Viena.

Necesitaba un trago. Me acerqué a la oficinista y compré un billete para el día siguiente. Volvería a Madrid, solucionarían mis problemas y me plantearía la vida, con o sin Blanca en ella.

Toda la culpa era por ese maldito calor que me impedía pensar con claridad.

Miré el reloj de la estación y eran las doce del mediodía. Compré el periódico en un kiosco, caminé hasta la plaza de Luceros y me senté en un bar con terraza. Pedí una cerveza bien fría y unos altramuces. Después del primer trago, finalmente me decidí a leer las noticias del día.

La noche de San Juan y las hogueras ocupaban la portada. Nadie había escrito nada todavía sobre el ataque a aquel hombre. Todavía podía hacer un par de llamadas y devolver a Eme al anonimato. Le quité el plástico a un mondadientes y me lo puse entre las muelas. Saqué el teléfono, abrí la aplicación para navegar por internet y busqué el nombre de Eme Gutiérrez-Peura. El buscador mostró miles de resultados y una sugerencia: Esmeralda Gutiérrez, ese era su nombre original.

Indagué con los pulgares sobre la pantalla y leí por encima los titulares de algunas noticias que llamaron mi atención. Aunque no quedaba del todo claro en los artículos, Eme parecía ser la mayor accionista de Terveys, una empresa multinacional franco-española. Un rostro desconocido para muchos que no iba más allá de una treintañera bonita y adinerada.

El instinto me decía que me encontraba en el lugar idóneo sin tener muy claro el rompecabezas de la situación. Esa extraña sensación de certidumbre al hacer lo que uno considera correcto. ¡En cuántos problemas me había metido por seguir a la maldita intuición! En mi caso, la acción llamaba a la puerta y despertaba un oficio que no había sido apagado, sino narcotizado. Con tan solo desearlo, podía desentenderme de todo, coger ese tren y olvidarme de la historia, aunque jamás me perdonaría que le pasase algo a Eme. Eso era lo que más me asustaba, la obsesión con aquella mujer. En el fondo, sabía que allí en Madrid solo me esperaba el final de un capítulo de mi vida y que, postergarlo, estaba en mis manos y todo dependía de lo mal que me sintiera por ello.

Sin una razón de peso, me sentía atraído por esa mujer como no lo había hecho antes con otra.

Tenía un buen embrollo en la cabeza. Blanca todavía ocupaba algunos de mis pensamientos y eso me producía remordimientos.

Pensé rápido y tomé una decisión. Ayudaría a Eme y cogería ese tren de vuelta. Cumpliría todas mis promesas, una por una. Si yo era la única persona en la que Eme podía confiar, solo existía otra persona que podía ayudarnos a ambos.

CAPÍTULO NUEVE

Antes de que terminara el aperitivo, el teléfono sonó de nuevo.

Era Eme, parecía algo nerviosa, ya no por las preguntas de la policía sino por el incordio de los reporteros que no cesaban en su acoso. Las directrices fueron claras: ella me pidió que buscara un coche y la recogiera en la puerta del hotel. Si quería ayudarla, eso era todo lo que debía hacer. No podía llamar la atención, por lo que la salida con un chófer causaría el efecto contrario. Una vez reunidos, me explicaría qué vendría después.

El halo de misterio me causó cierta excitación en el cuerpo. Pensé cómo podría llegar hasta allí con un coche prestado y no pudo ocurrírseme una mejor idea.

Al mudarme a vivir con Blanca, tomé la decisión de dejar mi querido deportivo en el aparcamiento de mis padres. Blanca conducía un Volkswagen Passat de color azul marino y con diez años de antigüedad. Su padre se lo había regalado tras comprarse un automóvil nuevo, como regalo de jubilación. Conducir por Madrid era de todo menos placentero. Los atascos, las zonas de pago, la escasez de aparcamiento. Si no vivías en las afueras, encontrar un lugar donde dejar el coche era parte de tu aventura diaria. Por lo tanto, tras mucho discutirlo, dejé a mi padre al cuidado de la bestia, mi viejo Porsche Boxster rojo descapotable.

Para el viaje, había guardado un juego de llaves de emergencia. Y aquella, era una emergencia.

Uno ya podría independizarse y tener una nueva familia, que siempre los padres guardaban un juego de llaves para sus hijos. Así

era la mía, siempre cuidando del detalle, cuidando de mí y de todos.

Tomé un autobús que me llevó hasta el Hospital General Universitario y me apeé a la altura de la calle Colombia. Una ráfaga de viento me llevó al pasado, cuando empezaba las prácticas en Las Provincias y regresaba a casa tras una jornada dura de trabajo. Volver al barrio, a los recuerdos, a las canciones de Frank Zappa; a los primeros cigarrillos en el parque, los primeros besos en las esquinas, nombres de chicas tallados en los árboles y las primeras cruzadas nocturnas en las que, llegar a casa, se convertía en toda una odisea. Caminé varios minutos, crucé el portal y subí hasta el hogar familiar. Abrí la puerta, olía como siempre, una mezcla de ambientador, recuerdos y aroma familiar impregnado en las paredes. Eché de menos a mis padres y que no se encontraran allí. Todo seguía igual como en una postal descolorida. Decidí no quedarme demasiado antes de que la nostalgia me pudiera y comenzase a divagar en los álbumes de fotos. Caminé hasta mi habitación, donde seguían intactos los pósters de The Ramones y Coltrane. Así había sido yo siempre, un hombre de contrastes, de subidas y bajadas, de calma y tempestad. Busqué en mi amplia colección musical y agarré el compacto *III* de Led Zeppelin. Después caminé hasta la entrada y abrí el cajón de un mueble que había junto a la puerta. Allí era donde mi padre solía guardar las llaves, ya fuesen de los coches o de las viviendas. Un hombre de costumbres que prefería dejar siempre las cosas en el mismo lugar. No podía decir lo mismo de mi persona, aunque le debía mucho a mi padre por ser quien era. Acertado, allí encontré el llavero con el escudo amarillo y negro de la firma alemana.

Bajé hasta el aparcamiento subterráneo donde los vecinos guardaban sus coches y vi a mi pequeño diablo cubierto por una lona de color negro. Mi padre se había encargado de que los años no pasaran sin gloria en él, conservando su estado para que algún día lo devolviese a la vida. Ahí estaba el coche reluciente, pidiéndome con ansia que encendiera el motor. Saqué la lona, la guardé en el escueto maletero y subí en él.

Una fuerte sensación de poder y agresividad se apoderó de mí. Introduje el disco de Led Zeppelin en la radio y sonaron los primeros acordes de *Inmigrant Song* por el estéreo. Arranqué el motor, que rugía de un modo tan diferente al resto, y apreté el botón de la puerta del garaje. Puse primera y aceleré. El coche me llevó hasta la salida. Saqué mis gafas de sol Wayfarer de su funda y liberé al sedán de su capota.

Los que por allí pasaban se quedaron mirando al deportivo.

La opinión de las personas respecto a los coches caros estaba equivocada. La aprobación de otros al pasar por delante, apenas satisfacía al conductor. Todo lo contrario: se trataba de algo personal. Agarrar el volante y sentir la fuerza en tus pies, eso era lo que te hacía sentir único.

Con la radio a todo volumen y la brisa de verano en mi rostro, pisé el acelerador y me dirigí al Hotel Amérigo para salvar a la princesa de esa panda de buitres que se alimentaban de carroña informativa y de la que yo formaba parte de algún modo.

Me detuve en la puerta del Amérigo cuando vi a una panda de diez reporteros en la puerta. Incluso los becarios de la televisión regional habían puesto su cámara para filmar la salida de Eme. Con la elegancia que impregnaba al hablar, ella respondía a todas las preguntas de una forma cordial y tajante. De pronto, el claxon de los vehículos que tenía detrás, llamó la atención de todos los viandantes.

La mirada de Eme se iluminó, ¿de qué forma? No fui capaz de descifrarlo.

—¡Mueve el coche, tío! —Gritó un hombre dentro de una furgoneta de reparto—. ¡La calle no es tuya!

—¡Vaya cojones tienes, colega! —Exclamó otro conductor al pasar por mi lado.

Miré por el espejo retrovisor e ignoré sus comentarios. Tras él, una hilera de vehículos trataba de abrirse hueco por el carril

izquierdo.

Eme se escabulló y corrió hasta mí, abrió la puerta y se subió de un salto.

—Te dije algo discreto —dijo con una sonrisa, excitada por el bullicio de la calle.

—Ponte el cinturón —ordené—. Si vas a llamar la atención, hazlo con clase.

Los periodistas se acercaban a nosotros como una manada de muertos vivientes hambrientos. Vi el semáforo en verde, no lo pensé, puse primera marcha y aceleré para colarme en la rambla y tomar dirección al castillo de Santa Bárbara. Bajo la supervisión de todos los transeúntes, conduje hasta alejarme lo suficiente del meollo informativo.

—Me gusta este coche —dijo Eme, que se había puesto unas Rayban Clubmaster con los cristales verdes y la montura de color marrón. Le sentaban bien, a pesar de ser un modelo clásico y complicado para la forma del rostro—. ¿Es tuyo?

—Fruto de mi esfuerzo constante —respondí con una risa basta—. ¿Hacia dónde debo ir, señorita?

—Llévame a la costa, necesito ver el mar —contestó—. La brisa de la playa me tranquiliza...

Conduje como me indicó mientras miraba, alguna vez que otra, cómo se levantaba el vestido por culpa del aire, y dejaba a la vista esas piernas delgadas e infinitas.

Quería impresionar a Eme y hacer de su experiencia a mi lado algo inolvidable como en uno de esos anuncios de automoción. Cruzamos la playa de la Albufera y continuamos hasta San Juan por la avenida de la Condomina. Me detuve junto al Club Náutico Costa Blanca y aparqué en una de las calles que bajaban a la playa. No era el sitio con más encanto de la ciudad, pero sí un lugar donde pasaríamos desapercibidos. Al otro lado de la carretera, junto a la orilla del mar, se encontraba un pequeño atracadero de embarcaciones pequeñas, yates, barcos de pesca y algún que otro velero. La playa se encontraba desierta y alrededor no había más

que propiedades privadas unifamiliares. Paseamos junto al espigón para contemplar la inmensidad del mar. Hacía un día maravilloso. El viento soplaba de nuevo y eso ayudaba para enfrentarse al calor. Entramos en el restaurante Casa Salvi, un lugar familiar de estética similar al Guillermo, de azulejos en las paredes y servilleteros de papel. No era el momento de exigir demasiado, ni de pedir explicaciones.

Pedimos unos entrantes, arroz a banda para dos y una botella de Rioja.

—Te agradezco lo que estás haciendo por mí —arrancó Eme jugando con uno de sus anillos—. Sé que me he excedido en la petición... No te había dicho nada hasta el momento, pero aprecio mucho la forma en la que te has involucrado.

Toqué su mano y la interrumpí.

—Hice una promesa y aquí estoy.

Sus ojos se dirigieron a mí.

—Los hombres sois diferentes a las mujeres —contestó—. Olvidadizos, interesados... Para muchos de vosotros, las promesas no valen demasiado de un día para otro.

—Siempre hay excepciones —contesté—, aunque eso no significa que yo sea una de ellas.

Ella sonrió.

—Eres un encanto, Gabriel —afirmó—. Me pregunto a cuántas mujeres has conquistado utilizando ese don tan tuyo...

—Yo también me lo pregunto, Eme —respondí—. Por cierto, creo que he encontrado la solución a tus problemas y a los míos.

—De eso quería precisamente hablarte... —dijo ella—. La prensa ha indagado más de lo que pensaba. No sabía que los de aquí fueseis tan entrometidos.

—El calor nos altera la sangre.

—El caso es que necesitaré quedarme unos días —prosiguió dando un trago a la copa de vino—. La policía necesitará interrogarme de nuevo y debo cerrar unas actividades pendientes. ¿Qué me propones?

El camarero sirvió un plato con calamar a la plancha y una ración de buñuelos de bacalao. Guardé las palabras en mi aliento hasta que nos abandonó.

—Antes de nada —dije cortando el calamar y llevándolo a mi plato—, voy a necesitar que me aclares algunas cosas si quieres que te eche un cable, Esmeralda.

—Vaya, eres rápido Gabriel —contestó con una grata sorpresa—. Para unas cosas, resultas como un cajón de sorpresas. En cambio, para otras...

—¿Te refieres a la cama? —Pregunté inseguro dando un sorbo al vino. Temí por lo que vendría después.

—En absoluto —dijo y rio—. En eso, estoy más que complacida... Tienes mala memoria, guapo.

—No sé de qué estás hablando ahora —respondí—. Refréscamela, pues.

—Hace tres o cuatro años... —explicó poniendo el índice sobre su labio con carmín—. No recuerdo bien la fecha, solo sé que era verano y tú cabello lucía menos canas que ahora...

—El tiempo no perdona —dije—. Por favor, sigue...

—Ese verano turbulento, aquella historia de la rectora —continuó—. No te estoy ayudando, ¿verdad?

Fue el verano en el que envenenaron a la que pudo ser la primera rectora de la universidad. Lo recordaba como si fuera ayer.

—Si lo que pretendes es abrir las heridas del pasado, lo estás haciendo muy bien.

—Nos encontramos en un cóctel, tú ibas vestido de un modo similar —dijo avivándome la memoria—. Venía de visitar las instalaciones de una *start-up* en la que, después de todo, hicimos una gran inversión de capital. Tal vez no me recuerdes porque nunca llegué a decirte mi nombre...

Un destello vino a mi mente y encontré a Eme entre el carrusel de imágenes a todo color. Entonces, recordé.

—Maciá, ya lo creo —contesté—. Ese cretino fue quien nos introdujo. Pensaba que estabais juntos.

—La cocaína y el derroche de dinero le jugaron una mala pasada —explicó ella—. Tuvimos que despedirlo. Era joven y con futuro. Supongo que el éxito le golpeó demasiado fuerte y se dejó arrastrar por la marea.

—¿Te acostaste con él? —Pregunté con cierto recelo en mi interior.

Ella se encontraba a punto de meterse un trozo de comida en la boca. Se detuvo y levantó la mirada del plato.

—Por favor... —contestó con voz suave—. Mi fetiche son los hombres de letras.

—Me alegra oír eso —respondí—. No sabes cuánto... ¿A quién temes, Eme?

—A nadie, Gabriel.

—¿Por qué necesitas mi ayuda?

—No sé si recuerdas a un hombre alto con el que estuve hablando en el palacio —dijo y asentí con la cabeza mientras clavaba mis ojos en los suyos, buscando una muestra de vacile, un embuste, un tropiezo—. Su nombre es Jake Montgomery y trabaja con el gobierno de la República de Sudáfrica.

—Entiendo —dije—, aunque no me encaja su presencia en un acto provincial como este...

—Ciudad del Cabo acoge una de las etapas de la Volvo Ocean Race desde su primera edición —explicó—. Hay mucha gente con dinero e influencia que quiere a Montgomery entre rejas o bajo tierra, pero nadie lo ha logrado todavía. Sin embargo, eso a nosotros no nos afecta. Como multinacional pensamos que penetrar en Sudáfrica de la mano de Montgomery nos abriría muchas puertas.

—Fuiste tú quien lo invitó al evento —respondí—. Hagamos de esto algo casual, ¿verdad?

—Me di cuenta más tarde de que él era el único que hablaba inglés —dijo Eme abochornada. El vino le enrojecía los mofletes—, pero a lo hecho, pecho. ¿No es así? Dudo que alguien lo notase y tuve que encontrar un lugar neutral fuera del alcance de los mirones.

—Viendo cómo acabó todo, no lo conseguiste del todo... — contesté—. ¿También me invitaste a mí?

—No, aunque supe que vendrías.

—¿A qué os dedicáis? —Pregunté intrigado—. Leí un artículo en la prensa, aunque no daba especificaciones.

—Nos dedicamos a todo —dijo y dio un sorbo a la copa—. Por supuesto, a todo lo que signifique dinero.

—Me incomoda pensar que puedes ir por delante de cada uno de mis movimientos.

—La soberbia de dar por sentadas ciertas cosas —dijo—, es uno de los errores más humanos que existen. No lo cometes, Gabriel.

—Solo quiero saber con quién estoy tratando —respondí—. Todo este asunto resulta más turbio de lo que esperaba... Tengo la sensación de que no me dices la verdad absoluta, Eme. Dudo que el tal Jonás fuese tu amigo. Quizá, mejor dicho, fuese tu guardaespaldas.

Ella me alcanzo la mano y la sostuvo sobre la mesa.

—Vale, tienes razón —contestó indefensa—. Hay cosas que no te he contado, pero que tampoco te las puedo contar aquí.

—Empiezo a entender —dijo—. Para eso me quieres, para que proteja tu sombra.

—En absoluto, Gabriel —respondió resignada con el ceño fruncido. Vi su rostro colorado a causa del pavor y el vino. Sentí cómo su mano apretaba la mía—. Déjame demostrártelo, de verdad. Hay algo en mí que te necesita a mi lado... ¡Madre mía! Qué vergüenza... Me siento como una adolescente diciendo esto... Tienes algo que me vuelve loca.

Puede que todo lo que había contado fuese una burda mentira, pero engullí sus palabras como un adolescente hambriento frente a un Big Mac. Necesitaba asimilar la situación y eso solo lo conseguiría tras el café. Contemplé el brillo de las cuencas de Eme y sentí una fuerte erección cuando me apretó la mano. No existía explicación, pero lo cierto era que nuestros cuerpos se comportaban como dos átomos a punto de explotar en cadena.

Tras una absurda discusión, ella se hizo cargo de la cuenta y nos fuimos hasta el coche. El plan era el siguiente: Eme sugirió que continuásemos la conversación en una de las propiedades privadas que la empresa guardaba para las reuniones más íntimas. Supuse que la nuestra era una de ellas. San Juan era un pueblo de Alicante que había terminado uniéndose a la ciudad. Durante años, había pisado los paseos de la avenida de Niza para ver los cuerpos de las chicas broncearse, mientras los guapos de la playa lucían sus músculos jugando al voleibol. San Juan era lo más parecido que teníamos a Miami Beach, las camisas de flores y los cuerpos esculturales. Seguí las directrices de Eme, que disfrutaba de la vista del paisaje, y me detuve frente a una urbanización de casas privadas junto a la playa.

Ella sacó unas llaves y una puerta automática se abrió. Aparqué junto a la entrada y subimos al apartamento.

La vivienda estaba formada por dos dormitorios y salón cocina con amplios ventanales que daban al mar. Olía a polvo y desuso. El apartamento parecía nuevo y también los muebles que había en él. Eme me hizo de guía mientras me mostraba los dormitorios y sugirió que me acomodara. Después se descalzó, caminó hasta la cocina y sacó una botella de Jack Daniel's y dos vasos cortos. Me senté en el sofá mientras veía cómo preparaba las bebidas.

—¿Es aquí dónde traes a tus amantes? —Pregunté con picardía. Ella me daba la espalda y podía ver su cabello caer con suavidad sobre los hombros. Era bonita y brillante como una estrella—. Estas ventanas no proporcionan demasiada intimidad.

—Es un apartamento para las visitas profesionales —dijo—. Como has podido comprobar, no siempre los hoteles guardan la discreción que una desea, así que optamos por tener lugares donde desconectar por completo.

—Vaya, los corporativistas también tenéis sentimientos.

—Somos tan humanos como el resto —dijo y me ofreció el whisky con dos hielos—. Toma, te sentará bien antes de escuchar lo que tengo que decir.

—Espero que tengas contactos en la policía —respondí—. Después de esto, haría explotar la máquina del control de alcoholemia...

—Relájate, tu tren no sale hasta mañana —dijo acercándose el vaso a los labios. Eme se sentó de rodillas al otro lado del sofá, dejándome a la vista su vestido y una posición de lo más sensual. El resplandor de la tarde entraba por la ventana e iluminaba el salón. Vista la situación, no podía ir muy lejos, por lo que relajé los músculos y me eché hacia atrás—. No quiero ser pesada con el tema, Gabriel... Pero creo que hay alguien interesado en que el señor Montgomery y yo no cumplamos nuestra parte del trato.

—¿A qué te refieres? —Pregunté.

—Sé que puedo confiar en ti y que no dirás nada.

—Así es, dispara.

—Eres un hombre inteligente y sé que no te sorprenderá lo que voy a contarte —explicó mirando a su bebida—. Cuando diriges una compañía tan grande en un sector tan importante como es el nuestro, no siempre la ética está por encima de los intereses. Me sigues, ¿verdad?

—Más o menos.

—La vida está llena de situaciones en las que has de tomar una decisión y afrontar lo que eso conlleva —explicaba—. Como mujer, he tomado muchas y ello me ha ayudado a construir un olfato para los negocios... No te voy a decir que siempre hice lo correcto, aunque si en ese momento lo hice, fue porque estaba convencida.

—Ve al grano, por favor.

—Sin embargo, nunca he atentado contra la integridad de ningún director de la competencia, aunque parece ser que algunos no saben perder...

—Y eso significa...

—Que alguien me quiere hacer pagar por sus derrotas.

—Enviándote a un matón —contesté—. Muy poético.

—¡Te estoy hablando en serio! —Exclamó—. No crees en mí.

—Escucha, guapa —dije incorporándome noventa grados—. Una mujer como tú no se anda con pequeñeces. No tengo ningún interés en saber qué has hecho para que quieran limpiarte de un escobazo, aunque no hace falta que me mientas para saber que es algo más que dinero...

—Pero Gabriel...

—Está bien, ya te lo he dicho, no quiero saber más —interrumpí terminando mi discurso—. Conozco a alguien que puede ayudarte, quitarte de encima a esos periodistas pesados y terminar con el ajetreo de la policía. Aunque a cambio...

Eme se arrastró hacia mí e introdujo su mano por el interior de mi camisa.

—¿A cambio? —Preguntó mientras me besaba en el cuello.

—Me estás desconcentrando, Eme... —dije aturdido—. Así no hay quien termine una frase.

—Hazme el amor, Gabriel Caballero —respondió, se quitó el vestido lanzándolo hacia arriba y me atrapó como un octópodo, poniendo sus piernas sobre las mías, besándome apasionadamente como un volcán hasta que nuestros cuerpos se fundieron en lava.

CAPÍTULO DIEZ

Al día siguiente, conduje con Eme hasta la ciudad. Cruzamos Alfonso X El Sabio y dejé el coche en el aparcamiento subterráneo. Tenía la mente despejada, milagrosamente sin rastro del alcohol del día anterior. La tarde de sexo desenfrenado nos hizo sudar todas las sales y toxinas hasta dejar nuestro interior limpio como la tapicería de un coche nuevo. Entre revolcón y revolcón, tomé un respiro para encender un cigarrillo y concretar una cita con Rojo. Él era la única persona en quien podía dejar a cargo de Eme. No me costó mucho convencerlo para que se reuniera con nosotros. Algo había leído en los diarios, por lo que el motivo de nuestro encuentro sería para formalizar una transacción: él obtendría una remuneración generosa a cambio de cuidar de la mujer.

Por supuesto, preferí no comentarle nada a ella antes del dinero. No sabía cómo trataría el asunto y lo último que necesitaba era otra discusión sobre la toma de decisiones. Miré el reloj, era la una y media del mediodía. Mi tren con destino a Madrid salía a las seis de la tarde. Blanca no me había dado señales de vida ni yo forcé la situación para que lo hiciera. Pelear era mi fuerte, aunque, para ser honesto, no tenía ninguna posibilidad de ganar en el cuadrilátero.

Eme parecía satisfecha y llena de energía, aunque se mantenía distante con el fin de no mostrar sus sentimientos ante mí y parecer así, más débil. No le di importancia al asunto. Nos lo habíamos pasado bien. Solo quería cumplir de una maldita vez con mi palabra.

Caminamos hasta el Jumillano, que se encontraba frente a la redacción provincial del diario El Mundo. Un mesón castizo y

español, con cuadros de toreros, jamones, una barra de madera de roble y taburetes con el asiento de mimbre. El Jumillano era un lugar no demasiado grande pero con una cocina excepcional. La variedad de su carta de pescados y carnes, arroces, tapas y vinos, mantenía la simpleza de las cosas puras y castizas del pasado. Como yo, sabía que Rojo era un enamorado de la tradición culinaria de nuestra tierra, por lo que no iba a decepcionarle mi elección.

Entramos y un camarero nos indicó dónde se encontraba la mesa. El local estaba hasta la bandera, y la mayoría de los que allí se encontraban lo hacían de pie o apoyados en un taburete. Una mesa cuadrada de madera sin mantel y cuatro sillas era todo lo que necesitábamos. Pedí una caña y un vaso de albariño para Eme, que no toleraba la cerveza. Minutos después, Rojo cruzó la puerta del mesón, llamando la atención de comensales y empleados. Rojo siempre había tenido un porte único, masculino y de liderazgo. Él era el macho alfa de los dos y yo el intento de dandi desenfadado.

—Vaya, Gabriel —comentó Eme mirando a Rojo mientras se acercaba a nosotros—. Además de fuerte, guapo.

Preferí ignorar el comentario que me sentó como un latigazo en el lomo. Me levanté a saludar a Rojo, que analizó a la mujer de un barrido con la mirada seria y nos regaló un apretón de manos. Después se sentó frente a nosotros y me miró a los ojos. Rojo era un hombre muy intuitivo.

—Buen lugar, Caballero —dijo con voz relajada—. Me has ganado ya media partida... Bueno, al grano. ¿En qué puedo ayudaros?

Eme explicó de nuevo lo mismo que me había contado, sin obviar los detalles y los rodeos con los que tanto disfrutaba. Rojo escuchaba asintiendo con la cabeza y mirándome de vez en cuando para ver cómo reaccionaba ante la historia. Después, dio un trago de su cerveza y respiró profundamente.

—Eso es todo —concluyó Eme cruzándose de brazos y en la silla, a la espera de la respuesta del ex-oficial—. Lo peor es que la policía no logra identificar a ese tipo.

—Ya... —contestó Rojo—. ¿Ha pensado que tal vez el sudafricano le esté tendiendo una trampa?

Eme y yo nos extrañamos.

—¿Cómo dice?

—Sí —insistió—. Que el matón lo haya puesto él. No sería la primera vez que escucho algo así. Puede que esté haciendo negocios con otra persona al mismo tiempo.

—Eso es absurdo.

—Cosas más absurdas he visto —dijo y dio otro trago a la cerveza sin expresar emoción—. ¿Verdad, Caballero?

—Confío en su experiencia —respondió la mujer—, aunque eso que dice resulta difícil de imaginar. De ser así, tendría que desconfiar de cualquiera.

—Incluso de mí —contestó Rojo—. Mire, el asunto es sencillo. Si alguien está interesado en acabar con usted, ya ha dado muestras de ello, y si ha tenido los santos cojones de llevarse por delante a su guardaespaldas, que no le quepa la menor duda de que lo volverá a hacer. Ahora mismo, lo que menos le beneficia es estar en el ojo de la opinión pública.

—En eso estoy de acuerdo —afirmó Eme interesada en las palabras de mi amigo—. ¿Qué propone?

—Puedo seguirle la pista a ese tipo, saber dónde se esconde y con quien trata —explicó Rojo—. Esto es Alicante, no Londres. Conozco por dónde se mueven las ratas. Mientras tanto, algunos contactos y yo nos encargaremos de que usted se mantenga a salvo.

—Deme una cifra.

—Doscientos mil euros —dijo Rojo tajante.

—Ciento cuenta mil —respondió ella rebajando la oferta.

—Y otros cien mil para gastos —contestó Rojo sin desviar la mirada. Él sabía de lo que hablaba.

—No puedo pagarle ese dinero —contestó—. ¿Está loco?

—En absoluto —respondió—. Es el precio que usted pone a su vida. Como comprenderá, la información que necesito tiene un

coste, y no soy el único que no va a arriesgarse el pellejo por cuatro duros.

—Gabriel —dijo Eme dirigiéndose a mí—. Lo que dice es una locura, no puedo pagar una cantidad así, no tengo el dinero.

—La he investigado —contestó Rojo—. Sé que le gusta nadar entre grandes sumas de dinero... Seguro que puede hacer un esfuerzo. Todos podemos, ¿verdad?

—No resulta tan sencillo —dijo ella indignada—. Soy una mera empresaria, no estoy acostumbrada a sacar dinero de cuentas sin previo aviso...

—Puede que otro se crea esa historia —dijo él—. Yo, no. Si está dispuesta a poner su vida en peligro por una simple cuota, eso dice mucho de usted, pero claro... ¿Quién soy yo para juzgarla?

—Esto es un insulto —respondió ella—. Ni siquiera sé si es capaz de cumplir con su palabra. Al menos, deme una señal, ¿no le parece?

—Mi tiempo es oro —dijo él—. Si estoy aquí es porque él me llamó para que le hiciera un favor. A ver si se cree que me dedico a perseguir matones.

—Insisto en que la cifra que pide es una barbaridad.

La conversación se ponía tirante como los hilos de una cometa.

—Seguro que podéis llegar a un acuerdo, Rojo... —insistí intentando bajar el trágico final.

—Déjese de pamplinas, señora —contestó Rojo y se levantó de la silla—. Esa es mi oferta. Si no está dispuesta a aceptarla, búsquese a otro, aunque le advierto que tal vez termine como su anterior lacayo.

—¿Cómo se atreve a hablarme así? —Preguntó resignada agarrando la servilleta—. Menudas compañías, Gabriel.

—Hasta luego, Caballero —contestó el ex-oficial, ignorando a mi compañía—. La próxima vez, negocia antes de hacerme perder la mañana.

Rojo salió de allí con paso tranquilo y sin mirar atrás.

—Tu amigo es un cretino —lamentó Eme dando un trago a la copa de vino—. Mierda, estoy acabada. No volverá, ¿verdad?

—Me sorprende que te des tan rápido por vencida —comenté—. Seguro que existe una forma.

—No me queda nadie en esta maldita ciudad —dijo y me apretó del brazo—. Tu amigo no parece que vaya a arrepentirse. Ese desgraciado me encontrará antes que yo a él... y me rebanará el cuello. Maldita seas, Eme... Tienes que llevarme a la policía, Gabriel. Necesito salir de este país en cuanto antes.

Mientras ella hablaba, me quedé observando el reflejo de la luz artificial en su copa de vino. Desvié la atención hacia unas fotografías de periódicos antiguos que había sobre unos tablones. La curiosidad de ponerle rostro a aquella persona, desconociendo por completo su identidad, comenzaba a seducirme. Todavía nos quedaba una carta por jugar.

—Espera un segundo —dije y me levanté hacia la barra, pregunté por la prensa del día anterior y el camarero me entregó el diario arrugado. Pasé las páginas en busca de algún detalle que hubiese pasado por algo. Ahí se encontraba—. Aquí estás.

—¿Qué es? —Preguntó Eme mirándome entusiasmada. Parecía capaz de agarrarse a cualquier clavo que ardiera.

Señalé con el dedo índice el pie de la foto y su firma.

—Pacheco —respondí—. Creo que he dado con algo que nos puede ayudar a resolver todo esto.

CAPÍTULO ONCE

Todavía no estaba todo perdido. Aún quedaban algunas horas antes de que mi tren saliera con destino a Madrid. Los nervios de Eme parecieron apaciguarse cuando le expliqué que conocía al hombre que había hecho esas fotos. No tardó en comprender que, probablemente, Pacheco guardara una copia de lo sucedido en la noche del asesinato. Una vez me hubiese hecho con las fotos, solo tendríamos que identificar a la persona que no encajase entre los invitados. La policía tomaría parte en ello y no tardaría en dar con la persona sospechosa.

Llevé a Eme de vuelta a su apartamento y saqué el teléfono mientras veía cómo cruzaba la puerta de la vivienda.

—¿Pacheco? —Pregunté al otro lado del teléfono.

—¿Gabriel? Vaya, dos veces en la misma semana —contestó—. Después de cinco años, esto debe ser algo más que una pura coincidencia.

—Prefiero no hablar de casualidades... Necesito que me eches un cable, será algo rápido —expliqué—. ¿Dónde te encuentras?

—¿Ahora mismo? Salgo de entregar unas fotos en el Información, ya sabes... —dijo con desazón—, tampoco hay muchos lugares que visitar.

—Escúchame, no te muevas de ahí —ordené—. El tiempo no corre a mi favor y debo hacer algo muy importante antes de marcharme de la ciudad.

Conduje hasta el centro de la ciudad por segunda vez en el mismo día, atravesé Vistahermosa, el histórico estadio de fútbol

Rico Pérez y llegué a la avenida Doctor Rico, para detenerme junto a un restaurante McDonald's. La calle parecía desierta. La construcción no había llegado con agresividad a esa parte de la ciudad. El edificio del diario se encontraba frente al restaurante de comida rápida. Una nave amplia y de gran tamaño que poco tenía que envidiar a la escueta redacción en la que me había desenvuelto los años anteriores. Bajé del deportivo y me encendí un cigarrillo con la esperanza de que Pacheco se dejara caer por allí. Mi último deseo era irrumpir por los alrededores de la redacción y ser identificado. Un grave error que no me podía permitir.

A escasos metros, vi al cuerpo sin forma de Pacheco embutido en una camiseta de Coca-Cola. Estaba más gordo y había perdido gran cantidad de cabello en muy poco tiempo. El estrés, la soltería y un estilo de vida poco saludable, eran muchas de las causas que convertían a los reporteros en auténticas ratas de cloaca. Como fotógrafo, no le quedaba otra que soportar los fuertes dolores de espalda provocados por su cámara, así como comer a deshoras y estar siempre preparado para disparar, porque cada fotograma formaba parte de su nómina.

—¡No jodas que esto es tuyo! —dijo sorbiendo de un refresco de cola—. ¡Madre de Dios bendito! ¡Fotre! Es un coche de categoría, chaval.

—Deberías dejarte los refrescos, Pacheco —contesté ajustándome las gafas de sol—. Ahorrarías para comprarte uno de estos, además... estás empezando a echar panza.

—Venga ya, hombre, bastante tengo... —refunfuñó—. No empieces a tocarme los huevos como hace mi madre.

Apagué el cigarrillo y nos metimos en el interior del restaurante. Lo ideal era pasar desapercibido como dos universitarios que salían a comer fuera. Pacheco lo lograba, a mí me costaría un poco más. Me acerqué al mostrador y compré dos hamburguesas con queso y una ración de patatas para mi compañero. Todavía recordaba algunas de las noches que habíamos pasado en los restaurantes de

comida rápida junto a otros reporteros. Así era la vida de los que cobrábamos salarios precarios.

—Joder, cómo se nota que estás *forrao*, mamonazo... —dijo cuando le puse la bandeja con las hamburguesas delante—. Ahí te has portado, amigo, porque tengo un hambre que comería un jabalí ahora mismo.

—Yo también me alegro de verte... —contesté mientras contemplaba a Pacheco llenarse la boca de lechuga y tomate y los trozos de comida caían sobre la mesa afectados por las leyes gravitatorias—. De verte así... con menos formalidades... Ya sabes a lo que me refiero, aunque la razón por la que estoy aquí no es esa. Necesito que me hagas un favor rápido, te prometo que te lo devolveré.

—Tú dirás —balbuceó con la boca llena de comida y los ojos blancos apuntándome a la cara.

—La otra noche —expliqué—, la noche de la *cremà*... Es muy importante que me dejes ver las fotos que tomaste en el recinto y en los balcones.

—¿Pa' qué? —Preguntó intrigado. Había dejado de masticar.

—Tengo que encontrar a una persona.

—Ya.

—La vida de una mujer está en juego, Pacheco —dije con voz severa—. No te llevará más de dos minutos hacerme una copia. Después, te dejaré tranquilo.

—Ya.

Su semblante se volvía cada vez más serio.

—¿Qué te cuesta?

—Entre mucho y poco.

—Es una historia importante, pero no puedo contarte más, de verdad.

—Muchacho, qué casualidad, ¿sabes? —Respondió y se limpió la barbilla manchada de mayonesa con una servilleta de papel—. Hace un rato, el del Información me ha contado una milonga similar... Así que no he tardado en decirle que se podía ir a tomar

viento... ¿Qué te piensas, Gabriel, que soy tonto? ¿Crees que no soy capaz de entender el valor de esas fotografías?

—Jamás he pensado eso.

—Ya —contestó—. Y una leche.

—Te estoy diciendo la verdad.

—Es tu mirada, joder —esputó molesto—. No eres el único que me mira así... Aunque me estoy acostumbrando... ¿Pero sabes qué? Todavía sigo sin entender por qué me siento como si estuviese acabado, como si les hubiera fallado a todos... Siempre he tratado de hacer las cosas bien, como me dijeron mis viejos, los profesores, todos. Lo único que he conseguido ha sido compartir piso con otros dos como yo y tener un gato, y ni siquiera el gato es mío...

Pacheco me observaba con los ojos de la envidia y el desprecio de alguien que solo había acumulado derrotas y desencuentros.

—¿Qué quieres? —Dije abriéndome a él. En el fondo, sentía pena por su fatídica trayectoria. Nadie merecía abandonar sus sueños, pero entendí que dejarme llevar por la nostalgia y los sentimientos no me llevarían muy lejos. El tiempo corría, debía dejar a un lado la mierda emocional que gritaba por mis poros. Por las buenas o por las malas, esas fotos iban a ser mías.

—Pues lo mismo que tú —respondió—. Un coche de puta madre, una rubia como esa con la que te vi el otro día y un trabajo bien pagado. ¿Me puedes dar eso? Porque si es así, te doy las jodidas fotos de una vez y a tomar por saco con todo.

—Te puedo conseguir dinero, pero no hoy. No dispongo del tiempo que me gustaría.

—¿Y yo sí?

—Prometo pagarte, en serio.

—¡Venga ya, hombre! —Bramó—. ¿Sabes cuántas veces he escuchado eso? Pues mira, con dos cojones, no sabía lo que me ibas a ofrecer por las susodichas, pero te subo al doble la cantidad.

—No me puedes hacer esto, tío —dije—. Pensé que éramos amigos.

Con las manos manchadas de aceite y salsa de tomate, me apuntó con el dedo.

—Tengo que comer, Gabriel, a ver si lo entiendes... —respondió y se miró las manos manchadas de comida y salsa de tomate—. No te muevas de ahí, que voy a por servilletas.

Pacheco se levantó, caminó hasta la puerta del baño y agarró un puñado de servilletas que había junto a la papelera, donde los clientes tiraban los desperdicios. Frente a mí, vislumbré una bolsa de deporte con un bulto de gran tamaño en su interior.

La cámara y, seguramente, las fotos. Pacheco no parecía ser el hombre ordenado y meticuloso con el que toda mujer desearía casarse. Puede que esa fuese una de las razones por las que se había abandonado a sí mismo. El corazón bombeaba a toda velocidad. Los pensamientos que se cruzaban por mi mente eran de todo menos nobles. Eché un vistazo, observé las salidas y busqué el modo de escaquearme en un tiempo ínfimo.

Tenía que dar esquinazo al grandullón a la vez que lo sorprendía.

Un error y me convertiría en carne de hamburguesas.

Como un jugador de fútbol americano, me levanté decidido, agarré la bolsa por las asas y me la puse frente al pecho como escudo protector. Un tipo cayó al suelo arrollado por mi huida. Se escuchó un berrido procedente del estómago de Pacheco. Jamás me lo perdonaría, pero no estaba dispuesto a negociar ni mi tiempo ni sus condiciones. Salí dando varias zancadas, tiré la bolsa en asiento del copiloto, entré en el coche y arranqué.

—¡Hijo de la gran puta! —Gritó y me lanzó el refresco, dando de lleno en un lateral del Porsche—. ¡Te voy a encontrar! ¡Cabrón!

Salí quemando rueda del aparcamiento con una extraña sensación de victoria y traición en mis entrañas. Traté de buscar una excusa en la que apoyarme, un argumento con el que callar a los demonios de mi cabeza. Lo sentía, lo sentía de verdad pero, de algún modo, el hechizo de Eme surtía efecto sobre mi piel, apoderándose de mi sangre, haciéndome olvidar quién realmente era Gabriel Caballero.

Conduje empeinado con la obsesión desmesurada de ver el maldito rostro del asesino con mis propios ojos. Por la radio, a todo volumen sonaba *Who are you* de The Who y la brisa de una tarde con viento de levante que acariciaba mi rostro con placer. Creí en la serendipia y en todo lo malo que estaba a punto de suceder.

Quién era, realmente quería saber quién era. Quién era yo, quién era Eme y quién era la persona que nos había colocado una intersección en nuestros caminos de la vida.

Lo que había comenzado como un fin de semana accidental, se estiró como goma de mascar en una noche adolescente de verano.

Versos y estrofas, pedazos de tiempo fuera del compás de la música y un tren con destino a la capital del país que salía con un pasajero menos.

Regresé al apartamento y la puerta estaba abierta. Había logrado dar esquinazo a Pacheco, hacerme con su cámara, una tarjeta de socio de un club de *fitness* y varias prendas de deporte que había en la bolsa. Al final, todos mis prejuicios salieron a la luz. Pacheco tenía intenciones de perder esa barriga y apuntarse a un gimnasio, pero el infortunio pospondría su cita con la elíptica. Tras aparcar, encendí la cámara fotográfica y comprobé el material que había en la tarjeta de memoria. Pacheco aún guardaba las imágenes. Pulsé el botón con rapidez, pero no conocía a la mayoría de rostros que aparecían en ellas. Las fotos del balcón estaban tomadas desde la plaza, aunque la resolución era suficiente para identificar a los sujetos. Saqué el teléfono y marqué el número de Rojo. Pensé que, tal vez, si hablara con él directamente, llegaríamos a un acuerdo. Las cartas estaban echadas, no podía dar vuelta atrás. Había dejado marchar el tren para sincerarme conmigo mismo: necesitaba escribir esa historia. No era una cuestión económica, el cuerpo me lo pedía a gritos. Por otro lado, la presencia de Eme lo hacía todo más llevadero: bella y tan llena de encanto como de intriga. Las mujeres como Eme siempre habían jugado en una división superior

a la mía, relacionándose con hombres adinerados, aristócratas o políticos de mucho poder. Hasta la fecha, lo más burgués que había introducido en mi vida era Blanca. La frescura de lo nuevo, el interés por vivir en un romance constante, esas eran las trampas que me habían seducido hasta allí. Solo podía terminar lo que había empezado si no quería arrepentirme por todo.

Encontré a Eme envuelta en un albornoz blanco de baño, sentada en el sofá y con el cabello húmedo. Entre sus manos, el ejemplar de mi novela abierto por la mitad. Dejé la bolsa sobre el sofá, me acerqué a la cocina, agarré la botella de Jack Daniel's, un vaso de cristal y lo puse bajo el dispensador automático de hielo que había en la nevera. Después serví el whisky.

—Pensé que ya lo habías leído... —dije dando un sorbo a la copa. El alcohol entró como aceite de engranaje en mi cuerpo. Me sentí liberado y comencé a relajarme. El cansancio me acusaba los músculos.

—Lo hice —contestó sin mirarme a la cara. Cerró el libro y lo dejó sobre el sofá—. Ahora que te conozco un poco mejor, empiezo a encontrar similitudes con el protagonista de tus historias.

—Como dices, son solo eso... similitudes —contesté sin entrar en detalles—. No estoy orgulloso de lo que acabo de hacer.

Eme se levantó del sofá y caminó con un cruce de piernas tan sugerente que las palabras volaron de mi mente como hojas secas en otoño. Me abrazó por detrás y sentí sus pechos cubiertos por el albornoz sobre mi espalda. Después me olisqueó el cuello y me masajeó los tendones de los hombros.

—¿Has encontrado las fotos? —Preguntó apretándome la piel.

—No estoy del todo seguro —dije. Sentía cómo el peso de mi espalda se derrumbaba—. Será mejor que les echemos un vistazo...

—Eres mi héroe, Gabriel —respondió con un beso en el cuello y me abandonó. Sacó la cámara del bolso y extrajo la tarjeta de la ranura. La observó al trasluz del sol tardío que entraba por la

ventana y la conectó a un ordenador portátil—. Salgamos de dudas, entonces.

—Eres una caja de sorpresas, Eme.

—Te daré un consejo, Gabriel —dijo con voz fría y maternal—, nunca des algo por sentado. Nunca.

Di un trago a la copa y guardé mis palabras. La había ofendido, así que la mejor forma de responder era guardando silencio y entendiendo su reacción. Caminé hasta ella y me puse tras la pantalla. Eme copió una carpeta de imágenes al disco duro y abrió la lista de fotografías que había en el interior.

—Pongamos cara a esa persona de una vez —dije y Eme corrió las fotografías una a una, haciendo pequeñas pausas entre ellas, rastreando con la mirada algún detalle que llamase su atención—. ¿Conoces a toda esta gente?

—Sí... —respondió—. Ninguno de estos lo pudo hacer. Son políticos, invitados. Esta gente no se mancha las manos de sangre.

—Deberíamos centrarnos en las fotos del balcón —señalé—. Todo sucedió mientras nadie los veía.

Eme pasó las fotografías hasta que llegamos a los balcones. Observamos cada una de las ventanas, ampliando los detalles de cada ventanal hasta convertirlos en píxeles. Pacheco había hecho más de cien capturas del momento, por lo que el ejercicio no parecía tener fin. Tras varias imágenes, comencé a sentir que todas eran iguales. De pronto, Eme echó la mano hacia atrás y me agarró de la muñeca.

—Espera, creo que he pasado algo por alto —dijo exaltada—. Mira el rostro de la niña. Está girándose hacia atrás, por lo que debió ocurrir segundos antes.

Regresamos hacia atrás algunos fotogramas.

No podía ser cierto. Hice más grande la imagen de un encuadre en la que todos aparecían en el balcón. Tenía razón. Un hombre con rostro desconocido se encontraba allí junto a los demás, como si fuese uno más, pasando desapercibido por completo.

—¿Reconoces a ese hombre? —Pregunté. Observé la figura de un señor de estatura media, pelo corto y canoso, bigote frondoso y espalda recta. Vestido con camisa de rayas y pantalones de color crema, cualquiera habría pensado que se trataba de un amigo de la alcaldesa o un amigo del presidente.

El rostro de Eme había empalidecido.

—No —dijo—. Jamás he visto a ese hombre.

La diferencia entre unas fotografías y otras era mínima. El hombre aparecía y desaparecía. La niña se giraba fotogramas más tarde, seguramente, asustada al ver el cuerpo de Jonás en el interior.

Saqué el móvil del bolsillo cuando Eme me detuvo.

—Voy a llamar a Rojo de nuevo, eso es todo.

—No —insistió—. Tu amigo no puede ayudarnos. Si se entera de algo, preguntará a la policía y vendrán con más preguntas. Es una pérdida de tiempo. Ahora que sabemos que es él, debemos andar con cuatro ojos, cerrar el trato con Montgomery y largarnos de aquí.

—Eso está muy bien, guapa —contesté ofendido—. ¿Qué pasa conmigo?

—Por favor, Gabriel —recriminó—. No te hagas la víctima. Sabes tan bien como yo que esta historia te excita, lo necesitas para vivir. Negarlo sería mentirme.

—Das demasiadas cosas por sentado —respondí herido. Había dado de lleno en la diana de mi orgullo—. Si estoy aquí, es por ti.

—Lo siento, chico. Eso no funcionará conmigo —respondió con seguridad—. Tranquilo, resolveremos esto a mi manera.

—¿Cómo estás tan segura?

—No es la primera vez que alguien intenta asustarme.

—Este hombre no busca escarmentarte, Eme... —expliqué y regresé a mi bebida—. Algo huele a podrido en todo este asunto. ¿Quién sabe si este hombre ya ha estado aquí?

—Ahora que le hemos puesto rostro, no será una amenaza —dijo y caminó hasta la puerta del cuarto de baño—. Podemos llevarlo hasta nuestra trampa, después nos desharemos de él.

—Olvidaba que siempre vas un paso por delante.

—Por lo general, sois los hombres quienes subestimáis el poder de una mujer al infravalorar nuestros juicios... —dijo con sensualidad bajo las palabras—. Puede que sepa quienes somos, incluso puede que nos esté observando en este momento. Pero... ¿Acaso eso significa que es él quien nos tiene en jaque? ¿Quién observa a quién? Medita eso por un instante... En el momento que somos conscientes de algo que él desconoce, las reglas del juego cambian para siempre, querido. Las apariencias nunca son lo que parecen, ni siquiera las tuyas.

Eme dejó caer el albornoz al suelo y se quedó como había venido al mundo. Absorto en su cuerpo, tardé varios segundos en recuperar el aliento. Ella entró en la ducha y cerró la puerta del baño.

Atacado por los remordimientos y la maldad de mis actos, caminé hasta el ordenador, copié las fotografías en las que el misterioso hombre aparecía y las eliminé de la tarjeta.

Encontrar la ropa deportiva y el carné del gimnasio en la bolsa de Pacheco, me había hecho reflexionar. Aprovechando la coyuntura de que Eme no podía oírme, tomé la bolsa, salí del apartamento y conduje de vuelta hasta la redacción del diario Información.

Las redacciones de los periódicos son como las estaciones de trenes: siempre hay alguien que se encarga de mantenerlas vivas. El diario Información se había consolidado como el periódico más leído a nivel provincial. Desde hacía décadas, tenían el monopolio de la información y no había quién se la arrebatase. Temí por cruzarme con rostros conocidos, ex-profesores de universidad y compañeros frustrados que no tardarían en clavarme el estoque en cuanto pudieran.

Eran alrededor de las ocho y el sol comenzaba a ocultarse al otro lado de la ciudad. Crucé la entrada y me dirigí hacia la redacción obviando un despiste de la recepcionista. La mayoría de veces, la gente que trabaja en recepción o atendiendo a las visitas,

es la más fácil de burlar. La clave se basa en saber moverse como uno de ellos, caminar con decisión y, lo más importante, ignorar a quien trabaja de cara al público.

Cruel pero práctico.

Alcancé lo que parecía ser un espacio de trabajo y me acerqué a un becario con gafas y auriculares que redactaba un artículo en Word sobre la recogida de basuras. Le di un pequeño golpe en el hombro y puse la bolsa a su lado. El chico, vestido con una camiseta blanca con la lengua de los Rolling Stones, miró hacia arriba desde su silla y se quitó los cascos. Me recordó a mí en mis inicios, cuando escribía en fanzines y realizaba las prácticas en la radio de la universidad. Con los años, me volví más amargo y afilado, perdiendo la inocencia que aquel novato todavía poseía en la mirada. Después pensé en Bordonado, ese pobre becario con sobrepeso que había perdido la vida por mi culpa, y del que tanto me acordé en sueños durante años.

El mundo se me vino abajo al pensar en los peligros con los que me había cruzado. Eso no era profesión, sino vicio. Lo mío se acercaba más a una patología que a una búsqueda de la verdad. La adrenalina de lo desconocido, el pez que mordía el anzuelo y se dejaba arrastrar por el hilo hasta la superficie. Bailar con lo prohibido, riéndome del destino mientras la mala suerte me apuntaba con su rifle. El apetito de mi código genético y el de muchos humanos que habían dejado su vida atrás, unos con más suerte y otros sin tanta.

Con la mirada del chico todavía clavada en mi sien, le hice un gesto señalando la bolsa.

—Necesito que me hagas un favor —ordené. Él me había reconocido. Lo supe porque encontré una edición de bolsillo de mi novela entre sus papeles—. Mañana por la mañana, quiero que encuentres a Pacheco y le des esto. Es suyo, y debes evitar que ninguna otra persona abra esta bolsa. ¿Me entiendes?

—Sí, claro que sí.

—Bien hecho —contesté—. Si realmente tienes respeto por esta profesión, nunca traiciones a un compañero, por muy alta que sea la recompensa. La confianza tiene un valor que no se puede pagar con dinero. Una vez que la rompas, estará dañada para siempre.

El chico acercó la mano lentamente al libro. Dudé que hubiese escuchado algo de lo que le había dicho.

—¿Me lo puedes dedicar? —Preguntó—. Yo también escribo relatos muy parecidos a los tuyos.

Agarré un bolígrafo de su escritorio y le firmé el ejemplar.

—¿Cómo te llamas?

—Toni Montañas —respondió—, pero si pones Toni, me basta.

—Muy bien, Toni —dije—. Haz lo que te he dicho, guarda este ejemplar por si en el futuro tiene algo de valor y no hagas que me arrepienta de esto. ¿Entendido?

—Sí, claro que sí.

—¿Sabes decir algo más, chaval?

—¿Qué? —Preguntó confundido.

—Es igual, disfruta del día.

Salí de allí con la esperanza de no volver jamás. Me subí al coche, estaba anocheciendo. La ciudad tomaba un color violeta cuando el cielo se apagaba y las tímidas nubes acariciaban el horizonte. Vivir demasiado tiempo lejos del mar no era sano para un boquerón como yo.

Volvía a chapotear, a sentirme fresco y lleno de energía.

Puede que no contara con la ayuda de Rojo ni de Blanca, pero no los necesitaba. La nostalgia estaba sobrevalorada. Me había convertido en un hombre nuevo y preparado para encontrar a ese desgraciado, antes de que diese con nosotros.

CAPÍTULO DOCE

Desperté con las tripas encogidas y los músculos atrofiados. Eme era una mujer de recursos, aunque tenía sus fallas.

Su actitud ante la situación había cambiado tras descubrir el rostro del presunto asesino de Jonás. Se comportaba de un modo extraño y distante, como si tramara algo que pretendía ocultar sin mucho disimulo.

Cuando regresé de la redacción, encontré algunas bolsas sobre la cocina del apartamento, una ensalada envasada en una caja de plástico y tallarines chinos en una caja de cartón. El fuerte olor a comida oriental me quitó el apetito. Ella me saludó con la mirada sin prestarme mucha atención. En la televisión echaban *Atracción Fatal* con Michael Douglas y Glenn Close. Era un clásico, aunque nunca me gustó del todo. Desvié mi atención a las bolsas de comida cuando Glenn Close apareció en la pantalla con las venas cortadas. Pasé por delante de la televisión y Eme siguió anonadada, sumergida en el filme.

Durante un instante, encontré cierto paralelismo entre los actores y nosotros. Eme era una mujer atractiva, como Close, aunque más bonita y con facciones delicadas. La sensualidad que transmitía en la cama, se convertía en hielo cuando se trataba de emociones. No lidiaba con problemas, los cortaba de raíz de forma férrea, sin dudar ni un segundo. Tampoco besaba demasiado, solo en ocasiones contadas. No confiaba en las mujeres que no buscaban los besos. Deduje que habría tenido una infancia severa. Todas las personas estábamos marcados por nuestro núcleo familiar. Demasiados años

entre cuatro paredes aguantando y siendo testigos del comportamiento de los adultos, sin entender el por qué de sus acciones.

En mi caso, tuve la suerte de contar con una familia maravillosa y unos padres fuertes y unidos. Con el tiempo, aprecié lo que tenía a medida que mi entorno se volvía adulto. Era importante para mí, como para mi desarrollo personal. A cierta edad, me hubiese gustado tener un mentor que me explicara algunas cuestiones sobre las mujeres y los desmanes de la vida, aunque no fue algo que me costara aprender por mí mismo. No obstante, en la otra cara de la moneda, se encontraban todos esos sujetos en los que, a medida que pasaban a la edad adulta, germinaban las semillas del odio, los traumas y la frustración, convirtiéndose así en juguetes rotos, seres complejos y frágiles, o lo que era peor, auténticos hijos de mala madre.

Desde las sábanas observé a la mujer con la que compartía mis segundos, aquella desconocida que lo había enturbiado todo, con su pijama de seda paseándose por el apartamento. La noté distante, como si ya no estuviese interesada en acariciarme el pecho ni dejarse caer en mis brazos, y eso me hizo sentir como un despojo.

Olía a huevos fritos y salchichas, un plato matinal atípico donde nos encontrábamos. Entendí que no habría tostadas con tomate rallado ni cruasanes. Me levanté, caminé en ropa interior hasta la cocina y me topé de frente con ella.

—El desayuno está preparado —dijo sonriendo con la sartén en la mano—. ¿Has dormido bien?

—No tengo queja... —respondí y le acaricié el cabello—. ¿Cómo te sientes? Te noto algo extraña.

Soltó aire.

—Todo este asunto me ha mantenido distraída —explicó—. Necesitaba pensar sobre lo ocurrido y he llegado a una determinación.

—¿Y es?

—Tras el desayuno, tienes que llevarme al centro de la ciudad —indicó—. No aguanto ni un minuto más, sácame de aquí y llévame de compras, Gabriel. Te lo suplico. Me vendrá bien.

—Terapia clásica, me gusta, pero... ¿Has pensado en nuestro amigo?

—He hecho algunas llamadas mientras dormías —explicó—. La policía ha detenido a un hombre de mediana edad como presunto autor del asalto a Jonás. Todavía no saben cómo entró en el edificio. Lo están interrogando. Fin de la historia.

—Un momento, eso es absurdo —contesté insultado—. ¿Por qué no me has consultado?

—¿Disculpa? —Preguntó sorprendida—. Eso sí que es gracioso.

—Se supone que somos un equipo.

—Y lo somos, Gabriel —respondió tajante—, pero no te equivoques... Mi vida no es una democracia.

—La mía tampoco.

—No te pongas así, guapo —respondió poniendo una taza sobre la barra americana y acariciándome el rostro—. Todo está bajo control. La policía no ha tardado en poner patas arriba la ciudad hasta dar con ese tipo. No tenemos por qué preocuparnos.

—Alucino contigo, después del pollo que has montado... —dije sentándome sobre un taburete de la barra de la cocina—. Sí que cambias de idea con facilidad.

—Estoy segura de que esto nos dará algunos días de tregua —dijo dándose la vuelta para regresar a una cafetera que chirriaba—, así que vamos a disfrutar de las últimas vacaciones. Ahora, come y gastemos unos cuantos euros, ¿quieres? El consumismo fue creado por y para el ser humano. Tal vez encuentres algo que te guste.

—Lo que me acabas de contar carece de sentido —respondí—, pero en fin, tú sabrás... De todos modos, son otras las cosas que me levantan el ánimo...

—Entiendo —dijo apagando el fuego y sirviendo el café—. De todos modos, renovar el vestuario no te vendría mal... ¿Cuántos años tiene esa camisa que llevas?

Con el estomago cargado de energía, nos subimos al coche enfundados en nuestras gafas de sol. Una luz cegadora a lo alto del cielo se abría hueco entre las nubes. El mediodía apretaba contra nosotros con más y más fuerza. El bochorno de una tormenta de verano que estaba a punto de suceder nos asfixiaba como una bolsa de plástico. Tan pronto como hube abandonado el apartamento, comencé a sudar por las axilas. La causa no solo era el calor. No supe bien si la culpable de todo era ingesta de colesterol del desayuno o los nervios que arrastraba. Tenía la sensación de ser observado. Algo no iba bien dentro de mí, era de lo único que podía dar fe. Eme cargaba con un bolso marrón de Gucci más grande de lo normal. Me cuestioné qué llevaría en su interior porque si se lo preguntaba a ella, recibiría otro embuste por respuesta.

Como ya había percibido días antes, era una mujer que disfrutaba vistiendo de etiqueta. Por tanto, no tuve más remedio que llevarla a El Corte Inglés, una emblemática firma patria de grandes almacenes que aglutinaba, en un solo edificio, a las grandes marcas de ropa. A pesar de ser un día normal de la semana, las calles se encontraban atestadas de turistas y viandantes en busca de consumo rápido, bares, ocio y encuentros inesperados. Sin duda, el Levante estaba hecho de otra pasta diferente a la del resto del país. Cualquiera pensaría que, un día así, era propio de pasarlo en la orilla del mar con un Martini entre las manos, pero Eme necesitaba sacudir su tarjeta de crédito.

Conduje hasta la estación de tren y giré por la avenida Maisonnave, buscando el aparcamiento subterráneo del edificio. Para nuestro infortunio, la cola que llevaba al aparcamiento doblaba la calle.

—Maldita sea, qué demonios pasa hoy... —murmuré—. Me temo que nos va a llevar algo de tiempo.

Eme miró su reloj.

—Vayamos a otro aparcamiento —contestó algo nerviosa—. El sol cada vez pica más y este coche empieza a parecer una sartén...

Salí de allí sorteando las calles entre el tráfico y las colas de vehículos que intentaban aparcar en espacios minúsculos. Dejar el coche en la ciudad siempre había sido un problema. No obstante, me había acostumbrado tanto al uso del transporte público de la gran ciudad, que había olvidado el infierno que suponía conducir por Alicante.

De nuevo, regresamos a la avenida Alfonso X El Sabio y nos metimos en un aparcamiento subterráneo que cruzaba la avenida de un extremo a otro. Era un aparcamiento largo y lúgubre con varias escaleras que salían al exterior. Tomé nota del número y agarré la mano de Eme. Ella no se lo esperaba y no opuso resistencia al gesto. Eso me reconfortó, fuese lo que fuese que estuviera pasando en su interior, todavía guardaba sentimientos hacia mí. Con el tiempo, había aprendido a mantenerme callado, guardar silencio, a pesar de tener la naturaleza de preguntarlo todo. Que algo pasaba, no era más que una obviedad, pero debía tratar el asunto con tacto. Sin darme cuenta, la realidad de mundo había cambiado. No me reconocía, aunque tampoco necesitaba hacerlo. Las personas tendemos a hablar de cómo afecta el paso del tiempo en los otros, juzgando lo malo sobre lo bueno, señalando lo que nos hace débiles para derribarlo y sentirnos seguros; y olvidándonos de quiénes somos y cuánto hemos cambiado. Por alguna misteriosa razón, tememos a la respuesta más que a la pregunta en sí. Nuestro cambio es tan rápido que somos incapaces de asimilarlo, pero así sucede: nunca llegamos a ser quienes decimos aparentar. Tan solo nos convertimos en una imagen a medida de nuestra consciencia, y eso era en lo que me había convertido yo.

Cuando salimos a la calle, la gente nos observaba como si fuésemos una pareja de actores famosos caminando por la Gran Vía madrileña. Eme y yo hacíamos un buen conjunto sensorial. Solo algunas parejas logran irradiar sensualidad por todos los costados. En la mayoría, siempre predomina uno de los dos miembros y a su

vez, suele ser quien lleva la voz de mando en la relación. En nuestro caso, ni existía relación ni había un equilibrio entre los egos. Ella actuaba como la dueña de su realidad, aunque le costaba aceptar que yo no era más que un animal salvaje perdido en la jungla. En mi caso, me movía por mis propias decisiones, dudando en cada momento si era Eme las que, de un modo subliminal, me obligaba a ello. Una lucha de gigantes como cantaba Nacha Pop, derritiéndose por las calles de la Costa Blanca, a punto de ser sorprendidos, una vez más, por la serendipia.

Tras varios minutos de paseo y varias ráfagas de palabras cruzadas en una conversación mundana, llegamos a la entrada de El Corte Inglés. Arropados por un soplo recalentado de los extractores que había a la salida, el aire acondicionado bajó la temperatura de forma considerable, haciendo de la experiencia algo placentero. Eme se quedó frente a un estante de cosméticos. Tiré de ella y la llevé hacia las escaleras mecánicas. Nuestros cuerpos quedaron separados por centímetros. Me fijé en sus labios de color carmín intenso, en su cabello cortado con tijera, a la altura de los hombros y ese vestido de verano que hacía juego con el maquillaje. Cuando se dio cuenta, esbozó una sonrisa de sonrojo.

—¿Siempre hueles tan bien? —Preguntó.

—Solo cuando las mujeres no me dicen la verdad.

Fingía sentirse relajada, aunque podía notar en sus movimientos que todo era puro teatro.

—Debo darte las gracias por estos días... —susurró un peldaño más abajo mientras nos dirigíamos a la primera planta—. Aprecio lo que estás haciendo por mí.

—Eres una *femme fatale*, Eme —respondí—. Me pregunto a dónde me llevará todo esto si sigo contigo...

—A dónde nos llevará, Gabriel —añadió terminando la frase con un tono sensual y poniendo el índice en la punta de mi nariz—. ¿Sabes una cosa? Necesitas relajarte, vivir el momento y dejarte llevar por lo que nos ha unido... Yo tampoco lo sé, pero me excita pensar que las cosas salen como menos una lo espera... Así que

ahora, permíteme disfrutar de la vida mundana de una cualquiera y del impulso derrochador que hay en mi sangre. Después, llévame en tu coche bien lejos a un restaurante junto a la playa, a comer langosta y beber champaña, ¿quieres?

—Tú ganas, *lady* —contesté sin más interés que el de ver cómo en unas horas toda la efusividad habría pasado.

Comenzaba a aburrirme de ella y de toda esa historia. Lo nuestro no iba a ninguna parte.

Los demonios me rebanaban los sesos pensando en Blanca, mancillando el lecho conyugal con un madrileño más guapo y con más dinero.

Lo reconozco: era de los que se hartaban de las relaciones con rapidez, por muy breves que fueran. Cuanto más intensas eran, peor lo pasaba.

Eme era una mujer muy bonita, con un cuerpo escultural y una finura que pocas mujeres tenían. De ella, me atraía todo menos su forma de ser, que colisionaba con mi particular visión de la vida y del cariño. Lo último que necesitaba era perderme en un laberinto emocional con alguien que me usaba como un amante cuando se encendía, y como un criado cuando necesitaba ayuda.

Tomé el pulso de la situación y di una vuelta por la planta ganando espacio. Encontrarme allí entre tanta gente, me ayudó a aclarar las ideas. Si Eme había contactado con la policía, lo más inteligente habría sido marcharse de la ciudad.

Me temblaban las manos. Tenía que poner punto y final a eso, decírselo abiertamente.

Como mujer madura, lo entendería.

Tan pronto como hubiésemos terminado con todo, a la mañana siguiente, cogería el coche y me largaría a Madrid.

Entre pantalones vaqueros y polos de Ralph Lauren, fui testigo de algo de lo más insólito.

A escasos metros, Jake Montgomery cruzaba el pasillo acompañado de un hombre mulato, más corpulento que él y vestido de forma casual con camisa y pantalones de pinzas. El

acompañante se detuvo frente a la entrada de los mostradores que había tras el estand de una famosa marca inglesa y Montgomery entró en el pasillo. Me escondí entre los trajes de oficinistas para evitar que el mulato me viese. Dio un barrido con la mirada y se quedó alrededor de la entrada, fingiendo buscar una camiseta de su talla. Segundos más tarde, con paso decidido y sin mirar a su alrededor, Eme cruzó la entrada de los probadores. No podía creer que fuese una casualidad, y mucho menos que estuviera disfrutando de un calentón con el sudafricano.

Por un momento, diferentes emociones cruzaron mis órganos. Me sentí traicionado a la vez que humillado. Todos se habían reído en mi cara, pero ella la que más. Cargado de furia e impotencia, di varios pasos hacia la entrada. Montgomery me sorprendió cuando abandonaba los probadores. Tenía el cabello intacto, como si apenas se hubiese movido. Se detuvo ante mí y me pegó un barrido con la mirada. Su presencia era imponente y su altura superior a la mía. Con desaire, llamó a su acompañante y abandonaron la planta. Después, salió Eme. Nada más verla, me acerqué a ella y la agarré del brazo.

—¿Qué estás haciendo, Gabriel? —Preguntó molesta—. ¡Me haces daño!

—Ven aquí, embustera... —susurré entre dientes arrastrándola hasta otro estand de ropa donde no había nadie—. Acabo de ver cómo te reunías con el sudafricano. ¡Me has mentido de nuevo!

—Suéltame y te lo explicaré —contestó intentando deshacerse de mí—, pero no aquí, Gabriel...

Entonces, su rostro se congeló como si hubiese visto un espíritu.

—Empiezas a hartarme —respondí vehemente—. ¿Qué cojones te pasa ahora?

No respondió y sentí la tensión en su brazo. Se agarró a mí con fuerza y tiró de mi cuerpo hacia las escaleras.

—Camina, Gabriel, camina... —dijo angustiada—. Camina rápido y no mires atrás.

Demasiado tarde. Un hombre con bigote, estatura media y mirada fría, nos observaba sin pestañear al final del pasillo. De pronto, echó a andar hacia nosotros sin ninguna prisa. Eme tiró de mi brazo. Era él, el hombre que había asesinado a Jonás. La policía se había equivocado de persona.

Yo estaba en lo cierto.

Sin embargo, no era el momento de hacer preguntas ni de buscar culpables, sino más bien de huir.

Bajamos por las escaleras mecánicas irrumpiendo con empujones a las otras personas. Caminamos con paso ligero para evitar llamar la atención de los guardias de seguridad. Cuando llegamos a la segunda planta, miré atrás y había desaparecido.

—¿Estás segura de que es él? —Pregunté ansioso—. No nos sigue nadie.

—Deja de hablar y camina, Gabriel —respondió Eme sin mirarme a los ojos. Quería salir de allí y desaparecer. Podía sentir el miedo en su mirada—. ¡Joder! ¡El puto coche está en ese aparcamiento!

—¡Tranquilízate! ¿Quieres? —Exclamé deteniéndola.

Llegamos a la planta cero y caminamos hasta la salida. De pronto, en uno de los reflejos, pude ver la silueta de ese hombre con aspecto relajado. ¿Cómo diablos había sido más rápido que nosotros?

—Vamos, vamos... —dijo Eme—. Cojamos un taxi, no podemos arriesgarnos.

Pero a la salida, el tránsito de la gente nos impidió llegar con facilidad hasta la otra calle. El hombre se encontraba a metros de distancia e iba desapareciendo entre la multitud. Caminaba sin llamar la atención, como un turista más, mimetizándose entre las cabezas.

Eme se acercó a la carretera. La avenida Maisonnave se encontraba atestada de coches. Un accidente, a la altura de la

perpendicular que bajaba hasta la playa, había formado una hilera estática de vehículos.

—¡Taxi! —Gritó Eme levantando la mano—. ¡Taxi! ¡Aquí!

—¿Estás loca? ¡Estás llamando la atención! —Exclamé, pero ella no me hizo caso. Un taxista se acercó a nosotros y Eme se metió en el vehículo.

—¡Sube! —Dijo.

No tenía sentido, pero así hice. Puede que escondernos allí diese esquinazo a ese tipo.

—Madre del amor hermoso... —dijo el taxista mirando por el espejo retrovisor a Eme—. Esto, me da que nos va a llevar un rato... ¿Les importa si pongo la radio?

Observé la calle desde el interior del coche. Apenas nos desplazábamos unos metros cuando volví a ver de nuevo ese rostro acercándose a nosotros.

—¡Haga algo! ¡Por Dios! —Exclamó enfurecida golpeando el cabezal del asiento.

—¡Oiga, señora! ¡Menos voces! Me cago en la leche...

El hombre se introdujo en la carretera sin importarle el resto de vehículos.

—¡Sal! ¡Eme! ¡Que está aquí! —Bramé.

—¿Qué? ¿Dónde?

El tipo se encontraba frente a mi ventana. Tiró de la manivela y abrió la puerta hacia fuera. Salté contra el lado de la parte trasera, abrí la otra puerta y empujé a Eme para que saliera.

—Pero... ¡Qué cojones! —Gritó el taxista.

Ella abandonó el coche y cayó al suelo. El hombre extendió su brazo y me agarró del mío.

—¡Corre! ¡Eme!

—Estás muerto, hijo de puta —dijo con una voz ronca y fastidiada, posiblemente por el alcohol y los cigarrillos.

—¡Y una mierda! —Contesté y le asesté un puñetazo en el pómulo. Se escuchó un graznido. El taxista dio un viraje brusco y el hombre salió despedido hacia atrás.

—¡Salid del maldito coche! ¡Desgraciados! —Gritó el conductor.

Abandoné el sedán por el otro lado y recogí a Eme, que todavía se encontraba en el asfalto. Subimos por la calle General Lacy hasta que alcanzamos la avenida de la Estación y la plaza de Luceros.

Eme estaba agotada. El trasiego de la huida, el choque de la situación y la falta de alimento, la estaban debilitando. Nos encontrábamos a unos cien metros de la entrada del aparcamiento cuando, a lo lejos, volvimos a ver la silueta del matón. Su paso era más ligero y se cubría el rostro con una mano. Mi golpe había hecho diana.

—Ya queda poco, vamos, Eme... —dije cogiéndola del brazo mientras la gente nos miraba con recelo—. No llames la atención y llegaremos al coche antes de que nos adelante.

Ella miraba y el tipo nos recortaba más y más distancia entre la multitud. Pegué un vistazo a la calle pero resultaba imposible encontrar una patrulla de policía que disuadiera la presencia de aquel tipo. Maldije a cada uno de ellos, pensando en Rojo y en qué demonios estaría haciendo.

Una vez llegamos al aparcamiento, la situación se volvía más difícil. El largo aparcamiento era el lugar idóneo para cometer un crimen, pese a la vigilancia de las cámaras. Tan pronto como nos encontramos en el subterráneo, le dije a Eme que corriera todo lo que supiera hasta llegar al vehículo. Por suerte, tener un coche exclusivo nos ayudó a encontrarlo con facilidad. Ella saltó en el asiento del copiloto, lo puse en marcha y arranqué.

—Vamos, vamos, vamos, Gabriel —repetía—. Por el amor de Dios, vámonos de aquí bien lejos...

—Tranquila, ya estamos en el coche, solo tenemos que salir de aquí y...

No llegué a terminar la frase cuando vi los faros de un Audi A3 de color negro al final del pasillo. Di un ligero acelerón y pité a los que intentaban salir, sorteando el morro de sus vehículos. Alguien me insultó desde la ventanilla. El Audi se acercó a nosotros hasta colocarse a varios metros de distancia.

—Mierda, el tique —dije—. ¿Tienes el tique?

—¿Qué tique? —Preguntó.

—¡Joder, Eme! —Contesté—. ¡Pareces nueva!

Eme se comportaba como si hubiese llegado al mundo ese mismo día.

Habíamos olvidado pagar el aparcamiento. Necesitábamos el tique de pago para poder abrir la barrera automática de seguridad.

Sin pensarlo demasiado, arriesgué y aproveché la salida de otro conductor para pegarme a él antes de que la barrera bajara de nuevo. Debido a mi infracción, un trabajador del aparcamiento me gritó desde un altavoz. El Audi negro se quedó atrás por unos instantes. Subimos la rampa de salida y nos introdujimos de nuevo en la avenida. El tráfico era incesante y no parecía haber mejorado en ese lapso de tiempo.

—Si vamos al apartamento, nos seguirá —dijo Eme—. Piensa en algo, Gabriel. Tú eres de aquí.

—¡No puedo pensar si no te callas! —Grité. Eme se tragó sus palabras. El león se había comido al tigre—. Lo siento, esta situación me supera y ese cabrón nos está siguiendo...

—Tienes razón, pero no hay tiempo que perder...

Lo más inteligente sería bajar hasta la costa con el riesgo de que el atasco producido por el accidente siguiera igual. Tomar la subida hasta el castillo, no haría más que ponérselo fácil a nuestro amigo. Por supuesto, di por hecho que nuestros amigos, los agentes de seguridad vial, no harían más que obstaculizar el éxito de nuestra misión.

Bajé por la Rambla a toda velocidad, saltándome los semáforos y esquivando autobuses y viandantes que se cruzaban por delante. Una sirena de policía sonó a lo lejos. El coche negro seguía pegado a nuestro trasero. Giramos y nos introdujimos por varias callejuelas hasta llegar a Canalejas. Tomé la rotonda y me incorporé a la larga vía que recorría la costa, el puerto y nos llevaría hasta San Juan. Pisé el acelerador y corrí, corrí cuanto pude, saltándome los límites y poniendo el vehículo a una velocidad de infarto casi difícil de

pilotar. Eme se agarraba a la puerta y su rostro desecanjado parecía rezar todo lo que sabía.

Apreté los dientes y miré por espejo retrovisor. Ese desgraciado nos estaba pisando los talones. Cruzamos la playa del Postiguet solos en la carretera. Los motores rugían como animales desbocados. El Audi se encontraba a escasos centímetros.

—¡Lo tenemos detrás! —Gritó Eme asustada—. ¡Haz algo, Gabriel!

Me desplacé hacia la derecha y después a la izquierda. El muy cretino intentaba hacerme perder el control. Sentí un fuerte cosquilleo en la parte baja de las nalgas provocado por la adrenalina, la velocidad y el fuerte zumbido del coche. Jamás lo había puesto a tanta velocidad y un solo fallo nos llevaría al desastre.

Dejamos atrás la ciudad y seguimos por la avenida de Villajoyosa, con la montaña a un lado y el mar al otro. La carretera de dos carriles se volvía más estrecha y las ligeras curvas me hacían perder estabilidad. Temí lo peor, sabía que al final del trayecto se encontraba una rotonda y una curva muy peligrosa. Las posibilidades de salir vivo del cruce eran mínimas. Los accidentes registrados en el área eran los más altos de la ciudad. Apreté las manos al volante cuando sentimos un ligero golpe en la parte trasera. Di un viraje y perdí estabilidad. Eme soltó un grito desgarrado. Las órbitas de sus ojos estaban a punto de explotar. Volví a pisar el turbo y apreté las mandíbulas pensando en todo y a la vez en nada. Una mano salió de la ventanilla del coche con una pistola apuntando a nuestro vehículo.

—¡Púdrete en el infierno, hijo de perra! —dije en voz alta. Eme me miró y mi corazón se detuvo por un instante. Los recuerdos se vuelven difusos cuando la adrenalina supera los índices normales y la tensión arterial se dispara. Aceptar la muerte como final. Mi cerebro analizó las probabilidades de salir con vida de aquella. Eran mínimas, pero nada me detendría. Pisé hasta el fondo sujetando el volante con las ruedas rectas. Atravesamos la rotonda sin bajar la

velocidad, dos coches colisionaron en el cruce, después tiré del freno de mano y derrapé quemando los neumáticos hasta salirme del asfalto. Eme gritaba sin cese como si la capa de ozono hubiese desaparecido. Cuestión de segundos que sucedieron como horas en mi memoria. Se escuchó una gran colisión metálica, ruido de frenos y un fuerte derrape tras nuestras cabezas. El Audi salió disparado, totalmente fuera de control, contra la fachada de un bloque edificios. Recobré la lucidez y puse primera, quemando la caja de cambios y lanzando el vehículo hacia la avenida de la Condomina. La gente de la playa corría despavorida hacia el lugar del accidente. Los coches se amontonaban, las sirenas llegaban desde diferentes localizaciones. Debíamos salir de allí, darles esquinazo a todos de una maldita vez antes de que llegara la policía. Pensé en aquel hombre. Temí por su vida aunque algo en mi interior me decía que ese sanguinario no era de cartón piedra.

Miré por el espejo retrovisor una sola vez.

Lo que acababa de suceder, no lo olvidaría jamás.

Eme lloraba en silencio, asustada o llena de felicidad. Preferí no hacer preguntas y mantuve la boca cerrada el resto del viaje. Ella puso su delicada mano sobre la mía, en la palanca de cambios.

Se sentía segura a mi lado.

Aquel episodio nos uniría para el resto de nuestras vidas.

Cuando llegamos al apartamento, Eme me sugirió que guardara el coche en el interior de un garaje privado que pertenecía a la vivienda. Era una cochera con forma de almacén y persiana metálica. Solo los mirones sabrían dónde se encontraba, pero para entonces, ya me habría largado de allí.

Caminamos un trecho por la costa hasta que dimos con una cafetería mundana. El bar estaba hasta los topes de gente que terminaba su comida y pedía el café. Miré el reloj, las gotas de sudor me caían por la frente. Eran las cuatro y media de la tarde y tenía el

estómago vacío. Las piernas comenzaban a flaquear. Demasiadas emociones acumuladas en muy poco tiempo.

—Creo que te debo una explicación —dijo Eme dando un sorbo a un vaso de vino blanco. Se había cambiado de ropa. Llevaba unos pantalones cortos de color crema y una camisa larga sin mangas y sandalias. Por uno de los costados podía ver la parte superior del biquini. Allí, pensé que pasaríamos desapercibidos entre la multitud. Tras el accidente, la policía no tardaría en buscarnos.

Di un trago a una caña de cerveza helada que bajó por mi garganta como un elixir de la vida.

—Me debes varias —respondí con indiferencia—. Tampoco estaría de más que soltaras alguna verdad por esa boquita de vez en cuando...

Ya no importaba, lo que salpicara a Eme y su pasado, no me incumbía. Estaba harto, agotado y exprimido como un cítrico.

—Todo lo que te he contado hasta ahora es cierto, Gabriel —dijo cogiendo una aceituna—. En los negocios, si quieres que algo salga bien, no se lo cuentes a nadie.

—Creo que tenemos que poner punto y final a esto... —respondí—. No puedes confiar en mí, mientras yo me juego el pellejo salvándote la vida. No es justo, en absoluto.

—Espero que entiendas que el asunto de Montgomery es lo suficientemente importante como para involucrarte.

—¿Estás de coña?

—No.

Me puse firme en la silla y la señalé con el dedo.

—Hace una hora, un hombre presuntamente desconocido para ti, ha intentado volarnos la cabeza y sacarnos de la carretera —contesté—. No sé a qué cojones te dedicas, ni me importa. Me hablas de confianza y respeto, y eres la primera que me vendería a tu peor enemigo. ¿A qué coño juegas, Eme?

Ella se echó las manos a la cabeza y puso los codos sobre la mesa.

—No lo entiendes, ¿verdad? —Preguntó desesperada—. Te estoy protegiendo. Si te involucro en esto, Montgomery te buscará e irá a por ti.

—¿De qué estás hablando? —Dije confundido—. ¿Es él quién te ha enviado a ese sicario?

—No, no lo sé —dijo sofocada—. No tengo ni idea. Pero si no ha sido él, no tardará en hacerlo.

—Dime la verdad por una vez en tu vida... ¡Joder!

—Si te relacionan conmigo, te encontrarán en unas semanas —explicó—. Siento ser yo quien te lo diga, y espero que no me juzgues de nuevo... Con estos documentos seré capaz de chantajearlo para que me dé hasta el último céntimo del trato. Después, filtraremos parte de la información a los medios sudafricanos y nos lo quitaremos de encima. Montgomery no es de fiar y posiblemente nos traicione, así que mejor que lo haga desde prisión. Los abogados no le dejarán hablar en público y cuando lo haga, nadie querrá escucharle. En los negocios, Gabriel, cuando no puedes confiar en alguien, lo mejor es que te deshagas de él.

—Eso sucede en los negocios que tú haces —respondí decepcionado—. Pertenece a mundos distintos.

—Pero no somos tan diferentes, Gabriel —dijo y me cogió de nuevo de la mano—. Sé que he sido egoísta, pero también he tratado de protegerte todo este tiempo de otras cosas que desconoces... No puedes conocerme en un fin de semana, ni siquiera yo lo he logrado en más de treinta años. Soy una mujer complicada, lo sé, pero también sé que eso te ha mantenido junto a mí, ¿verdad?

Tenía razón, aunque no pensaba reconocerlo en su cara.

—Sea lo que haya sido, creo que debemos hacer un paréntesis en todo esto, Eme —expliqué—. Mañana, me marcharé de la ciudad. Tú puedes hacer lo que te plazca, pero tendrás que buscarte a otro que te saque las castañas del fuego... Y sí, eres una mujer magnética, llena de oscuridad, y reconozco que tengo cierta debilidad por esto último, pero eso no es suficiente para mí.

—¿Qué es suficiente para ti, Gabriel? —Preguntó—. ¿Realmente hay algo que te sacie? Lo pongo en duda.

—Sé qué intentas...

—Siempre buscas algo más, te cansas con rapidez de las cosas... —prosiguió—. Cuando conoces a una mujer con la mente ordenada, echas de menos el descontrol de la desquiciada... Vas de aquí para allá, buscando en otras algo que nunca encuentras. ¿Me equivoco?

—Claro que te equivocas.

—¿Por qué sigues aquí, entonces? —Preguntó intrigada—. Y no en Madrid haciendo frente a tu relación.

Eme me estaba provocando. No le faltaba razón, aunque no digería bien que se hablara de mí sobre la mesa.

—Ya te lo he dicho, mañana me marcho —respondí y di otro trago—. Será mejor que dejemos el tema, ¿vale?

—Como quieras, guapo —sentenció con una sonrisa. Me había ganado la ronda, pero no la partida—. Sabía que no tardaría en encontrar tu fragilidad.

—Apúntate un tanto. ¿Cuándo piensan traer la maldita comida?

—No me malinterpretes, Gabriel —dijo acercándose a mí—. No te estoy juzgando, todo lo contrario. Creo que somos almas casi gemelas. Ya que va a ser nuestra última velada, disfrutemos como si no hubiese mañana.

Y así hicimos. Como en una película de Hollywood, Eme se transformó en una actriz ideal de sonrisas y arrumacos que tanto añoraba. El cariño evaporado durante las últimas horas volvió a ella como una bola de fuego a medida que bebimos más y más vino. Terminamos de comer, fuimos a la playa y nos bañamos mientras sobábamos nuestros cuerpos a la vista de todos. Con la sangre alterada, regresamos al apartamento e hicimos el amor hasta tres veces. Tanto ella como yo desatamos la energía acumulada por el estrés de lo ocurrido. Si Eme quería llevarse una postal imaginaria de nuestra aventura, se estaba esmerando por conseguir la mejor foto.

Horas más tarde, vimos la puesta de sol desde el balcón del apartamento con una botella de champán y un cigarrillo en la mano. Parecíamos haberlo olvidado todo y no existía mejor sensación que esa. La brisa del Mediterráneo nos acariciaba la cara. El cálido rostro de Eme descansaba sobre mi hombro.

—Me podría quedar aquí para siempre —susurró con voz acaramelada—. Así, junto a ti.

Habíamos hablado de ello y contestar a su pregunta solo reiniciaría la discusión.

—Es una pena que nos hayamos conocido en estas circunstancias —contesté—. Unos años antes, te hubiese seguido hasta las estrellas.

Ella se dio cuenta de que las copas estaban vacías y habíamos terminado con las reservas de champaña. Se despegó de mí, corrió descalza hasta la cocina y preparó dos vasos de whisky con hielo. Una de las particularidades en las que me había fijado desde el principio. De las mujeres que conocía, Eme era una de las pocas que bebía whisky a secas.

Regresó con los vasos y me entregó uno de ellos.

—No dejemos que la nostalgia nos pueda, Gabriel —dijo levantando la copa a modo de brindis—. Mejor que termine así, a que termine con nosotros.

—¡Olé! —respondí y bebí—. Algún día tomaré esa frase prestada.

El sol se escondió, agoté las últimas gotas de mi brebaje y comencé a sentir cómo los músculos del cuerpo se relajaban. Un día completo, el final de unas vacaciones más que improvisadas. Sin oponer resistencia, me dejé llevar por la sensación de placer. Una gran fuerza exterior me arrastró a una nebulosa onírica que, poco a poco, me fue apagando hasta entrar en un profundo sueño.

CAPÍTULO TRECE

Los golpes del exterior me desvelaron. Un agudo martilleo me oprimía las sienes. Di un pequeño grito de dolor y miré alrededor. Estaba solo en el dormitorio. Eme debía de encontrarse en el baño, aunque no escuchaba el agua de la ducha.

Apenas recordaba cómo había terminado la noche. Seguramente, ella me habría arrastrado hasta la cama. El cansancio y el alcohol no eran buenos amigos. Cuando me sentía agotado y bebía, solía perder el control. La fuerte resaca me hizo sentirme como un ser inmundo. Era la última noche y esperaba no haberla arruinado.

Pegué un barrido con la mirada. Me costaba respirar con normalidad. La habitación estaba recogida, así que pensé que Eme se estaría preparando para salir del apartamento. A ninguno de los dos nos interesaba quedarnos allí por mucho tiempo. Ella tenía más que esconder y Alicante era una ciudad que no sabía guardar secretos.

Traté de incorporarme en la cama, cuando un fuerte golpe arrastró mi cabeza hacia la almohada.

Segundos después, escuché un fuerte estruendo procedente del exterior, seguido de pasos ligeros y cargamento pesado. Sin tiempo a reaccionar, cinco agentes de la policía me apuntaban con sus armas.

—¡No se mueva! ¡Las manos en la cabeza! ¡Al suelo! —Gritaban a ráfagas. Tenía la tensión baja y me sentía algo mareado.

—¿Qué pasa?

Un hombre cruzó el pasillo y se detuvo frente a la puerta. Era delgado, con el pelo canoso y oscuro y un bigote fino que le cubría medio labio.

—¿Dónde está ella? —Preguntó el policía—. ¡La mujer!

—Y yo qué coño sé... —respondí mirando la escena como si no fuese conmigo. Tardé varios minutos en entender las cosas—. ¿Me van a explicar qué es todo esto?

—¡Las putas manos en la cabeza! ¡Te reviento la cara! —Gritó un policía armado—. ¡Qué cojones te pasa!

—¡El piso está despejado! —Exclamó otro—. ¿Dónde hostias se encuentra?

Un agente entró en el apartamento y se dirigió al hombre del bigote.

—Hemos encontrado el Porsche Boxster rojo en la cochera —comentó—. Es el mismo que habían visto los vecinos.

El tipo del bigote sonrió y me dirigió una mirada de victoria.

—¿Es usted propietario de ese vehículo? —Preguntó.

—¡Menuda furcia! —bramé enfurecido al darme cuenta de lo ocurrido—. Puedo explicarlo todo...

—Ya lo creo que lo hará —respondió y se dirigió al grupo—. Detenedlo y llevadlo a comisaría. Un par de noches en el calabozo y cantará todo lo que sepa.

CAPÍTULO CATORCE

Abandonado como a un perro, así me había dejado Eme a manos del infortunio. Sin demasiada preocupación, los policías permitieron que me pusiera algo de ropa vista mi ausencia de peligrosidad. Con las esposas en las muñecas, fui arrastrado hasta un furgón que me llevó a la comisaría de Alicante. Dentro del vehículo, bajo la supervisión de dos hombres armados que evitarían cualquier estupidez, caí en la razón de que Eme, sucia y rastrera, se había deshecho de mí una vez más. Lo que deduje como una aparente resaca, interpreté como la última bebida que sirvió. Me había narcotizado, si no, no tenía sentido que hubiese dormido sin escuchar sus pasos. Ella habría abandonado el apartamento horas antes, dejándome allí como pastel de bienvenida cuando llegaran las fuerzas del Estado. Sabía que ocurriría en menos de 24 horas. Ella siempre iba un paso por delante de todos. Allí sentado, comprobé que la situación se complicaba, ya no por la presunta relación que tuviera con esa desconocida mujer, sino por el accidente causado el día anterior. Desconocía si aquel hombre habría muerto, o si algún ciudadano habría sufrido los daños colaterales de nuestra imprudencia. Para variar, estaba de mierda hasta el cogote, habiéndome saltado las reglas desde el principio y sin tener a mi ángel de la guarda cubriéndome las espaldas. Pensé en hacer una llamada aunque desconocía mis derechos y solo lo había visto en las películas. Realmente, muy poca gente sabe qué tipo de derechos tenemos cuando nos detienen, si es que los tenemos. Recurrir a Blanca hubiese sido el colmo de la historia, así

que decidí guardar la poca dignidad que me quedaba para más tarde.

El lado positivo era que no pisaba los calabozos por primera vez, pues ya lo había hecho anteriormente. No obstante, por una vez en la vida, sentí miedo, temor a perderlo todo cuando las cosas iban medianamente bien. Los policías me llevaron a una sala con una mesa de madera, similar a la de las escuelas, un par de sillas y una botella de agua. Me sentaron y me ofrecieron un vaso. Minutos más tarde apareció el hombre del bigote fino, a quien interpreté como a un inspector. El hombre dejó un informe sobre la mesa y se sentó en la otra silla, a escasos centímetros de mí. Parecía amigable y eso me producía más angustia.

—Gabriel Caballero, periodista, juntaletras y buscavidas... —dijo echando un vistazo al resumen de mi ficha—. Parece que no es la primera vez que pasa por el cuartelillo. ¿Acaso le gusta esto?

—Ya le he dicho que se lo puedo explicar, inspector...

—Ortuño —contestó—. ¿Qué hacía en ese apartamento?

—Lo primero de todo —expliqué bebiéndome el agua de un trago. El narcótico me había dejado seco—, he sido víctima de un engaño. Le ruego que deje explicarme...

—Ya, eso dicen todos —rechistó—. Venga, coño, aligere... ¿Con quién estaba?

—Con una mujer —respondí—. El apartamento era suyo.

—Tendrá que darme más detalles —dijo algo tenso. Parecía desesperarse por momentos—. Ese apartamento no está a nombre de ninguna mujer.

—Su nombre es Eme —dije abriendo las manos con la intención de que ese hombre tuviera algo de misericordia conmigo—. Puede contrastarlo. Estuvimos en el palacio del ayuntamiento, la noche de la *cremà*.

—La misma noche del asalto a ese hombre, ¿es así?

—¡Eso es! —Exclamé de euforia dando un pequeño salto de la silla.

—Relájese... —dijo con voz monótona—. No existe ningún registro de ninguna Eme en el palacio.

—¿Me está tomando el pelo? —Pregunté incrédulo—. Existen fotos del acto, yo mismo las vi.

—Pues dígame dónde se encuentran y terminemos con esto de una jodida vez —dijo con un tono menos amigable—. ¿Qué le parece?

Caí en la cuenta de que las fotos de Pacheco se encontraban en el ordenador de Eme que, casualmente, había desaparecido con ella. Jamás me perdonaría un error así.

—Llame a un tal Montgomery... —dije haciendo esfuerzos bárbaros en recordar su apellido—. Es sudafricano, se encontraba también allí.

—Me temo que tampoco hay registro de ningún Montgomery... —dijo y se acercó a mí—. ¿A qué juega, Caballero? Por lo que he entendido, es un tipo inteligente y, sin embargo, tengo la sensación de que me está haciendo perder el tiempo...

—Es lo último que desearía.

—Pues no lo haga —contestó. Observé la yugular hinchársele en el cuello—. Es lo que más odio en esta vida.

—Le prometo que no tengo nada que ver de lo que sea que me acusen... —dije como un niño a punto de llorar—. He sido víctima de una mujer que ha jugado conmigo todo este tiempo. No es a mí a quién buscan, es a ella y a ese matón.

El malestar del cuerpo y la ansiedad del momento me estaban llevando al peor de los escenarios. Solo faltaba que alguien me grabara con un teléfono y lo publicase en internet.

Los policías que se encontraban en la puerta no pudieron aguantar una pequeña risa.

—No se ponga a llorar ahora, hombre —contestó el inspector—. A ver si le tengo que contar a mi mujer, que es lectora suya, sobre el lado sensible del escritor... ¿Quién ese esa persona a la que menciona?

—¿El matón?

—Sí —dijo con gesto interesado.

—Creo que es el hombre que cometió el crimen del palacio, la noche de la *cremà*, cuando nos encontrábamos viendo, ya sabe...

—¡Al grano, cojones!

—Lo identifiqué en una de las fotografías que se habían tomado desde la plaza de abajo —expliqué—. Un hombre de unos cincuenta años, delgado y con algo de tripa, cabello corto, moreno con canas, y de estilo clásico... Estatura media, semblante frío y bigote frondoso... como el de esos generales prusianos.

El inspector miró a sus hombres. Era la primera vez que escuchaban la descripción de un hombre así.

—No se lo estará inventando, ¿verdad? —Preguntó levantándome el pulgar—. De ser así, se estaría metiendo en un buen lío.

—En absoluto, se lo juro.

—A mí no me jure milongas —contestó—. Se lo advierto.

—Ayer lo encontramos en El Corte Inglés de Maissonave. Nos siguió desde allí hasta el aparcamiento y no le dimos esquinazo hasta la rotonda de la playa de la Albufera...

—¿De dónde obtuvo esas fotos? —Preguntó sospechando de mi palabra.

—Es una larga historia... —respondí—. Toda la información está en el ordenador portátil de esa mujer.

El inspector me asestó un sopapo en la cara que sonó como el aleteo de un pescado asfixiado. Sentí un fuerte picor en el rostro y un ligero dolor que se acrecentaba por segundos.

—Lo siento... —dijo el inspector. Los policías se reían a su espalda—. Ya se lo he dicho. Me pone nervioso escuchar tanta verborrea sin decir nada, así que sea más conciso y empiece a contarme la verdad de una maldita vez... ¡Que no tengo todo el jodido día!

He de reconocer que el golpe me cortó el habla y me pausó el sistema cognitivo. No lo esperaba en absoluto. La paciencia de Ortuño se había terminado y mis explicaciones, por muy verídicas

que fueran, resultaban tan poco creíbles como la simpatía del inspector.

—Es todo lo que le puedo decir, inspector... —contesté con el rostro dolorido y algo inflamado. La cara me ardía y las esposas me hacían daño al moverme—. Busquen a esas personas y tendrán todo lo que necesitan. Yo solo quiero colaborar...

—Por favor, lleváoslo de mi vista —dijo con un ademán de mano a los otros dos policías—, antes de que le suelte otro guantazo... Hacedme el favor, este charlatán es uno auténtico derrochador de segundos.

Los hombres me levantaron de la silla y me cogieron de los brazos. Guardé silencio y vi cómo el inspector Ortuño abandonaba la sala sin dirigirme la mirada. Parecía cabreado, como si le hubiese decepcionado. Por una vez, estaba dispuesto a colaborar con ellos con tal de que Eme ocupara mi lugar.

—Venga, escritor, tira... —dijo uno apretándome el bíceps—. ¿Tú qué escribes? ¿Libros?

El otro policía se adelantó a mi respuesta cuando nos metimos en el pasillo.

—Yo te he visto en la tele, claro que sí... —dijo el otro, cortado por el mismo patrón de simpleza—. Pues ahí abajo, te va a dar para otra novela.

—Ya te digo, lo que no pase aquí —respondió el primero y me sentí como una red de tenis entre dos tubérculos—. Oye, que a lo mejor me pongo a escribir un libro yo, de esos de policías...

—¡Anda, calla! —Exclamó el compañero con una sonrisa cuando bajábamos los peldaños hacia los calabozos—. ¡Que tú no sabes escribir!

—No me jodas, Felipe...

—Siempre hay tiempo para ponerse a ello —respondí participando en la conversación con algo de brillo.

Los dos agentes me miraron desdeñosos y nos detuvimos ante una celda vacía.

—Pues tira *pa' dentro*, espabilado —dijo el aspirante a escritor—, que ahí vas a tener tiempo de sobra.

—¿Y la llamada? —Pregunté antes de cruzar el umbral del zulo—. ¡Tengo derecho a una llamada!

La peste a orín me dio en las narices.

El rostro me dolía con un escozor incipiente.

Los dos policías se mofaron en mi cara con otro ataque de risa contenido. Después, abandonaron el lugar.

Lo que había comenzado como unas vacaciones accidentales, empezaba a parecerse a un mal sueño del que no lograba despertar. El futuro de mis días se mostraba más oscuro que el de aquel apestoso agujero.

Harto de escuchar a mis pensamientos en ese habitáculo, me pregunté qué hora sería y cuándo me traerían algo que echarme al estómago. El lugar estaba formado por dos celdas con barrotes metálicos separadas por una pared de cemento. Mi celda se encontraba frente a una cámara de seguridad, y debía de ser la *suite* porque tenía una superficie de acero que servía como banco. La tortura de encontrarme allí no resultaba en el espacio, sino en el más absoluto de los silencios. Tuve suerte de no tener compañía, ya que habría sido peor debido al estado en el que me encontraba.

Escuché unos pasos y los tubos de luz se encendieron. Uno de los agentes que me había llevado horas antes, se acercó a la celda e introdujo la llave.

—¿Me lleva a comer?

—Sí, claro —contestó con voz altiva—. Y después a dar un paseo por el palmeral, no te jode... Han venido a por usted.

—¿Quién?

—Las preguntas, luego —respondió. Parecía molesto por sacarme de allí—. Hay que ver la suerte que tenéis algunos...

Cuando subí las escaleras, encontré la figura paternal de Rojo sentado en una silla de plástico. Su mirada se congeló con un gesto

extraño que no supe interpretar del todo. Alegre o disgustado, se acercó a mí y dijo algo ininteligible a uno de los policías.

—¡Rojo! —Exclamé con una sonrisa que me daba la vuelta a la cara.

Salimos de la comisaría, dejando atrás al tráfico de indocumentados que esperaban para renovarse el pasaporte y a los desalmados que aguantaban en la cola para denunciar a sus vecinos. El ex-oficial me ofreció un Marlboro y se lo acepté como gesto de amabilidad.

—¿Desde cuándo fumas? —Dije y me ofreció el mechero.

—Te lo advertí, Caballero... —respondió desairado. Todo el mundo parecía decepcionado conmigo. Me sentía como un despojo apartado de la sociedad, aunque comenzaba a acostumbrarme después de tantos años—. ¡Maldita sea! ¿En qué mierdas estabas pensando?

Rojo agarró el cigarro que no había llegado a encender y lo tiró al suelo.

—Pensé que podría ayudar a esa mujer... —contesté. Sin saber muy bien por qué, mi intuición me decía que le había fallado a mi amigo—. Tampoco es para que te pongas así...

—Debes empezar a entender —explicó con intenciones de darme una lección—, que tú no estás hecho de esta pasta. ¿Lo pillas? No puedo estar siempre salvándote el culo, no.

—Lo siento —dije arrepentido—. Esta vez, se nos fue de las manos. Este viaje ha sido todo un error...

—Bueno, a lo hecho, pecho... Y punto pelota.

—¿Ha sido ese inspector? —Pregunté.

—Has tenido suerte... —respondió dándome un golpe en el hombro—. Ortuño es inspector y jefe del Grupo de Estupefacientes de la brigada provincial. Un buen amigo, pero los favores se pagan.

—Para ser tu amigo —comenté—, se ha quedado a gusto dándome un buen bofetón...

—Te habrás pasado de listo, como siempre —dijo—. ¿Tienes hambre?

—¿Desde cuándo eso te importa? —Pregunté con sarcasmo.

—Desde que eres tú quien paga.

—Todavía estoy a tiempo de volver al calabozo...

—Invítame a comer y no seas rastrero, Caballero, que te ha tocado un ángel —renegó displicente—. Anda, vamos al Jumillano ese, que el otro día me quedé con las ganas.

Me sorprendió el interés que Rojo tenía por sentarse en una mesa conmigo, pero no iba a declinar una propuesta así.

Abandonamos las escaleras de la entrada cuando vi mi amado vehículo de color rojo pasión aparcado al final de la calle.

—Oye, ¿qué pasa con mi coche?

Lo había olvidado por completo.

Rojo sacó las llaves de su bolsillo y me mostró el llavero de la escudería alemana.

—El coche se queda a mi cargo —dijo colocándose las gafas de sol y sonriendo—. Por lo menos, hasta que pagues la cuenta.

No había un alma bajo el techo del Jumillano. Uno de los camareros cortaba el jamón de una pata sin cese, llenando los platos como si su vida dependiera de ello. Y así era. La clientela que frecuentaba aquel restaurante era castiza, tradicional y convencida de que lo local era siempre mejor. Uno de esos lugares en el que la innovación y el minimalismo culinario no estaban hechos para los estómagos de sus clientes. Una pareja dejó libre una mesa que no tardamos en ocupar. El camarero nos llevó hasta el final del local y nos invitó a quedarnos bajo una gran fotografía en blanco y negro de un torero. Pedimos una botella de tinto de Ramón Bilbao y un plato de jamón ibérico y otro de queso curado para abrir el apetito. Con la excusa de que yo pagaría la cuenta, Rojo parecía predispuesto a ir desde los entrantes hasta los licores, enzarzándonos en una gesta estomacal que ni la sal de frutas solucionaría después. Lo noté relajado en su forma de hablar y tenso en los movimientos. Parecía cansado, como si hubiese

terminado de trabajar a deshoras la noche anterior. Supuse que, a medida que el vino corriera por sus venas, comenzaría a contarme aquello que guardaba en su alma, así que me arranqué a hablar sobre mí, mis vaivenes con la vida y el embrollo en el que me había envuelto sin desearlo.

—Te pierden unas piernas, Caballero —respondió hinchando el diente a un triángulo de queso—. Es tu vida y puedes hacer lo que te salga de las narices aunque, bajo mi juicio, creo que la estás cagando hasta el fondo...

—¡Ahí estamos! Ese es el apoyo que necesitaba, hombre —dije molesto—. Si lo dices por Blanca, no es que ella esté ayudando tampoco... Creo que ambos tenemos miedo a decirlo en voz alta.

—¿El qué?

—Que lo nuestro ha terminado —respondí—. No solo se trata de asumirlo, sino de decirlo en voz alta frente al otro. Después de eso, ya no hay vuelta atrás.

—Te entiendo... —contestó mirándome con el codo clavado en la mesa—. ¿No había otra candidata por ahí? Esa mujer te ha llevado como un perro faldero.

—No me fastidies, Rojo, que ya tengo bastante en el plato.

—Te digo lo que veo —comentó—, y lo que veo es que casi terminas en un follón de campeonato. Asímelo, Caballero, has hecho un poco el pelele.

Odiaba que me llamaran así.

—Tal vez tengas, razón.

—¡Bah! No te lo tomes muy en serio... —contestó dando un trago a la copa de vino—. Todos pasamos por ahí, un día somos nosotros los cabrones, otro día son ellas... Las relaciones de pareja son como un número de equilibrista. Si las dos partes no ponen de sí, al final todo se va por propio peso a hacia un lado y termina jodiéndose todo... Lo que pasa es que nos gusta señalar con el dedo al otro, y decirle lo mal que lo ha hecho... Lo llevamos en la sangre, eso es muy de aquí... Me gustaba esa chica, tenía ovarios

para ir detrás de las historias, pero ya ves que todo tiene un principio y un final en esta vida...

—Coño, Rojo —interrumpí—. No sabía que te ibas a poner tan filosófico con una copa de vino, con lo que tú has sido.

—Cierra el pico, anda —dijo sonriendo—. ¿Ahora qué?

—No lo sé —dije y fue lo primero auténtico que salió por mi boca tras haber dejado la celda.

De pronto, Rojo se apagó. Me conocía, sabía que, en función de lo que iba a contarme a continuación, sería capaz de cambiar el rumbo de mi destino.

—Te lo advierto, ni te molestes en buscarla —sugirió introduciéndose una aceituna en la boca—. Estuve haciendo los deberes y no hay rastro de esa tipa por ningún sitio, ni del sudafricano, ni del guardaespaldas...

—Insinúas que nos estuvo mintiendo todo el tiempo.

—Escucha, Gabriel... Me temo que la vida de esa mujer corre un grave peligro... —dijo con impotencia—, aunque, a estas alturas, poco podemos hacer. He sido tan incauto...

—¿De qué estás hablando?

Podía ser cierto.

La verdad no siempre resultaba fácil de digerir.

Rojo parecía convencido de sus palabras, pero algo en mi interior me comunicaba que se equivocaba con ella. Eme no era la clase de mujer que hacía las cosas por impulso, o eso era lo que yo deseaba creer, aunque me costase después de la ristra de embustes que me había vendido. Sin embargo, las palabras de mi amigo me hicieron dudar de todo, de mí, de mis actos, de Eme y de Blanca.

Nos había tomado el pelo a todos.

Los ladrillos de mi autoestima se caían despegándose de las paredes.

Continuar indagando me heriría y sería igual de insensato que cavar un hoyo en la bahía con el fin de encontrar petróleo.

Rojo fingió reírse por un instante. Después, su rostro se volvió tenso y frío, tanto que ni el vino lograba enrojecerlo.

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos en el tren?

—Como para olvidarla —respondí—. Me dejaste en un mar de dudas... Aunque tan pronto como salí de la estación, me perdí en mi propio océano.

—Poco he encontrado sobre ella que no supiera ya —explicó acariciando el cuello de la copa de cristal. El camarero retiró los platos y sirvió un solomillo de cerdo con espárragos verdes y una fuente de huevos rotos con patatas y jamón. Cuando se hubo marchado, Rojo recuperó el habla—. Murió asfixiada con una bolsa de plástico. Alguien se encargó de hacerlo. Encontraron fibras en la piel y punciones de aguja, aunque se desconoce si la dosis fue voluntaria o no...

—Vaya, lo siento —contesté.

—Ya te dije que no lo hicieras.

—¿Qué piensas hacer?

—Enterraremos lo que queda en unos días —explicó sin dar demasiados detalles—. Pero esa no es la razón de esta reunión, ya sabes... No estoy haciendo esto para despedir a mi señora, sino para encontrar al hijo de perra que me ha robado el sueño, y creo que he dado con él.

—Te escucho.

—¿Sabes? Estábamos en lo cierto —explicó cortando una pieza de carne y llevándosela a la boca—. ¡Madre del amor hermoso! Menuda bendición este solomillo...

—Sabía que te gustaría, pero no seas tan ruin de dejarme a medias.

Rojo dio un trago y prosiguió.

—¿Recuerdas a Arvid Eettafel, verdad? —Preguntó—. La Hidra de Lerna, que al final, parece que no era el mandamás de esta historia sino otro eslabón de la cadena... El caso es que lo investigué y, mientras desconectaba en el norte, comencé a atar cabos a mi manera, tú ya me entiendes...

—No, no te entiendo —respondí cortando los espárragos—. ¿A qué te refieres?

—Joder, Caballero, pareces nuevo —dijo molesto—. Con lo que obtuvimos de Eettafel hice algunas llamadas y hablé con amigos que trabajaban o se encontraban en contacto con los departamentos de otras ciudades. Después del follón de las drogas, tuve la impresión de que estaba más cerca que nunca de todo el asunto, así que desaparecer era lo mejor que podía hacer. Darme el piro y reunirme con viejos camaradas.

—Que ahora trabajan para su beneficio propio.

—Veo que todavía te funciona la intuición —respondió agarrando la copa—. Así es... Hoy por ti, mañana por mí, y empecé a tejer la tela de araña desde abajo, uno a uno, interrogándoles con métodos pocos convencionales... Ni te imaginas la de mierda que hay en las cloacas, Gabriel.

—Me estás contando que te has recorrido el país sacudiendo a sospechosos, buscando respuestas —comenté—. Veo que te da igual todo.

—Delincuentes —matizó haciendo un inciso—. Eso son. Escoria. Desde camellos y proxenetas a jefes de empresa. Están todos podridos y ninguno sabe a dónde va siempre el resto del dinero.

—A ti siempre te gustó mantener las manos calientes.

—Tengo colegas a los que les gusta todavía más —replicó—. Entre ellos, Ortuño.

—No me sorprende que también esté metido en esto... —dije algo confundido—. ¿Me vas a contar qué demonios pinta Eme en todo esto?

—Mucho y poco —contestó jugando con las migajas del pan—. Siento decirte que le han tendido una trampa mortal. Lo del verano pasado no fue una coincidencia. Estaban operando aquí porque había mercado y porque les gusta el sol más que a nosotros. Por lo que sé, tu amiguita tiene las piernas tan flojas como tú y le seducen los retos.

—No hace falta que lo jures.

—Sus negocios la llevaron hasta una de esas fiestas privadas en las que ricos y mafiosos usan el mismo disfraz —explicó Rojo calculando cada palabra—. Allí conoció a la otra cabeza de la Hidra, con la que poco más tarde tendría un romance.

—Te refieres a la persona que le voló los sesos a Eettafel —añadí concentrado en la explicación—, su superior.

—Digámoslo así —dijo Rojo—. Solo sabemos que estuvieron liados y que ella le robó algo que a él le pertenecía.

No sé por qué, no me sorprendió. Era la marca propia de Eme.

—Unos documentos —respondí.

—¿Cómo lo sabes? —Preguntó intrigado—. ¿Te dijo algo?

—El sudafricano.

—¿Qué? Mierda... —contestó—. ¿Cuándo sucedió eso? ¿Le viste la cara?

Una fuerte sensación de estrés recorrió mi estómago.

—Lo tuve a escasos metros, tío, en varias ocasiones.

—¿Por qué coño no me llamaste?

—¡Lo hice, joder! —Bramé nervioso y alterado. La clientela se giró—. Siempre tienes el puto teléfono desconectado...

—Me cago en todo, Gabriel —respondió dando un golpe en la mesa—. ¿Tienes alguna imagen donde podamos ver su rostro? ¿Alguna maldita forma de reconocerlo?

De nuevo, me maldije dos veces. Las malditas fotos.

—No...

Rojo se echó las manos a la cara como si se lamentara por las acciones del pasado.

—Soy un imbécil, tendría que haberte ayudado —murmuró con las palmas cubriéndole el rostro—. Mierda, mierda... ¡Mierda! Ese hijo de puta se va a marchar de rositas otra vez...

—¿Qué pasa con ella?

Rojo dio un soplido al vacío.

—¿La chica? Olvídate, Caballero —contestó y cambió su lenguaje corporal. Lo que le pasara a la mujer, le importaba lo más mínimo. Era un caso perdido. Rojo levantó la copa y dio un largo

trago. Tuve la sensación de que comenzaba una caída emocional en picado—. Despídete de tu amiguita porque ese finlandés la borrará del mapa, si no lo ha hecho ya, y recuperará lo que es suyo. No será a la primera, ni a la última que mate sin mancharse las manos. ¿Qué esperabas?

La pregunta de Rojo rechinó en mis tímpanos.

Lo más lógico hubiese sido que Eme se encontrara en el aeropuerto de camino a un país lejano. Aquella habría sido la opción fácil y con la que el sicario hubiese dado con Eme en el baño de señoras de la terminal. No obstante, si algo auténtico había conocido de esa mujer era su carácter fortuito, preparado para sorprender a las mentes más ingeniosas en situaciones de riesgo.

Me maldije una vez más, recordando las palabras que le había susurrado a esa mujer antes de besar sus labios de carmín. Una promesa era una promesa y yo me consideraba un hombre palabra. Un sentimiento de orgullo y estupidez brotó de mi pecho.

Dije que la protegería, y así haría hasta el final.

Miré a los ojos del ex-inspector y di un trago profundo de vino.

No podía creerle, no quería hacerlo.

El Ramón Bilbao entró como agua de manantial por mi tráquea. Miré el reloj y no alcanzaba las cuatro de la tarde.

—Se lo prometí, Rojo —dije sin desviar la mirada acordándome en los bonitos ojos de Eme y el embriagador perfume que tanto me encantaba—. La encontraremos con vida y daremos con ese cabrón. Ya lo creo.

Allá donde estuviera, tenía la corazonada de que Eme leyera mis pensamientos desde algún rincón de la ciudad.

Serendipia.

Esa era la palabra.

Solo había una forma de comprobar que tal fenómeno realmente existía.

Por el contrario, por cada segundo que pasábamos en ese restaurante, la suerte se alejaba más de nosotros.

CAPÍTULO QUINCE

Las agujas del reloj de la estación de trenes se movían con más fuerza que nunca. Rojo había insistido que regresara a Madrid y solucionara mis problemas con Blanca. Era lo más sensato que podía hacer, aunque el sentido común no fuese mi fuerte. Pensar en que Eme se encontraba en peligro, pese a todos los problemas que me había causado, me revolvía las entrañas. Quizá fuese un masoca, uno de esos hombres incapaz de empalmarse sin sufrimiento. Conocía a algunos chicos así, dispuestos a entregar su corazón por una chica, dispuestos a pagar por ella con lo que les quedaba de alma.

Pero no solo se trataba de Eme, ni tampoco de la historia en sí. Aquel culebrón de telenovela veraniega me daría el Pulitzer a la mejor historia periodística. Así y todo, ninguna de ellas era la razón por la que seguía sosteniendo un cigarro frente a la terminal de Alicante. Sabía lo mucho que significaba para él todo ello. Encontrar a su mujer lo había acercado al final de uno de los episodios más duros de su vida. Sí, Rojo era la causa. Ayudarle, la forma de devolverle todos los favores que me había brindado hasta el momento. Si daba con Eme, algo hipotéticamente poco probable, seguramente alcanzaríamos a ese desgraciado con bigote. Un enlace nos llevaría a otro y daba por hecho de que Rojo le haría cantar como a un gallo.

Con las llaves de mi vehículo en el poder, tal y como mi amigo me había prometido, terminaba las últimas caladas de un cigarrillo que combustionaba por la brisa marítima que muchos

agradecíamos. Saqué el teléfono del bolsillo y traté de recordar el nombre completo de Eme. Ese maldito chófer lo había mencionado, aunque mis recuerdos se encontraban difusos.

Sin éxito en la búsqueda, traté de pensar como ella, imaginar a dónde habría ido en una situación de tal calibre. A diferencia de los hombres, las mujeres tienen otra forma de pensar, en su mayoría de veces, imprevisible. Muchos de los investigadores que conocía trataban de ponerse en los pies del sexo opuesto pensando como varones, de una forma lineal, lógica y premeditada. Eme era fría en sus acciones y eso la hacía diferente. Tenía que encontrar el balance entre su carácter impulsivo y el don de ir siempre un paso por delante. Miré de nuevo al reloj y marcaba las cinco de la tarde. El tiempo corría, así que no me quedó más opción que guiarme por la intuición, mi fiel consejera.

Me subí al bólide, pisé el acelerador y callejeé por Federico Soto, cruzando el centro hasta alcanzar la calle San Fernando. Ponía atención a cada detalle, cada rostro, cada movimiento de piernas. La ciudad era un hervidero de bellas mujeres de piel bronceada y vestidos imposibles. Aparqué en el subterráneo del puerto y caminé hasta el hotel Amérigo, donde tenía la esperanza de encontrar alguna pista.

Decidido, como si fuese un huésped más, me acerqué a la recepción. Una preciosa joven de pelo oscuro y ojos negros me saludó con una sonrisa.

—Disculpa... —dije con voz suave—. ¿Han limpiado ya la 213?

La chica me miró confundida.

—¿Quién es usted? —Preguntó—. Me temo que no puedo darle esa información, señor.

—Estoy esperando a la señorita Eme... —argumenté—. Me he dejado el teléfono en su habitación.

La chica comprobó algo en la pantalla y frunció el ceño.

—Buen intento —respondió molesta—. La 213 se encuentra disponible. Tal vez desee reservarla y recuperar su móvil...

Saqué un billete de veinte euros del bolsillo y lo puse en el mostrador.

—Quizá así nos entendamos mejor.

—Con veinte euros... —dijo y levantó las cejas. Era todo lo que tenía y no estaba acostumbrado al soborno. La chica me miró como si se tratara de una broma—. Mejor guárdese su dinero y márchese antes de que llame a los de seguridad. ¿Quiere?

—Mira, guapita de cara —dije utilizando mi última carta—. Esa mujer está en grave peligro. Tuvimos un romance y su marido la va a abrir en canal como la encuentre... No seas así y dime cuándo se ha ido y el mundo te lo agradecerá.

De pronto, del ascensor salió el chófer que me había llevado días atrás a la estación.

—Vaya, ¿qué hace usted aquí? —Preguntó acercándose a la recepción—. ¿Sucede algo, Susana?

—Este señor, que me está sobornando con veinte euros.

—Sí que pasan hambre los escritores... —contestó con sorna—. La señora ya no está, si es lo que está buscando.

Me abalancé hacia el tipo y lo agarré del hombro.

—¡Necesito encontrarla! ¡Alguien intenta matarla!

El empleado me apartó con un delicado empujón y me invitó a que me calmara. Miró alrededor y me ofreció gentilmente un cigarrillo como señal para que le acompañara al exterior.

—Susana, si alguien pregunta —explicó—, dile que regreso en diez minutos.

Caminé con el hombre hasta el otro lado del hotel y salimos a un patio que daba a la calle Mayor. Allí, nos fuimos a un rincón y me dio fuego.

—La señorita Gutiérrez-Peura ya no se encuentra en el hotel —dijo exhalando el humo—, aunque todavía está en la ciudad.

—¿Ha salido hace mucho?

—Pasó por aquí por la mañana —respondió—. Solo quería dejar unas indicaciones.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque sé que puedo confiar en ti —dijo con benevolencia—. Ella es una cliente importante de nuestro hotel y lo que hizo por ti, no lo había hecho antes con otros... hombres.

—Te lo agradezco.

—Hace unas horas... —explicó mientras daba nervioso otra calada—. Un hombre adulto con bigote fino y expresión fría ha estado por aquí merodeando y, cómo no, preguntando por ella... como ella había previsto.

—No fastidies... —respondí tenso—. ¿Sabes a dónde ha ido?

—Lo mandé al aeropuerto —dijo el hombre—. Seguí las indicaciones que la señorita nos había dado. Eso fue lo que hice.

—¿Te dijo algo sobre mí?

Me miró con incredulidad, como si no conociera de nada a Eme.

—Veo que te hizo tilín, ¿eh? —Dijo con una sonrisa pícar—. Sabrás donde encontrarla.

—Esa mujer no hace tilín, te arranca las tripas a besos.

El tipo se rio.

—Ahora que lo recuerdo, comentó algo sobre su maleta... —contó como añadido final—. Dijo que la había perdido y que se había quedado sin complementos para estos días...

—¿Eso dijo?

—Textualmente.

Miré al tipo y me regaló un guiño de complicidad.

Le di una ligera palmada en el hombro y las gracias por su información.

Eme había puesto el último señuelo.

Salí disparado hacia la avenida Federico Soto donde se encontraba el segundo edificio de El Corte Inglés. El simpático empleado había sido preciso con las palabras. Me fustigué verbalmente por ser tan despistado y no pensar que Eme habría decidido irse de compras, pero no para comprar vestidos, sino bisutería. Crucé a zancadas el centro de la ciudad por las calles abarrotadas de gente y el agobio

de un calor de verano que no cesaba. Saqué el teléfono y vi que la barra de batería se estaba acercando a su mínimo. No, esta vez me negaba a no poder realizar la llamada que me salvase la vida. Ya había aprendido la lección. Busqué entre mis contactos y pulsé el número del ex-oficial.

—¿Qué pasa? —Preguntó. Debía de ir en coche ya que sonaba como si hablara desde la distancia—. ¿Ya echas de menos tu tierra?

—¡Rojo! —Exclamé—. ¡La he encontrado! ¡Está aquí!

—¿De qué cojones hablas ahora? —Preguntó con un grito—. ¿No estás en ese maldito tren?

—¡No! ¡Eme! ¡No ha abandonado la ciudad!

—Me cago en mis muertos, Caballero —expresó con un gruñido—. ¿Dónde estás?

—Alcanzando El Corte Inglés de Federico Soto.

—¿Qué coño haces ahí? —Preguntó extrañado—. ¿Vas a llevarle flores o qué?

—¡Es una larga historia, maldita sea! —Grité al aparato—. Ahora eso no importa. Te llamaré tan pronto como la encuentre.

Colgué y me eché el teléfono al bolsillo. Atravesé la entrada y me encontré perdido entre empleados vestidos de traje y clientes en busca de algo con lo que vaciar sus billeteras.

A paso ligero, me dirigí hacia las escaleras mecánicas mientras buscaba con la mirada como un ave rapaz: cabellos rubios, cortos, largos, piernas finas, gruesas. Los pasillos llenos de personas buscando libros, videojuegos, perfumes, relojes... Odiaba ese lugar tanto como a mí mismo por haber caído de nuevo en la trampa de aquel juego. Finalmente, llegué a la tercera planta en la que se encontraban las tiendas de bisutería. Al fondo, junto al stand de Swarovski y como un efecto magnético, mis ojos apuntaron a una silueta recta y fina enfundada en un vestido negro con transparencias. La piel tostada y al descubierto combinaba con el dorado cabello que caía sobre sus hombros. Dudé por un instante si se trataba de ella o era un espejismo causado por el estrés. Avancé algunos pasos, recortando la distancia con mis piernas. La mujer

observaba un collar de diamantes que no alcanzaba ver con claridad. Solo un detalle y sería suficiente. Necesitaba ver el rostro de esa mujer, tan solo sus labios, para saber si se trataba de Eme o de una mera imitación ibicenca. Las damas no hablaban, ella hacía gestos con los dedos y el silencio regresaba a la situación. Cuando me encontraba a unos centímetros de su cuerpo, alargué la mano para tocarle el hombro y su rostro se giró.

Esos labios tan difíciles de olvidar.

Rojos como la sangre que hervía bajo mi piel.

La cogí del brazo y ejercí una ligera presión.

No parecía esperarme, a pesar de las señales. Su respiración se contrajo. No supe descifrar si era miedo o excitación.

—Siempre un paso por delante... —murmuré. La vendedora se quedó observando la situación antes de llamar a alguien.

—Gabriel... —dijo sin aliento—. ¿Qué haces aquí?

Ella movió el brazo y decidí soltarla para no llamar la atención. Honestamente, esperaba otra reacción.

—¿Qué te pensabas? —Pregunté desafiante—. ¿Que eras la única con contactos en esta ciudad?

—¿Estás solo? —Curioseó mirándome por encima de los hombros. Introduje la mano en el bolsillo y palpé el teléfono—. Puedo explicártelo, Gabriel...

Miré a la dependienta, le arrebaté el collar a Eme y lo dejé encima del mostrador.

—Lo siento, pero la señorita no creo que compre nada... —afirmé.

Eme no entendía mis actos. Por una vez, estaba tomando el control. Me detuve frente a ella, en medio de la multitud que ignoraba la escena, y le insinué que caminara. Ella se giró y dio un pequeño paso hacia mí.

—Puedo explicártelo todo... —me susurró al oído—. Estaba protegiéndote.

La agarré del brazo y tiré con fuerza. Se escuchó un ligero gemido de dolor.

—¿En el calabozo? —Murmuré—. Has jugado conmigo, Eme... Aunque, para que veas, jugar no equivale a ganar.

—¿A dónde me llevas, Gabriel? —Preguntó asustada. Su voz parecía quebrada por la sorpresa—. No me hagas daño, te lo suplico.

Nos dirigimos hasta las escaleras mecánicas. Eme se encontraba un peldaño más abajo. Yo la sujetaba por los hombros. Si se hubiese girado, me podría haber dado un fuerte golpe en la entrepierna y haber salido corriendo. Pero no lo hizo. Cuando llegamos al final, volví a sujetarla del brazo y procuré hacerle un poco de daño como reprimenda. Ella frunció el ceño y me contestó con una mirada de dolor.

—Escúchame... —dije con voz relajada—. Vas a contármelo todo... Quién eres, para quién trabajas, quién es ese hombre que nos ha seguido estos días y qué relación tienes con Heikki Hämäläinen, Arvid Eettafel, la Hidra de Lerna y su putísima madre, ¿me sigues? Los veranos son para pasarlos en la playa, tomando una cerveza en el chiringuito, y no para ir metido en historias de mafiosos de corta y pega... Me habéis jodido las vacaciones tres años seguidos.

—No sé de qué estás hablando, Gabriel. No me suenan en absoluto esos nombres.

Ejercí más presión sobre su brazo.

—¡Ay! —Exclamó.

—Te crees muy lista... —dije. Ella guardó silencio—. ¿Dónde está tu coche?

—¿Cómo sabes que tengo uno?

—Eres incapaz de subirte a un taxi... —argumenté—. Y mucho menos, a un autobús.

Salimos al exterior e hice un gesto con la mano.

—Está en el aparcamiento subterráneo.

—Dame las llaves —ordené. Ignoró mis palabras en un intento de rebeldía. Tiré del bolso y se lo quité de las manos. Saqué las llaves de un BMW y se lo devolví—. Vamos a dar un paseo.

Subimos hacia la plaza de los Luceros derritiéndonos bajo un sol justiciero que no perdonaba a nadie. Advertí a Eme de que no hiciera ninguna estupidez mientras intentaba tirarle de la lengua. Llegaríamos a su coche y me reuniría con Rojo en algún lugar poco concurrido a cambio de protección. No me sentía bien por cómo la estaba tratando, aunque si me ablandaba, se me escaparía como un felino bravío.

Bajamos las escaleras. Tuve un mal augurio de todo aquello.

—Es aquel, el coche gris —dijo señalando a un vehículo de gran tamaño—. Gabriel, sé que te he fallado, pero te lo voy a explicar todo, de verdad...

—A mí no me tienes que explicar nada, Eme —respondí exhausto—. Si he vuelto, es para protegerte como te prometí. A cambio, tendrás que hacerme un favor.

—¿Qué tipo de favor?

—Harás lo que te pida y responderás a las preguntas que te hagan —expliqué—. Espero que, de una maldita vez, digas la verdad.

Antes de subir al coche, ella se acercó y me acarició las yemas de los dedos. Lo iba a hacer de nuevo, estaba buscando un beso. Puse mi mano sobre su rostro y lo sentí frío como una lápida. De pronto, vi su ojos oscurecer, absortos por el terror.

—No hagas ninguna gilipollez... —dijo una voz grave y castigada procedente de mi espalda. Miré al reflejo de la ventana del coche, pero apenas pude ver su rostro—. O te volaré la tapa de los sesos.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El hombre ordenó que diera dos pasos hacia mi derecha. El aparcamiento se encontraba vacío. Era una hora conflictiva puesto que todo el mundo se encontraba en sus casas o en los mesones. En España, la actividad se paralizaba cuando llegaba la hora de comer. Miré al final del pasillo y vi un resplandor que entraba por la rampa de salida. En la garita no había nadie. Solo las cámaras de seguridad grabarían lo que estaba sucediendo, aunque no parecía importarle demasiado. Sin mover las extremidades, observé a Eme de reojo cómo temblaba de miedo. A pesar de que ese extraño nos apuntara con una pistola, no me sentía acobardado como en otras ocasiones anteriores. Tal vez se debiese a los últimos episodios vacacionales en los que me había envuelto, o de la extenuación acumulada por esos horribles días.

—No dispare, por favor —dijo Eme. Le temblaba la voz. Por primera vez, podía sentir el miedo emanar de su cuerpo—. Se lo suplico, le daré todo el dinero que quiera...

—Cierra el pico —contestó tajante el sicario con tono hostil—. Dame las llaves del coche, venga.

—Las tengo yo... —dije.

—Pues dámelas tú, ya me has oído.

Metí las manos en el bolsillo cuando escuché cómo parecía aproximarse a mí. De pronto, sentí una ligera brisa producida por el movimiento del cuerpo de Eme. Un ligero gemido salió de ella, pero fue apagado al segundo. Como respuesta, un fuerte golpe solapó el momento. Antes de que ella se abalanzara sobre él, el hombre la

agarró del rostro con una fuerte bofetada y la empujó contra el suelo. Se escuchó un grito.

—Serás puta... —dijo el tipo. Cuando fui a reaccionar, sentí un fuerte golpe en las rodilla y después, en la parte lumbar. El hombre me golpeó de forma rápida y precisa—. ¡Esto por lo del taxi! Ahora escuchadme, un paso más y os convierto en salsa de espaguetis.

—Hijo de perra —dije ahogándome en el dolor—. ¿Estás bien, Eme?

Vi su rostro en el oscuro rincón del aparcamiento. El tubo de luz le alumbraba medio rostro. El maquillaje se le había ensuciado en la cara y parte del lápiz de ojos estaba corrido.

—Dinos para quién trabajas y te pagaré el doble —dijo la mujer—, pero no nos hagas daño.

—Cállate ya, coño, qué pesadita eres... —murmuró el hombre pulsando el botón de desbloqueo del mando del vehículo—. Todas las respuestas, a su debido tiempo. No seré yo quién se encargue de dárosas...

—¿Trabajas para la Hidra?

El hombre se acercó al maletero y lo abrió. Observó el tamaño mientras me apuntaba con el arma.

—Tú —dijo dirigiéndose a mí—. Entra, vamos.

—¿Estás loco? —Pregunté—. ¿Qué pretendes?

—Te he dicho que entres, cojones —gruñó.

—Las cámaras lo están grabando todo, te encontrarán tarde o temprano —añadió Eme.

El tipo pareció desquiciarse con los comentarios de ella. Dio dos zancadas y le asestó una patada en las nalgas.

—¡Cállate ya! ¡Joder! —Bramó irritado. Se dirigió a mí y me encañonó la sien—. Venga, tira... Métete dentro de una maldita vez o te juro que te perforo la cabeza de un balazo.

El frío metálico apoyado en la parte trasera de mi calavera. Una sensación extraña, de temor y dolencia al mismo tiempo. La presión del hombre en el arma me hacía un poco de daño. Por otro lado, era lo que menos me preocupaba. En cualquier momento, por error o

decisión propia, podía tirar hacia atrás del percusor y disparar una bala que tardaría milésimas en atravesarme el cráneo.

Respiré hondo, acaté las normas y me introduje tumbado en el maletero del coche. Por suerte, el compartimento era espacioso y tenía la posibilidad de extender las piernas. El hombre cerró de un golpe y apenas pude ver la silueta del rostro, debido al contraluz de los tubos. Decidí esperar a que subieran al vehículo.

Si golpeaba el interior, no tardaría en abrirlo de nuevo y el desenlace podría ser espantoso.

Busqué el teléfono en mi bolsillo y me lo llevé frente al rostro. Pulsé la pantalla y los botones de encendido, pero la maldita batería se había muerto de nuevo. El cuerpo me dolía tras la sacudida. Temí que el daño fuera a mayores a medida que se enfriara la contusión. Palpé el interior en busca de herramientas o líquidos con los que defenderme cuando volviera a abrir el compartimento trasero. Solo tenía un movimiento, debía sorprenderle antes de que él me viese.

Las puertas delanteras se cerraron. No entendía nada de lo que sucedía. De pronto, logré escuchar con más claridad.

—Muy bien... —susurró el tipo con la voz ronca que comenzaba a caracterizarle—. Ahora vas a conducir a dónde yo te diga, ¿entendido?

—No se me da muy bien el volante... —respondió Eme.

—¿Te crees que soy tonto?

—No, en absoluto...

—Te he seguido hasta aquí. Sabré de sobra si sabes conducir o no.

—Desconozco el mapa de la ciudad.

—Mira, maja —replicó—. ¿No ves con lo que te estoy apuntando al estómago o qué?

—Sí, sí... —confirmó—. Estoy nerviosa, por favor, no me haga daño...

—Pues haz lo que te diga y todo irá bien —dijo él—. Eso sí, antes de hacerte la valiente, que sepas que no tengo miedo a morir... ¿Clarito?

—No podía estarlo más —dijo ella. El motor se encendió, comenzamos a movernos.

—Muy bien, ahora vas a salir por esa rampa y girarás a la izquierda cuando te lo indique —dijo el hombre.

El ruido del motor me impedía escuchar con claridad la conversación. Aquel mamarracho nos había secuestrado y estaba utilizando a Eme para salir de allí.

Me pregunté a dónde nos dirigiríamos. Puse atención a los movimientos y a los giros que Eme daba. Lo había visto en muchas películas, aunque no era la clase de tipo que lograba orientarse con esa facilidad. Di un largo soplo, no tenía la menor idea de lo que nos esperaba cuando viese la luz de nuevo. Allí encerrado, me acordé de Rojo, de Blanca, de la vida y de los sueños por cumplir de los que nos arrepentimos con el tiempo. No era el momento para la nostalgia ni la aflicción, pero no podía evitarlo. Me había visto en muchos atolladeros, pero aquel, con diferencia, era el que más aprensión me infundía.

Tras diez minutos allí metido, respirar comenzaba a resultar un ejercicio molesto. El compartimento dejaba pasar el aire, pero mi posición no era la mejor para hinchar los pulmones. Sentí que el tráfico había menguado por lo que, probablemente, nos encontraríamos a las afueras de la ciudad. Eme dio varios virajes hasta que nos metimos en un área de baldosas y caminos pedregosos. En un instante efímero de concentración, escuché las olas de la playa romper contra el varadero. Afiné la intuición y deduje que el coche estaría cerca del barrio de San Gabriel, a la altura de la avenida de Elche, junto al puerto de Alicante. La historia se repetía de nuevo: un puerto, una pistola y un final que no me gustaba nada. De pronto, nos detuvimos y sentí la grava bajo los neumáticos. Escuché el ruido de los motores que desaparecían en la lejanía.

—Chica buena, ahora quédate quieta —dijo el hombre, apagó el motor del coche y sacó las llaves. La puerta se abrió, percibí sus pisadas sobre la tierra y después abrió la otra puerta—. Muy bien, así me gusta, obediente...

—¿Qué nos vas a hacer? —Preguntó Eme, todavía acongojada—. ¿Quién te envía?

Escuché una risa boba, producto de la seguridad que tenía en sí mismo. Los pasos se acercaron a la parte trasera.

—¡Tú! —Exclamó—. ¡Voy a abrir! Como hagas cualquier tontería, te quedas ahí dentro de por vida...

La puerta trasera dejó entrar un destello que me dio de lleno en los ojos. Vi el cielo azul despejado y algunas gaviotas que lo sobrevolaban. Estar tanto tiempo a oscuras me había aturdido. El hombre sacó una brida de plástico blanco y me ató las muñecas. Por primera vez, contemplaba su rostro frío y serio de cerca, con bolsas bajo los ojos y ese bigote propio del posfranquismo. Luego, hizo lo mismo con Eme, sin ningún tipo de delicadeza.

Finalmente, me agarró de una pierna y me sacó al exterior.

Grité de miedo. El golpe contra el suelo amplificó el dolor que ya sentía.

—¡Cabrón! —Bramé de nuevo. El tipo se rio. De rodillas, di un vistazo al paisaje y vi el palmeral a nuestras espaldas. A lo lejos, un camino entre rocas que se alargaba, dando lugar a un desagüe que conectaba con el Mediterráneo. Una pequeña bahía salvaje, de piedras, arenisca y grava. El coche aparcado en el arcén, a escasos metros de las vías del ferrocarril y de la carretera que salía de la ciudad. Nos encontrábamos en una pequeña explanada triangular que terminaba en un muro de rocas. Las playas del Levante español eran un reducto de recuerdos de la Guerra Civil. Muchas de aquellas empalizadas rocosas habrían servido como refugios para las milicias, protegiéndose de los que llegaban en embarcaciones. Era un buen lugar para deshacerse de alguien: la distancia con la carretera impedía ver lo que había bajo la barrera, así como su acceso. Por otro lado, el tránsito del ferrocarril de cercanías que iba

de Alicante a Murcia cada media hora, bloqueaba la vista de los que por allí pasaban y quedaba invisible para los viajeros del vagón.

—Poneos juntos... —ordenó apuntándonos con el arma. Eme se acercó a mí y nuestros cuerpos se rozaron. Fue una sensación agridulce. Sabía que uno de los dos no saldría de allí—. Vaya, si hasta hacéis buena postal.

—Todavía estás a tiempo de rectificar —dijo Eme mirándole a los ojos—. ¿Cuánto quieres? Te pagaré lo que me pidas. Tendrás el dinero mañana en una cuenta internacional.

El tipo sacó un paquete arrugado de Fortuna y se puso un cigarro en la boca.

—Estás perdiendo el tiempo y la energía... —dijo con el tono de un tubo de escape—. Así que haz el favor de callarte de una jodida vez, mujer... que con este sol, se me están calentando la cabeza y las pelotas.

—¡Estás cometiendo un error! ¡Idiota! —Gritó desesperada—. ¡No sabes con quién te metes!

Miré a Eme a los ojos para tranquilizarla.

—No siempre lo puedes conseguir todo... —murmuré—. Esta vez, alguien ha ido un paso por delante de ti.

—Te equivocas, Gabriel... —respondió—. Si dudas y crees que no puedes hacer algo, el mejor remedio es hacerlo y fracasar en ello... A veces, la vida nos responde con una sorpresa.

—¿Y si no lo logras?

—No seas tan pesimista —contestó con una sonrisa—. La próxima vez, tendrías que hacerlo mejor.

—¡Menos cháchara, tórtolos! —Exclamó el hombre con el semblante limpio de emoción alguna.

—¿A qué esperas para disparar? —Pregunté a causa de los nervios.

—Gabriel... —dijo Eme.

—Eme... —contesté, la miré de nuevo a los ojos y nos besamos. Sus labios de color carmín seguían intactos. Sentí, una vez más, el efecto de su piel recorrer mi espina.

En ese momento, un segundo coche entró en el camino, conduciendo por encima de las vías del tren. Eme se despegó y mis ojos se dirigieron al vehículo. El sol me golpeaba en la cara y no podía ver quién se encontraba tras el cristal frontal. Un todoterreno antiguo de color verde pino se detuvo junto al vehículo en el que habíamos viajado.

La espalda de Eme se erigió con rectitud. La inflamación de mis extremidades no era suficiente para sentir un yunque emocional sobre la boca del estómago. Por fin, íbamos a poner cara a quien se encontraba detrás de todo aquello. El rostro de alguien que vería una sola vez.

El hombre salió del coche y no pude expresar más sorpresa al contemplar su rostro. La cara de Eme era la de una figura de porcelana a punto de hacerse añicos. Cientos de preguntas me asaltaron la cabeza como pirañas hambrientas por una porción de masa encefálica.

Pensando en el peor de los finales, jamás hubiese pensado que lo compartiría con él.

Dio varios pasos al frente y se situó junto al hombre del bigote, que daba las últimas caladas a su Fortuna. Después lo tiró al suelo y lo pisoteó hasta apagarlo.

Entonces lo pude ver bien. No había error.

—Aquí los tienes, son todo tuyos... —dijo el hombre con gesto ganador, como si la caza hubiese sido satisfactoria.

—Caballero... ¿Qué estás haciendo aquí?

CAPÍTULO DIECISIETE

Si la situación ya reunía los ingredientes necesarios para convertirse en una película de sobremesa, el desenlace final no podía ser peor. El cansancio acumulado, los golpes y el escozor de las muñecas, no fueron suficientes para que me desatara en un gruñido desesperado.

—¡Rojo! —voceé confundido—. ¿Qué es todo esto?

—¿Qué está pasando, Gabriel? —Preguntó Eme—. ¿Qué broma es esta?

—No es ninguna broma, guapa —dijo el matón.

Rojo se adelantó unos metros y miró al hombre. Se conocían. Ese matón trabajaba para Rojo.

—¡Mierda! ¡La madre que te parió! —Exclamó y dio un puntapié al suelo—. ¡Te has equivocado!

—¿Qué coño dices, Rojo? —Preguntó el hombre con el arma en la mano—. ¡Es él a quién buscas! ¡Ahí lo tienes!

—¿A mí? —Dije en voz alta—. ¿Qué tontería es esa?

—¡Cierra la maldita boca! —Gritó el hombre y me apuntó con la pistola. Algo se desgarró en mi estómago al ver el cañón apuntándome.

—Esto es absurdo... —dijo Rojo—. ¿No ves que tiene pinta de todo menos de mafioso?

—Rojo, no me calientes... —respondió el hombre sin desviar la pistola de mi vista. El corazón me palpitaba a toda velocidad. Había sentido el arma en mi cráneo. Me había librado una vez, pero ese hombre estaba dispuesto a terminar su trabajo—. Hice lo que me

pediste, pregunté, investigué y lo seguí... ¡Este es el cabrón que ordenó matar a tu mujer!

—¿Qué? —Volví a preguntar.

Eme guardaba silencio y continuaba pegada a mi cuerpo.

Rojo caminaba en círculos sobre la grava. Se había movido algo de brisa. Las olas del mar rompían en el espigón con fuerza, salpicando pero sin llegar a tocarnos. El canto de las gaviotas, el ruido de la carretera, el último beso de Eme y la presencia de ese desgraciado lleno de nervios.

—¡No es él! ¡Ginés! —Exclamó de nuevo dirigiéndose al tipo—. ¿Es que no lo entiendes?

—Gabriel, es nuestra oportunidad... —susurró Eme—. Si nos abalanzamos sobre ellos...

—No digas tonterías —murmuré—. Rojo no permitirá que nos pase nada.

—Gabriel, tu amigo nos envió un sicario... —replicó con molestia, por el dolor que producían las bridas—. Me temo que, si no me haces caso, esto no va a terminar como esperas.

—No, Rojo... —dijo el hombre y se acercó a mí.

—Es el momento, Gabriel... —susurró Eme. Una contradicción batallaba en mi cabeza. El hombre se acercaba con el arma para agarrarme. Un movimiento rápido y lo tumbaría. Tenía que sorprenderlo y todo habría terminado. Por el contrario, esa pistola me paralizaba. El hecho de pensar en que todo podía acabar en un segundo, congelaba mis extremidades—. Ahora, Gabriel.

—Quién no lo entiende, eres... —dijo el hombre sin tiempo a terminar la frase. Con las manos atadas, me abalancé sobre su cuerpo como un jugador de rugby. Sin éxito, el hombre me esquivó como un torero para asestarme un golpe con el codo en el centro de la columna vertebral.

—¡Ah! —Grité a pulmón abierto y caí al suelo dándome de bruces contra la grava. Escuché cómo algo crujía en mi espalda y volví a sentir la temible brisa del peso de un brazo—. ¡Hijo de puta!

—¡Míralo! —Gritó y se rio con una fuerte carcajada—. ¡Míralo, Rojo! ¡Este cabrón no descansa! ¡No dejes que el miedo te pueda y termina de una vez o tendré que hacerlo yo!

—¡Ginés! ¡Déjalo!

—Y una mierda, Rojo... —dijo por encima de mi cuerpo. No podía ver más que el montón de arenisca y los pies de aquel tipo. Eme se encontraba a varios metros y Rojo, fuera de mi campo de visión—. Ya no por tu mujer, ni por las esposas de otros... Este hijo de mala madre debe pagar por sus pecados, como todos los anteriores... ¿Sabes? Me he encontrado a muchos como tú a lo largo de mi carrera, y todos lloran como crías de cerdo cuando les llega su San Martín.

—Estás cometiendo un error... —balbuceé y escupí un flemazo con sangre—. Eres incapaz de reconocer que no has sabido hacer tu trabajo...

—Hay que joderse... —contestó—. Contestón hasta el último segundo de su vida.

—¡Dejadlo en paz! —Gritó Eme. Ninguno esperaba una reacción así de ella—. ¡Él solo ha intentado protegerme!

—Tú cállate, fresca —contestó el hombre del bigote—. De ti, me voy a encargar después.

—Por última vez, Ginés... —volvió a repetir Rojo desde alguna parte—. Cálmate y no hagas ninguna tontería, este no es el hombre que buscábamos, no es la Hidra... Todo lo contrario... ¡Él está de nuestro lado!

El hombre vaciló por un instante. Las palabras de Rojo sonaban a certeza pero no a desesperación. Vi cómo sus pies daban un paso atrás, lo que no significaba un buen augurio. Se estaba preparando para dar la estocada.

—Lo siento, Rojo... —explicó con voz relajada—. Tal vez tengas razón, puede que él no sea quién creía, pero llegados a este punto... tengo que finalizar el trabajo. Cometería un error dejándolo con vida.

Quería llorar pero las lágrimas no me salían del cuerpo. Estaba tan cansado que apenas podía conmocionarme. El estrés causado por la situación se manifestó en un temblor de manos insoportable. Me ahogaba, no podía respirar y todo comenzaba a dar vueltas sobre mi cabeza volviéndose más y más oscuro.

—Te lo advierto, Ginés —dijo Rojo—. No seas imbécil, coge el coche y lárgate. Yo me ocuparé de ellos.

—La benevolencia siempre te ha hecho endeble, camarada —dijo el tipo sacando un Fortuna y poniéndoselo en la boca. Lo encendió y me tiró el humo a la nuca—. Soy un hombre de palabra y termino lo que empiezo.

—¡No! —Gritó Eme.

—Adiós, quienquiera que seas —dijo el tipo y quitó el seguro a la pistola.

Siempre había escuchado que la vida pasaba como un carrusel de imágenes antes de pasar al Más Allá. En mi caso, solo pude apreciar el dolor constante del cuerpo, el canto de las gaviotas que buscaban algo que echarse a la boca y la imagen de la grava amarilla y brillante por el sol. Las extremidades dejaron de temblar. No sentí fuerzas ni para orinarme encima y una sensación de tranquilidad me inundó los pulmones.

Se escuchó un fuerte disparo.

Un compacto y ensordecedor zumbido me impedía escuchar nada. Abrí los ojos y moví la cabeza unos centímetros. El sol continuaba picándome sobre la coronilla. Me pregunté cuándo sentiría la sangre correr por mi nuca. Lo había visto antes, lo había visto en televisión, pero allí no había sangre, ni sensación de frío ni un triste sonido. La sombra que me arropaba desapareció de un plumazo. A medida que el pitido menguaba e iba perdiendo sordera, encontré el cuerpo del hombre a escasos metros del mío. Su rostro era lo más parecido al de un animal herido de gravedad. El bigote se torcía, esa brocha frondosa de canas y vello quemado por los cigarrillos. Bajé la vista y

encontré un chorro de sangre que salía del lateral del bíceps a presión. El tipo apretaba los ojos y la mandíbula con extremo estoicismo.

Con cuidado de no perder el equilibrio, alcé la vista y vi a Rojo con el arma empuñada y las piernas en posición. Me había salvado la vida de nuevo. No tenía ni siquiera fuerzas para expresar tal gratitud.

Guardó la pistola, se acercó y me ofreció su brazo para incorporarme. Apenas me hube levantado, di un giro para buscar a Eme, cuando escuchamos un leve gemido. Eme partió las bridas colisionando las muñecas contra la rodilla. Agarró el arma que el matón había dejado en el suelo, la empuñó y sin dudarlo, disparó a quemarropa contra la cabeza del desvalido.

Dos impactos que sonaron como truenos y volaron la tapa de los sesos del hombre contra el suelo. Su rostro quedó inmortalizado con el semblante sufrido, contraído como un acordeón. Para mi sorpresa, Eme parecía haberse convertido en otra persona, en una criatura desconocida. Jamás imaginé que sería capaz de matar a alguien con tal crudeza.

—No tenía miedo a morir —comentó.

Mis temores se confirmaron cuando el cañón de la pistola pasó de apuntar al fiambre para dirigirse a mí.

—Eme... —dije y ella se acercó irguiéndome y encañonándome por la espalda—. ¿Qué haces, Eme?

Se colocó tras mi espalda, me agarró por el cuello y me arrastró varios metros hacia el coche bajo la atenta mirada de Rojo.

—Si te mueves un centímetro —dijo con un tono frío y seguro de sí misma—, te juro que disparo. ¡Tira el arma!

—Esto no tiene por qué terminar mal —dijo Rojo—. Déjalo marchar y no te haremos nada.

—¡Tú no me dices lo que tengo que hacer! ¡Tira el arma al mar!
—Gritó Eme levantando la pistola y apuntándome en la sien—. ¡No volveré a repetirlo!

—¿Por qué estás haciendo esto? —Pregunté dejando caer todo mi peso en sus brazos. Su fuerza era sorprendente. Había sabido guardar las apariencias—. ¿Quién eres realmente?

Pero ella ignoraba mis preguntas. Rojo tardó en reaccionar y caminó hasta el dique. Después lanzó la pistola contra las olas.

—Ahora, desnúdate —ordenó.

—¿Cómo? —Preguntó Rojo.

Eme me empujó hacia delante y me dio una patada en la parte baja de la espalda que me arrastró varios metros hasta Rojo. Ese día, todo el mundo se había puesto de acuerdo para golpearme. Debía de ser algo del karma.

—Tú también, Gabriel —ordenó con las dos manos sobre el arma y las piernas abiertas casi un metro—. Desnudaos y tirad la ropa al mar.

—No hace falta que me apuntes para que lo haga... —dije sin pensar en las consecuencias. Eme disparó con precisión a escasos metros de nuestros pies. La boca del estómago se contrajo de golpe.

—Cierra el pico, Caballero... —murmuró Rojo con las manos en alto.

Avergonzados como nunca antes lo habíamos estado, nos deshicimos de las prendas hasta quedarnos en calzones.

—Lanzadlas al mar —ordenó de nuevo. La miré a los ojos con rabia y nostalgia por lo que habíamos pasado juntos. Eme, a pesar de la posición en la que se encontraba, era bella como una estrella de mar. Su cabello se movía a causa de la brisa con la misma delicadeza que el de una sirena. Los labios rojos de carmín, esas montañas carnosas que nunca más volvería a saborear en mi boca. Todo el tiempo había subestimado a esa mujer. Rojo y yo dejamos las pertenencias a un lado, arrojamos las prendas al agua y nos miramos con incertidumbre. Las gaviotas aleteaban a nuestro alrededor. Si era la hora de morir, no tenía palabras para resumir lo que había sido nuestra amistad. Él me miró con compasión y no

encontré arrepentimiento alguno—. Las llaves del coche y los teléfonos también.

—Pero...

—Venga, rápido —insistió y así hicimos—. Sois patéticos, pensé que me lo pondríais más difícil, las apuestas se encontraban demasiado altas... Ahora, caminad hasta las rocas.

La distancia que nos separaba era tan grande que no servía de nada correr. Eme nos alcanzaría con dos balazos y la historia terminaría en un segundo. De espaldas al agua, no pude contener las ganas de hacer una última pregunta.

—¿Quién eres, Eme? —Pregunté a lo lejos—. Dime la verdad por una vez en tu vida, aunque sea la última.

El sonido de las olas y la sonrisa de esa mujer, ahora desconocida. Una bonita postal para el final de mis días.

—Todo este tiempo, Gabriel... —explicó molesta aunque satisfecha—. Lo has tenido delante... ¿Tu problema? Hablar todo el rato de ti mismo.

—Eso no es cierto... —dije y Rojo me miró abochornado.

—Si me hubieses preguntado por mi nombre —continuó—, te hubieses dado cuenta de que solo tengo un apellido, Gutiérrez-Peura, algo poco usual por estos lares.

—Mierda... —farfulló el ex-oficial.

—Ni siquiera te molestaste en atar cabos, investigar las empresas que dirijo... Solo tú y tu libro.

—Mierda, mierda...

—¿Qué sucede, Rojo?

—Fharma, Industrias Therma.

—Sigo sin entender nada... —dije.

—¡Es ella! —dijo Rojo, primero empalidecido, después colorado como una bestia inmundada—. Es ella...

—Oficial Rojo, me habían hablado de ti, aunque pensaba que eras más inteligente... —prosiguió Eme—. Como decís en España, quien la sigue la consigue, ¿es así?

—¿De qué va todo esto? —Pregunté.

—¡Peura significa ciervo en finés, gilipollas! —contestó Rojo y un agujero negro gigante, cargado de fracaso y culpa, se abrió bajo mis pies—. ¡Ella es la Hidra!

—¡Me tomas el pelo! —dije deseando no creer lo que escuchaba—. Tiene que ser una coincidencia.

—Y es que no hay peor ciego que el que no quiere ver... —esputó a lo lejos Eme con desdén—. Todavía pensando que solo un hombre es capaz de llevar las riendas de una organización... Me asombra la incapacidad que poseéis para ver más allá de vuestros límites misóginos. Esto me ha permitido llevar los negocios en el anonimato todo este tiempo... Un paso siempre por delante... ¡Ingenuos! Aún así, pensé que vosotros dos seríais una excepción, pero... ya he visto que no.

—Por eso terminaste con Arvid Eettafel, Heikki Hämäläinen... —respondió Rojo con impotencia—. Porque eran hombres.

—No, exactamente —respondió y se rio—. De nuevo, la lógica masculina... Primero trabajaban para mí, después se enamoraron y cuando les rompí el corazón, intentaron joderme. Les advertí que no lo hicieran, pero fueron incapaces de escucharme, así que no tuve más remedio cuando decidieron tratarme como a un perro, imponiendo sus normas sobre las mías.

—Ahora lo recuerdo... —añadí aportando algo de claridad a todo aquello—. Es lo que le sucedió a Maciá tras el asesinato de Llopis, después a Hidalgo con esa chica... También recuerdo al hombre llamado Cornelio y cómo Violeta se deshizo de él y finalmente, la noche de verano, Eettafel y tú en el restaurante del Hostal Maruja cenando juntos. Siempre estuviste cerca, observándonos.

Al fin, el rostro de Eme se iluminaba de gratitud.

—Bravo... Así es Gabriel, así es... ¡Qué listo eres! —contestó con sarcasmo—. Todo este tiempo dejándoos señales, migas de pan como señuelo... ¿Y vosotros? Empecinados en seguir a una figura masculina. Tan lejos, tan cerca...

—Tú te llevaste a mi mujer —dijo Rojo.

Las palabras cayeron como un jarrón de agua helada. Eme se había ofendido y apretó la empuñadura.

—Eso no es cierto... —aclaró—. Tu esposa te abandonó porque su vida era un calvario a tu lado.

—¡No te atrevas a hablar de ella! —Gritó Rojo y dio un paso adelante.

—Muévete y te vas por el mismo camino que tu amigo... —dijo quitándole el seguro al arma—. Tu mujer era una toxicómana y tú lo sabes. Vino a nosotros para empezar de nuevo, le ofrecimos ayuda, pero no la quiso. No soy la niñera de nadie.

—Maldita hija de perra... —gruñó Rojo.

—Lo tienes todo muy bien atado —añadí.

—Jamás dependas de una sola fuente de ingresos —respondió Eme—, incluso si esa fuente es un hombre.

—Algún día te detendrán y pagarás por todo —contesté.

—Y tú te encargarás de escribir un libro, ¿verdad? Venga, por favor, basta ya de cháchara —sentenció—. Gabriel, hazme un último favor. Acércate al hombre, coge las llaves del coche y lánzamelas.

—Pero...

—¡Hazlo! —Dijo nerviosa y volví a escuchar el ruido del engranaje de la pistola. Por una parte, pensaba que Eme jamás tirará del gatillo, aunque viendo a aquel hombre en el suelo, cualquier cosa era de esperar. Me acerqué al cadáver del amigo de Rojo. Tenía la cabeza destapada y un charco de sangre llegaba hasta su pecho. Sin mirar demasiado, alcancé los pantalones, agarré las llaves y se las tiré a la altura de los pies. Todavía me quedaba lejos para abalanzarme sobre ella y sorprenderla. Eme cogió el manajo sin dejar de apuntarme y me ordenó, con un silencioso gesto de manos, que regresara con Rojo.

A lo lejos, el tren de cercanías procedente de Murcia, corría por las vías del tren en nuestra dirección. Eme miró al ferrocarril y dio un ligero bufido de decepción.

—Habéis tenido suerte —dijo mirándonos con desazón—. La próxima vez, tendré que ser más rápida.

—No habrá próxima vez —contesté con el rostro sudado—. No habrá más serendipia.

—Ya lo creo que la habrá... —dijo ella—. ¿Verdad, oficial?

Rojo guardó silencio unos segundos.

—La próxima vez que nos encontremos —respondió el policía—, te abriré en canal como a una puta culebra.

—No existe nada más que más me satisfaga que ver la impotencia de un hombre, mejor dicho... de dos, ante la derrota frente a una mujer —fulminó, caminó hasta el coche y se metió en él. El tren se encontraba todavía lejos aunque atajaba la distancia muy rápido. Tan pronto como arrancó el coche, disparó dos veces contra el suelo para asustarnos. El conductor del tren tocó la bocina, el coche cruzó las vías en una maniobra que casi desemboca en accidente. Después desapareció por la carretera que iba en dirección al aeropuerto.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —Gritó Rojo furioso al horizonte. El canto de las gaviotas se amplificó en el cielo. Sentí la intensidad del sol y noté cómo mi piel se resentía. Tras vaciar los pulmones, Rojo volvió a su estado como si quien termina de implorar a los dioses.

Era la primera vez que lo veía tan enfurecido. El misterio había sido resuelto, aunque con un desenlace amargo. Siempre ella, de principio a fin. Eme, la mujer de los mil rostros, la Hidra de Lerna, el monstruo de dos cabezas. La súper villana que había jugado con nosotros durante estos años, se marchaba airosa, una vez más, dejándonos en paños menores y con un poso de ineptitud que tardaría años en desaparecer.

Los vagones del tren se perdieron en la lejanía cuando el coche de esa mujer ya había desaparecido. Asqueado, no tenía mucho que decir y todavía menos de lo que quejarme. En cuatro días, había saboreado el encuentro con la parca y no era algo que ansiaba repetir. Junto a mis problemas existenciales, existían otras historias por resolver que me esperaban tan pronto como me recuperara de aquello.

CAPÍTULO DIECIOCHO

El bochorno continuó hasta que un coche patrulla nos recogió de ese fatídico lugar para llevarnos de vuelta a la ciudad. Pese a haber arrojado los teléfonos móviles al mar, Rojo había guardado un viejo aparato en la guantera de su coche. Tras un favor que quedaría en secreto y después de ser el hazmerreír de los dos agentes que nos acompañaron, regresé al apartamento de mis padres para ponerme algo de ropa y esperar a las noticias del ex-oficial. En nuestro silencioso regreso, me pidió que no abandonara la ciudad hasta que no contactara conmigo. Sin embargo, el tiempo pasaba y Rojo no daba señales de vida.

Me asfixiaba la idea de que alguien lo hubiese descubierto. El cuerpo de ese hombre debía ser ocultado antes de que los nacionales supieran de ello. No tenía la más mínima idea de hasta dónde llegarían los contactos de mi amigo, él siempre tan opaco, pero estaba seguro de que le iba a costar algo más que un simple apretón de manos.

Recuperé las llaves del coche y me di una vuelta por el centro de la ciudad en busca de camisetas nuevas. La ropa que guardaba en el armario de mi vieja habitación, se había pasado de moda diez años atrás. Una vez terminadas las fiestas de la ciudad a finales de junio, Alicante se convertía en un limbo insustancial de turismo relajado, trabajadores pensando en las vacaciones de agosto, adolescentes preparando las pruebas de selectividad y más universitarios escondidos en bibliotecas como ratas, tratando de salvar el año lectivo.

Para mí, pasear por las calles del centro ya no resultaba igual que antaño. De la noche a la mañana, todo se había convertido en un laberinto de fantasmas. Me era imposible olvidar las imágenes de Eme guardadas en la retina, tan recientes a la vez que volátiles. Paré en una cafetería y me senté en un taburete de la barra.

Las barras de los bares se convertían en los mejores lugares para poner fin a las historias con fuertes dosis de drama. La mías comenzaban a ser equiparables a las de esos escritores noruegos, aunque con más sol y más chorizo entre trincheras. Pedí un café solo, ojeé la edición diaria del periódico y me conmoví con el ruido de cafeteras y vasos de cristal que chocaban contra los platos. La banda sonora de un día normal, sin sobresaltos ni asesinos a sueldo de los que huir. La ausencia de Eme me corroía por dentro, ya no por lo que había hecho, sino por la impotencia de no haberme dado cuenta antes. Me sentí utilizado como un calcetín, sin derecho a réplica ni a un segundo intento. Indefenso y con la moral bien baja, pensé en escribir un correo electrónico a Blanca explicándole todo lo que nos había sucedido, tanto a ella, como a mí, como a los dos. Entre líneas, le daría cuentas sobre mi iluminación, el por qué de aquel trágico viaje y, cómo no, obviaría algunos detalles que no tenía por qué saber. Pagué y callejeé contemplando los bonitos balcones de ventanales largos y rectangulares y entré en la tienda FNAC donde había comenzado todo. Siempre existía una tienda de productos electrónicos en la que tener acceso a internet, así que fui hasta el departamento de los ordenadores y me hice pasar por un cliente interesado. Introduje mi usuario, la contraseña y comencé a redactar el encabezado cuando alguien me sorprendió por la espalda.

—Disculpe, pero no puede hacer eso... —dijo una voz femenina. Estaba tan concentrado en mis quehaceres, que me detuve y cerré la ventana del navegador. Al girarme, encontré a Carlota Buendía y a su melena castaña y lisa sobre los hombros.

—Vaya, Carlota... —dije ruborizado—. Me has asustado.

—Lo sé —dijo y sonrió mostrando una dentadura perfecta—. Parece que has regresado antes de lo que esperabas.

—En realidad... —contesté—. No importa, tienes razón.

—¿Va todo bien? —Preguntó poniendo una mano sobre mi hombro.

Miré al gesto y algo se activó en mi sistema hormonal.

—Sí, más o menos —respondí—. ¿A qué hora terminas de trabajar?

Carlota me miró con ojos de deseo y resentimiento. Algo no iba bien. Supe que no tomaría ese vermú que estaba a punto de ofrecerle.

—Sabes, Gabriel... —arrancó—. Eres un cielo, pero ya he vivido suficiente y no estoy dispuesta a ser el segundo plato de nadie.

—Soy un hombre de buen jamar —repliqué—. Tengo cabida para todo.

Puso los dedos sobre mi bíceps. No sé qué me estaba pasando que no entendía las señales.

—Déjalo, ¿quieres? —Sentenció con otra sonrisa—. Además, he conocido a un chico de aquí, de Alicante... Y bueno, nos estamos conociendo. Menuda casualidad, ¿eh?

—Sí, vaya... —dije frustrado—. Debe de ser la serendipia.

—Quién sabe —contestó con ese brillo fantasioso de ojos—. Como en esa película de John Cusack y Kate Beckinsale.

No quería ser maleducado, pero tenía que cortar la conversación antes de que terminara destrozando el estante de ordenadores con los puños.

—¿Te importa si termino lo que estaba haciendo?

Carlota se mostró sorprendida.

—Claro, adelante... —respondió y desapareció. Pobre Carlota, lo sentí por ella, pero había dado en la tecla equivocada y preferí tragarme la bilis a comportarme como un cretino.

Abrí la ventana del navegador, inicié sesión en el servicio de correo electrónico y busqué el último correo que Rojo me había enviado. Pulsé en la opción de responder y fui claro en el asunto.

Nos veríamos por la tarde, en un lugar concurrido aunque discreto, y qué mejor lugar era ese para nuestro encuentro que la plaza Gabriel Miró: una plaza cuadrada con una fuente en el centro, construida con los escombros de las murallas de la ciudad en el siglo XIX y cobijada por un monumento de mi tocayo, conocido escritor, Gabriel Miró. Un emplazamiento famoso por los tres ficus centenarios de más de seis metros de tronco y una altura de siete plantas. Además, junto a la naturaleza, también se encontraban las fachadas de algunos históricos y otros no tan viejos edificios.

Rojo me encontraría allí, sentado en un banco a la hora del atardecer, ocultando los ojos bajo mis gafas de sol de pasta negra, vestido con camisa de color azul claro y pantalones de color crema.

Mi compañero de aventuras no se hizo esperar y apareció puntual a la hora que habíamos acordado. Se había quedado una tarde estupenda de verano. La brisa agradable suavizaba el sofoco matinal de la mañana y la vegetación comenzaba a respirar. Sin intercambiar demasiadas palabras, nos dirigimos hasta unas mesitas que había en la plaza pertenecientes a una pequeña cafetería. Una señora vestida de blanco se acercó a nosotros. Pedimos dos cafés, sin aparente ánimo de empezar una tarde con final trágico.

—¿Y bien? —Pregunté—. ¿A qué se debe tanto misterio? Me tenías preocupado... Tú no eres de los que concierta una cita.

—Ayer enterramos a Elsa —dijo—. Fin del asunto, Gabriel. Lo hice por Daniel más que por mí.

—Podrías haberme dicho... —contesté conmovido.

—No —dijo—. Hubieses venido y, con todo el respeto, lo mejor era mantenerte al margen.

—Entiendo.

—¿Y tú qué? Veo que has estado de compras.

—Así es, necesitaba un cambio de imagen... —dije quitándole hierro a la tragedia—. ¿Para qué has venido, Rojo? Conociéndote,

creo que esto no se trata de un café amistoso. Por supuesto, no pienso preguntarte qué habéis hecho con ese amigo tuyo...

—Toda esta historia me ha hecho reflexionar, Gabriel —explicó y dejó las gafas de sol encima de la mesa—. Siento que te debo una disculpa.

—Te equivocas —repliqué—. Esta vez, soy yo el que te la debe a ti. Me has vuelto a salvar el pellejo.

—No empecemos a bailarnos el agua —interrumpió—. Si digo que te debo una disculpa, te la debo. Ha sido mi error mantenerte al margen durante todo este tiempo y cargo con la responsabilidad de lo que ha ocurrido.

—Mantenerme al margen, ¿de qué?

—Como ya te expliqué en su momento —arrancó—, llevo investigando a esta gente una buena temporada, aunque no ha servido de mucho. El verano de los cangrejos, me marché al norte a trabajar en una empresa de seguridad, no solo porque necesitara un cambio de aires sino porque encontré el primer señuelo. La policía siempre ha mantenido el ojo encima de los rusos, que son básicamente los que se encargan de los prostíbulos y las agencias de seguridad en bares, discotecas y casas. Con la caída de la Unión Soviética, las costas españolas se poblaron de ex-convictos y traficantes en busca de nuevas aventuras.

—Como la mafia rusa en la Costa del Sol.

—Así es, pero también la tienes por aquí y en la Costa Brava —explicó dando un sorbo al café—. El problema de esta gente es que no pasa desapercibida. Tienen mal gusto para todo y eso llama la atención.

—¿Qué tiene que ver esto con los finlandeses?

—No sé si has oído hablar de Carelia —prosiguió—. Es una república rusa que hace frontera con Finlandia. Digamos que son dos países que nunca se han llevado bien. Tras la caída del Muro, un buen puñado de rusos pasó de un lado a otro y dejaron su identidad atrás. Finlandia tampoco pasaba por su mejor momento, así que no tuvo demasiadas opciones. Hoy por hoy, la mayoría

siguen pensando como rusos, lo llevan en la sangre, por mucho pasaporte europeo que guarden.

—Bonita lección de historia, pero sigo sin entender nada...

—La mayoría de las drogas de diseño proceden de Rusia —explicó—. Finlandia era el puente perfecto, ya que no se encontraba muy lejos de Estonia o Letonia. La mayoría de los hombres que trabajaban para Eme son rusos convertidos, como el Jonás ese, que ha terminado llamándose Jaroslav.

—Hay que joderse —dije.

—Parece que, cumpliendo con el estereotipo, los eslavos siempre tienen menos que perder que el resto... La noticia de una empresa encubierta que reclutaba a grupos de estos mercenarios, me llevó al norte del país. Ya te había contado que pasé unos años en Finlandia y conocía algo de vodka y de finés, por lo que no resultaría muy difícil empatizar con ellos.

—Imagino que no estarías solo, ¿verdad?

—Así es —confirmó—. Los pastos de Cantabria y Asturias son de la vieja guardia. Policías, agentes del CNI, militares, viejos miembros de la Guardia Civil... Muchos de ellos se retiraron a tiempo y ahora viven en calma, con sus familias y dejando que sus negocios trabajen solos. En el cuerpo era un secreto a voces que iba a poner fin al caso de mi mujer. Todos me apoyaban, aunque teníamos a los fiscales detrás pisándonos los talones. Me pedí la baja durante un año por asuntos propios y me marché de la ciudad. Había recibido un chivatazo, pero no podía contar con nadie para cubrirme las espaldas, así que empecé mi aventura...

—Ya veo... —respondí un poco decepcionado—. Ni siquiera pensaste en mí.

—Se trataba de algo serio, Caballero, no algo para un reportaje de televisión —dijo—. Estaba dispuesto a ir detrás de cada uno de los cabecillas y hacerlos cantar a cualquier precio. Un simple error, una huella, un rastro y se plantarían en tu casa para sacarte los ojos.

—¿Quién era ese hombre? —Pregunté—. ¿Cómo diste con él?

—Ginés... —comentó desconsolado—. Un antiguo miembro de la Compañía de Operaciones Especiales número 31 del ejército. La COE estaba destinada en Alicante, por lo que había vivido más de veinte años aquí. Al llegar a Santander, se me presentó en un bar donde comía y me contó que quería ayudarme a encontrar a mi mujer.

—Así, sin más.

—Más tarde, me contó que había perdido a su hermano, este de la GOE, en Bosnia —explicó—. Al parecer, lo suyo se trataba más de una cruzada con los ortodoxos.

—Parecía dispuesto a todo —respondí—. No había más que mirarle a los ojos.

—Era un hueso duro y sin escrúpulos... —dijo Rojo con el rostro encogido—. Una noche cerca de Santoña, seguimos en coche a dos empresarios eslavos. Cuando se dieron cuenta de que íbamos detrás, apagaron las luces y se metieron por una carretera cerca de los acantilados. En plena oscuridad, estacionaron y esperaron a que bajásemos. Ginés me dijo que me bajara y me acercara a hablar con ellos, que no pasaría nada.

—¿Le hiciste caso?

—No parecían peligrosos, eran jóvenes —explicó el ex-oficial—, aunque era probable que fuesen armados. Debíamos ser rápidos.

—¿Qué pasó?

—Tan pronto como bajé —continuó—, la puerta del otro vehículo se abrió y salieron por cada lado del coche. Ginés aceleró, empotró el morro contra el conductor y lo arrolló. Después sacó el arma y le metió dos balas a quemarropa al compañero, sin darle tiempo a reaccionar.

—Joder con tu amigo.

—Esa es una de muchas historias, Caballero —dijo terminándose el café de un trago—. No quiero imaginar a cuántos cargaba a sus espaldas.

—¿Y tú?

—A los justos —contestó—. Nuestro error, en cada momento, era pensar que la Hidra era un hombre. Esa mujer tenía razón... Nuestro fallo y el de todos era que se referían a ella como tal. La organización estaba formada de tal modo, que nadie sabía quién mandaba dos peldaños por encima. Después, como en toda empresa, los enanos crecen y lo vuelven todo más complejo. Arvid Eettafel y Heikki Hämäläinen no eran más que dos imbéciles con aires de grandeza que intentaron destronar a Esmeralda.

—Nosotros encontramos a dos, pero estoy seguro de que hay más.

—Tú ibas a ser el siguiente —dijo Rojo entre risas.

—De ninguna manera —contesté ruborizado—. Lo nuestro era diferente.

—¿Qué te hace pensar eso? —Preguntó.

—No sé, desde el primer momento... —intenté explicar—. Ella se mostró muy pasional, muy viva... Era una conexión mutua, ¿sabes?

Rojo me miró con desaprobación como el adulto que mira a un niño cuando intenta excusarse.

—La noche de San Juan es muy importante para los finlandeses —contestó—. Antes de ser cristiana, era una fiesta pagana. Debido a la falta de sol que tienen por allí arriba, tener un día sin ocaso es un motivo de celebración. Los finlandeses no duermen esa noche y en el pasado tenía connotaciones fértiles.

—Eme insistía en que no podía dormir.

—Y tú solo pensabas en restregarte.

—¿Qué vamos a hacer ahora, compañero? —Pregunté y miré mi taza. El café se había enfriado antes de habérmelo bebido. Rojo tenía razón. Eme había jugado todo el tiempo, dejando muestras de su presencia en cada acción, a sabiendas de que no las veríamos. Me sentí impotente, lleno de rabia y con ganas de encontrarme con ella una vez más. Quizá fuese eso mismo lo que deseaba, que nos encontrásemos. Mis sentimientos estaban mezclados. No podía evitar pensar en ella de un modo tan odioso y tan romántico a la

vez. Los interrogantes se apelmazaban en mi cerebro haciendo de este un filete empanado.

Maldita serendipia.

—No lo sé, Caballero, no lo sé... —contestó cabizbajo y pensativo—. Ya no se trata de mi mujer, sino de mi orgullo y dignidad como persona. Esa mujer se ha burlado en mi cara como ha querido. Nunca antes me había sentido tan humillado.

—No hay mucho que podamos hacer al respecto.

—Hablas como un perdedor, maldita sea... —rechistó—. Ya lo creo que lo que hay. No me extraña que siempre seas tú quien pierde en las relaciones...

—Vete al carajo, ¿quieres? —Respondí ofendido.

Rojo sacó la billetera del bolsillo, la abrió y puso dos billetes de cincuenta euros sobre la mesa.

—Hazte cargo de los cafés —dijo mirándome a los ojos—, ve a la estación de tren y plántale cara a la vida. Llámame cuando regreses. Para entonces, te contaré mis planes. Pero antes, quiero encontrarme con un Gabriel convertido en un hombre de verdad, y con las pelotas lo suficientemente duras como para no dejarse llevar por unas piernas. ¿Entendido?

Eso último que pedía Rojo era demasiada exigencia.

Tenía razón, el momento de ajustar cuentas había llegado. Me levanté de la mesa sin tomar los billetes. En otro momento de mi vida, no me lo hubiese pensado dos veces, pero ya no era el chaval que pasaba las horas en la redacción. Eso quedaba atrás, así como mi incompetencia ante el compromiso y las relaciones afectivas. Algo se había muerto para siempre en lo más profundo de mi alma. Era el recuerdo de Blanca, tan opaco y borroso que solo producía dolor y miedo.

—Guarda eso para una comida en el Jumillano —comenté colocándome las gafas de sol en un momento de la tarde en la que la claridad era escasa—. Esto no va a terminar así.

—Cuídate, amigo —dijo estrechándome la mano—. A partir de ahora, tendrás que mirar a tu sombra dos veces.

Salí de allí y subí caminando hasta la estación de ferrocarril.
Compré un billete en el tren de alta velocidad y cuatro horas más tarde, alcancé la capital del país.

De nuevo en la estación de Atocha.

Una vez más allí, en Madrid.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Tomé el metro y me sumergí entre el enjambre de viandantes que iban y venían tras la jornada laboral. En Madrid, la noche refrescaba más que en la costa y eso lo hacía todo más llevadero. Bajé en la estación de San Bernardo y me dirigí al famoso bar de taxistas que tanto había frecuentado en el pasado. Me senté en la barra de granito y pedí una caña. Miré el reloj, eran las diez y media de la noche. Blanca Descartes no me esperaría. Me había sido imposible comunicarme con ella, básicamente porque ni lo había intentado. Di un par de tragos a la cerveza y miré a la pantalla de televisión. Un grupo de tertulianos hablaba sobre la vida privada de otra persona. En el bar no había más que hombres, algunos de ellos taxistas, tomándose un bocadillo o hablando entre risas. El barullo de fondo, el ritmo de la calle, los pensamientos diluidos en ríos de alcohol. El momento de poner punto y final a todo aquello había llegado. Meditabundo, dejé una moneda de dos euros sobre la superficie pensando en la cara de Blanca. Teníamos planes de presente y futuro. Me hubiese gustado casarme con ella, puede que en otra vida, en otro lugar. Resultaba impensable reconocermé en una relación así. Me pregunté cómo habíamos cambiado, cómo había ocurrido, pero sabía que no encontraría más respuesta que la del tiempo. Ni yo era el mismo, ni Blanca tampoco. Nuestros caminos, a pesar haber comenzado en el mismo lugar, se encontraban muy distantes el uno del otro. Tenemos la tendencia de aferrarnos a todo: a las cosas, a las personas, a un mísero recuerdo, tan vacío y descolorido que nadie lo querría abrazar. Pero así somos,

imperfectos, románticos y emocionales. En el juego del amor, el perdedor siempre perdía, porque era el único que dejaba elegir a sus sentimientos.

Abandoné el bar con la esperanza de regresar algún día, aunque tenía la sensación de que mi etapa allí había terminado. No resultaba fácil rehacer mi vida en un lugar impregnado de momentos, de negativos llenos de historias, de fotografías en blanco y negro plagadas de besos y restregones. El globo era lo suficientemente grande como para esconder a un corazón herido. Ya lo había hecho una vez, huyendo de Alicante con la esperanza de olvidar a Patricia. Blanca había sido el clavo que despuntó a la estaca. Madrid dejaba de ser tan grande para convertirse en un recuerdo de nostalgia. Puede que más adelante, pensé. Me lo merecía.

Un rato después, tras un largo paseo a ritmo sosegado que me levantó el ánimo y me dio fuerzas para empujar la puerta, me encontraba allí bajo lo que había sido nuestro apartamento, un estudio de setenta metros en el cruce de Quintana con Ferraz. Tiré el cigarrillo al suelo cuando vi a uno de los vecinos que salía con la bolsa de basura. Aproveché el momento, crucé el portal y me metí en el ascensor. El pulso se me aceleraba a medida que subía. Caminé hasta la puerta y toqué el timbre.

De fondo, oí uno de esos discos de música pop alternativa con cantantes tristes que tanto le gustaban a Blanca.

—Un momento —dijo ella al otro lado de la pared—. Seguro que es alguna vecina pesada...

No, no lo era. Estaba acompañada. Se me encogió el estómago y me sudaban las palmas de las manos.

Blanca se acercó a la mirilla de la entrada. Se escuchó una maldición al otro lado.

—¡Abre! —Grité dando un golpe con los nudillos—. Sé que estás ahí, Blanca.

Escuché el correr de los cerrojos y la puerta se abrió.

—Gabriel, ¿qué haces aquí? —Preguntó con el rostro empalidecido.

—Todavía es mi casa, ¿no? —Contesté y crucé la entrada sin su permiso—. Veo que te alegras de verme...

Seguí la música hasta el salón y vi a un hombre con el pelo revuelto, bastante más feo que yo y en peor forma.

—Ey, hola... —dijo el chico, que llevaba una camiseta de Los Planetas y unas Converse All-Star negras. En su mano, una lata de cerveza Mahou y en la otra, un cigarrillo. Blanca nunca me había permitido fumar dentro de casa, así que, que ese cretino lo hiciera, ya decía mucho de ella. El intruso puso la cerveza sobre la mesa y me ofreció su mano—. Juanjo, encantado. ¿Y tú eres?

—Su novio —dije confundido por la situación—. Pero eso ya da igual.

—No deberías estar aquí, Gabriel...

—Hostias, Blanca no me había dicho...

—*Tranqui*, no te preocupes —respondí—. No voy a montar un drama.

—Gabriel, tenemos que hablar. —Dijo ella alterada. La situación le podía. Como yo, Blanca había tomado una decisión sin consultarme. No era el alemán, ni otro periodista con acento extranjero. Juanjo tenía toda la pinta de ser un músico o un pinchadiscos de poca monta que, en unos años, ensancharía la barriga cervecera—. ¿Podemos ir a la cocina?

—Mira, Blanca... —dije convirtiéndome en el centro de la atención—. Siento haberte interrumpido la cita, pero no tengo nada de lo que hablar contigo.

—Creo que será mejor que me vaya, y ya vuelvo otro día... —murmuró el chico.

—No —respondí—. Tú te quedas ahí donde estás y apechugas.

—Eres un cretino —dijo ella.

—Voy a llevarme las cuatro cosas que me quedan y largarme, Blanca —respondí.

—¿A dónde vas a ir, Gabriel?

—Qué más te da, de verdad —dije—. No intentes limpiar tu conciencia. Te lo ibas a follar y te he jodido el plan, pero ya tendréis otro día... La vida es así, no siempre se gana.

—Gabriel, lárgate de aquí —respondió ella impetuosa—. No quiero verte más.

—Me he dado cuenta de eso —contesté—. Es una lástima, Blanca, con lo que tú y yo fuimos...

—Tus cosas están en la cocina, las puedes cargar por ti mismo.

—Que te vaya bonito, guapa —dije y me acerqué a darle un beso en la mejilla, el cual Blanca esquivó.

Un final amargo y silencioso que me evitó una discusión y quedar como el malo de la película. Estaba todo dicho. Me sentí liberado a la par que traicionado como un perro, pero no podía pedirle cuentas a Blanca, ni a ella ni a ninguna que no fuese Eme. Supuse que era la forma de la que la vida se encargaba de hacerte pagar las facturas. Había aprendido la lección, aunque no supe cuánto me duraría el recuerdo.

Salí a la cocina, agarré una bolsa de deporte con ropa y una con diferentes libros entre los que se encontraba *En el camino* de Kerouac.

Bajé de nuevo a la calle y caminé en busca de un hotel en el que pasar la noche. Me sentí revitalizado y algo hambriento.

A la altura de Princesa y Alberto Aguilera, vi a un vagabundo sentado en la calle. Me acerqué a él y le di la bolsa de libros.

—¡Dame *argo!* ¡Una ayudita! ¿Qué me das? —Preguntó acelerado con un acento muy risueño cuando vio que le hacía caso—. ¿Qué es esto? ¿Libros? ¿*Pa'* qué? Dame alimento...

—Los libros son el alimento del alma —contesté con una sonrisa. Saqué un cigarro de un paquete arrugado y me lo puse en los labios.

—¡Anda, mira! ¡Dame un *sigarro!*

Le di el paquete entero y un billete de diez euros para que completara la noche.

—Que lo disfrutes, colega.

—¡Gracias! ¡Eres un buen tío! ¡Si señó! —Gritaba—. ¡Viva la vida!

La diferencia entre aquel hombre y yo era una, no más. Quizá la de una historia trágica, una adicción, un problema financiero o una decisión propia. De alguna manera, ambos habíamos sido abandonados en las manos del libre albedrío de la vida.

Sin irme muy lejos, me hospedé en el Hotel Tirol, a escasos metros de ese sintecho.

Mi periplo por la capital había terminado. El rompecabezas se completaba.

Miré al cielo raso y la luna brillaba con fuerza.

Pensé en Eme por un instante, en dónde se encontraría y si nos volveríamos ver. Me comportaba como un idiota hipnotizado.

Finalmente, solo quedaba regresar a Alicante y escuchar los planes de Rojo.

Julio había entrado por la puerta grande. El sol resplandeciente del verano en una capital de provincia que ardía, un año más, de fiesta y felicidad. Alicante se convertía en el centro neurálgico de actividad de todos los aviones procedentes de los países nórdicos, bálticos, centroeuropeos y norteamericanos. La ciudad se preparaba otro año para la oleada de turismo extranjero que buscaba sol, tapas y la brisa mediterránea.

No volví a saber de Blanca, más allá de los correos electrónicos que me había enviado la misma noche del desencuentro. Destruyó los últimos resquicios de amistad borrándome de su Facebook. La verdad, me importó más bien poco y me hizo un favor de gran envergadura. Así no perdería el tiempo mirando sus álbumes de fotos tras varias copas de vino, pensando en si el tal Juanjo me habría reemplazado o si lo habría hecho otro. Coloqué a Blanca en el archivador de los corazones rotos y las relaciones imperfectas de desamor.

De nuevo, vista la demanda que había por los apartamentos y cómo mi cuenta corriente comenzaba a flaquear, regresé al barrio del que nunca me tendría que haber marchado. Busqué un piso cerca de la plaza de toros de la ciudad. Me sentía cómodo, me recordaba a los comienzos cuando empezaba en la redacción. En la distancia, era una forma de perdonarme a mí mismo y decirme que todo estaba bien, que siempre existía un momento en el que uno debía arrancar el sistema de nuevo. Durante esos días, me tomé la molestia de pasar algún tiempo con la familia. Los había desatendido durante los últimos años, así que hice el esfuerzo y pasé algunas tardes escuchando repetidas veces sobre sus vacaciones entre platos de arroz y marisco.

Recuperé el coche y adecué la vivienda para comenzar una nueva novela. Mi agente literario me había conseguido un nuevo teléfono inteligente con el fin de tenerme localizado. Esa primera semana de julio, me había llamado en varias ocasiones para preguntar por la nueva historia. El tirón del libro comenzaba a decaer. La gente compraba novelas antes de irse de vacaciones, pero los meses de agosto a septiembre eran un infierno para el sector editorial. Debía ponerme las pilas y comenzar a teclear algo que mantuviera el interés de mis lectores. Desde Madrid comenzaban a presionarme y no les había gustado que me hubiese marchado de la ciudad.

En lo que a mí respectaba, experiencias y ganas no me faltaban para plasmar un buen tomo, aunque no estaba seguro si quería levantar las muelas de las heridas sin cicatrizar.

Una mañana, mientras la cafetera sonaba y el pan tostado esperaba sobre la mesa, abrí el navegador del ordenador y tecleé la dirección del diario Información. En primera plana aparecía el rostro del nuevo oficial de la Brigada de Homicidios. Rojo regresaba al cuerpo y, sin yo saber muy bien cómo, había recuperado su posición. No era de extrañar que se trataba de un hombre que escondía turbias historias

a su espalda. Vivencias que algún día, o quizá nunca, me contaría. Me alegré por él al ver su cara en las portadas de los diarios provinciales. Por otro lado, sentí que el plan que llevaba entre manos ya se había puesto en marcha, de nuevo, sin que yo lo supiese. Serví el café y di un bocado al pan con aceite y tomate restregado. Tuve la percepción de que Rojo y Eme tenían una forma de operar muy similar: siempre un paso por delante. La pregunta no residía en el cómo, sino en de quién.

Sentí curiosidad por conocer las estratagemas que Rojo habría hilado para encontrar a Eme. Levanté el teléfono y marqué su número.

—¿Sí? —Dijo él al otro lado del altavoz—. ¿Quién llama?

—Soy yo, Gabriel —contesté.

—¿Qué Gabriel?

—¡Ché, Rojo! —Exclamé—. Tú amigo, por Dios.

—¡Ah! Joder, Caballero... —respondió aliviado—. ¿Tú sabes la de gente que me está llamando hoy? Esto es insano.

—Acabo de leer la noticia en los diarios —respondí—. Ahora, ya no te podrán ver conmigo.

—Ni antes tampoco —dijo y soltó una carcajada—. ¿Desde dónde me llamas?

—Desde aquí, la *terreta* —contesté—. Te dije que volvería y soy un hombre de palabra.

—A mí no me dijiste nada, chaval —contestó y volvió a reír—. Entiendo que has puesto fin a una etapa de tu vida.

—Así es, amigo, así es... —respondí nostálgico.

—No te me pongas a llorar ahora por el aparato, ¿quieres? —Dijo con guasa—. Verás, Gabriel... Tenemos mucho trabajo por delante si queremos ponernos a la altura de esa tipa. Voy a necesitar tu ayuda, no solo para que me metas en líos, también para investigar... Vas a tener que mojarte el culo de verdad, esta vez sí.

—Confía en mí, haré lo que me digas —contesté—, pero has de ser más preciso, sobre todo con el tema del culo...

—Todo se andará, todo se andará —insistió—. Ahora que tengo tu nuevo número, te llamaré más tarde. Tengo que dejarte, Caballero, pero no deshagas mucho el petate, por si acaso.

—¿A dónde vamos? —Pregunté confundido—. Demonios, acabo de llegar.

—Solo espero que no tengas miedo a los aviones —respondió—. Nos vemos, Caballero.

La llamada se terminó. El asunto se ponía más y más enigmático.

Las intenciones del nuevo oficial de policía se desarrollaban más allá de nuestras fronteras. Jamás había viajado demasiado. Me intrigaba la idea de formar parte de una misión secreta para encontrar a Eme, pero solo era una de las muchas fantasías que había leído en las novelas de espías.

Di un sorbo al café y dejé mis pensamientos a un lado. Puede que se tratara de otro asunto, por eso necesitaba centrarme en la escritura, que era mi fuente principal de ingresos.

Terminé el desayuno y me senté frente a la pantalla. La escritura no fluía y minutos después me encontré navegando por la red.

Finalmente, salí a la calle para que recibir un poco de aire en la cara y así espabilarme. Bajé hasta el portal y me di de bruces con un repartidor de mensajería. Era un chico rubio con los ojos claros y el rostro alargado.

Tras una disculpa, el muchacho entró en el ascensor y yo crucé el umbral de la puerta. Caminé calle abajo hasta la parroquia de la Misericordia abstraído en mis cavilaciones cuando algo se iluminó.

No podía ser cierto.

Ese repartidor. Eme.

Debía equivocarme, deseaba equivocarme con todas mis ganas.

Arranqué a correr en dirección al edificio con la esperanza de encontrar a ese joven y ver que se trataba de un error. Cuando llegué, no quedaba nadie. Subí las escaleras, pero no había rastro del mensajero ni del furgón de reparto. Comprobé el buzón y sin

éxito, regresé al apartamento. Bajo la puerta, el chico había lanzado una postal de cartón.

La fotografía se encontraba hacia arriba. Era la playa de la Albufera de Alicante. Temeroso y con el corazón en un puño, me puse en cuclillas y agarré la postal. No quería darle la vuelta, aunque no tuve más remedio.

Por el otro costado, la caligrafía redonda de una mujer que escribe una carta a un amado.

Era ella, la única e inigualable Eme. Se había encargado de firmarla con un beso de carmín en la esquina inferior.

La postal decía así:

Amado Gabriel, si te he ocultado la verdad hasta hoy, era porque nunca me habrías creído. La serendipia es un hallazgo afortunado e inesperado que se produce cuando se busca otra cosa distinta. Tan solo quería que supieras que tú has sido mi serendipia estos días.

No trates de buscarme, porque no me encontrarás.

No trates de entrometerte en mi camino, porque lo pagarás.

Siempre estaré un paso por delante, de ti y de todos.

Siempre estaré cerca de tus pensamientos, para que no me olvides.

Dejé la fotografía en el mueble de la entrada mientras hacía un esfuerzo por respirar. Abrí la ventana del balcón y salí al exterior. El sol brillaba por encima de los edificios. El cielo azul y raso y las gaviotas que sobrevolaban la ciudad en verano. Allí estaba ella, y yo, y todo lo que estaba a punto de acontecer. Podía rendirme, dejarlo estar y vivir el resto de mi vida con el miedo a que Eme me estuviera vigilando. También podía desaparecer, marcharme bien lejos, a otro país, y aún así pasar el resto de mi vida con la ansiedad de que Eme me encontrara. La última opción era la más arriesgada.

Con la ayuda de Rojo encontraría a Eme, y después... Quién sabe lo que ocurriría después.

No estaba hecho genéticamente para recibir órdenes de nadie. Ni siquiera de ella. Si Eme siempre iba un paso por delante, había llegado la hora de recortar distancias.



PABLO POVEDA (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de más de doce libros, incluyendo *La Isla del Silencio*, *El Profesor* o *Don*. Vive en Alicante donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

«Periodista licenciado que pisó un diario para preguntar dónde estaba el aseo, toqué en una banda de pop, grabé un siete pulgadas y un puñado de canciones. Salí en MTV, revistas y diarios, me hice fotos con famosos y dormí en habitaciones de hoteles con sábanas limpias. Recorrí parte de Europa, me congelé en el Mar Báltico y dejé la vida convencional para perseguir mi sueño de escritor».